



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

ADICTO A MÍ

Novela - Trabajo De Grado

CLAUDIA LUZ ENGRACIA BOSSA DE AYOS

Estudiante

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2011

ADICTO A MÍ

Claudia Luz Engracia Bossa de Ayo

Magister en Escrituras Creativas

Director:

JULIO PAREDES CASTRO

Línea Narrativa

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2011

Amar es vivir el riesgo de saltar al vacío de un acantilado misterioso y de gastar la vida en un impulso acelerado y desorientado, donde hay pérdida de cualquier referente. Lo más extremo, relajante y libre que corre tras la seria amenaza del ocaso donde fenece.

La ficción se convierte en realidad cuando el mensaje te toca y esta casualidad es obra divina de Dios por alguna razón.

A los hombres y mujeres de mi vida.

Al lector.

Agradecimientos

Sentimientos de gratitud infinitas a mi esposo **Javier de Jesús Ayo Batista** por ser el padre de mis hijos **Valeria María, Javier de Jesús y Salomé**; por su lucha noble y constante en ser un mejor hombre; y por apoyar mi búsqueda en volver a la civilización.

Adicto a Mí

Resumen

Adicto a Mí es la historia de Donaldo del Cristo Leal, un hombre hipersexual, con ocho hijos y cuatro mujeres; abandonado al nacer por un padre andariego y mujeriego; y educado por una madre iletrada. Por sus méritos, Donaldo ocupa el cargo de Juez de Familia. Por esto, las experiencias familiares y la promiscuidad, le plantean un conflicto entre el machismo y la justicia, que se acentúa cuando convive con Mónica, coprotagonista, educada por un padre infiel que maltrata a su trabajadora y sumisa esposa. Mónica, ingenua y soñadora, idealiza un hogar “perfecto”, negándose a aceptar el adulterio del marido. Entonces, dedicándose a criar hijos y esclavizándose con el orden, busca ser indispensable para el indiferente Donaldo. El amor por la familia llenan a Mónica de la tolerancia para perdonarlo al límite de sacrificarse y, tras alcanzar conciencia espiritual, decide “contradictoriamente” que su misión en la vida culmina con el suicidio para salvar a Donaldo de una condena karmática, pues así, lo obliga a dedicarse a los hijos que dependerían exclusivamente de él. La muerte es el método que ella emplea para liberarse en doble vía, de las ataduras de la adicción al sexo y de las cadenas generacionales de cada uno. La novela avanza entre las oleadas del presente y el pasado, temporales revividos por voces del recuerdo y digresiones de los personajes, propias del ser humano; y con los comentarios recalcitrantes y la crítica de un narrador que los juzga aunque sepa que al final, todos traemos una herencia y una dependencia.

Palabras clave:

Adicción, promiscuidad, herencia, familia, karma.

Addicted to Me

Abstract

Addicted to Me is the story of Donaldo del Cristo Leal, a hypersexual man, father of eight children and four women; who was abandoned at birth by a restless and womanizer father; and raised by an illiterate mother. By his merits, Donaldo works as a Family Judge. That's why, family experiences and promiscuity, gets him into a conflict between sexism and justice, which is accentuated when he lives with Monica, the co-star, a woman who was raised by a father who abuses this unfaithful, hardworking and submissive wife. Monica, naive and dreamy, idealized a "perfect" home, refusing to accept her husband's adultery. So, she dedicated to raise her children and got slave to housework in a try to become essential for the indifferent Donaldo. The love for her family filled Monica's tolerance up to sacrifice to forgive her husband's betrayals. After reaching spiritual awareness she decided "contradictorily" that her mission in life ends with suicide to save Donaldo from a karmic pain because she thinks it will force him to take care of children who will depend exclusively on him from that moment on. Death is the method she used both ways: On one side, to free her from the ties to sex addiction, and on the other, to liberate Donaldo and her from the generational chains of each one. The novel moves between the waves of past and present, temporary memory revived by the voices and digressions of the characters, typical of the human being, and with the recalcitrant and critical comments by a narrator who knows and judges them although he knows that at last everybody brings an inheritance and a dependency.

Keywords:

Addiction, promiscuity, heritage, family, karma.

Contenido

Resumen	IX
Abstract	XI
PRÓLOGO	1
Capítulo 1	
SOLEDAD	17
Capítulo 2	
PRINCIPE AZUL	72
Capítulo 3	
ESPEJISMOS.....	153

PRÓLOGO

Con este prólogo busco destacar ciertos aspectos claves para la interpretación del mismo y que el autor de una obra llevada a cabo por el dictado de una voz interior y el impulso de un proceso académico sea comprendido y se conozcan sus intenciones y propósitos, se establezca el pacto con el lector. Es decir, leer sin predisposición ni prejuicios, la propuesta del novato escritor.

Natalia Ginzburg habla de *Mi oficio* en su libro *Las pequeñas virtudes*, como una labor ineludible de la que no se puede escapar:

“Mi oficio es escribir historias, cosas inventadas o cosas que recuerdo de mi vida, ...**en las que no entra la cultura**, sino sólo la memoria y la fantasía”.

“Cuando somos felices, nuestra fantasía tiene más fuerza; cuando somos infelices, actúa de modo más vivaz nuestra memoria. El sufrimiento hace a la fantasía débil y perezosa...”

“En las cosas que escribimos afloran entonces continuamente los recuerdos de nuestro pasado, nuestra propia voz resuena de continuo y no logramos imponerle silencio.”

“La ironía y la perversidad me parecían armas muy importantes en mis manos...”

“Me nacieron hijos, ...y no lograba comprender cómo se podía hacer para escribir teniendo hijos.”

Y ya que el oficio de la escritura es una pasión que no implica lo forzoso, sobre todo porque su ejercicio corresponde a la fisiología del espíritu, esta escritora plantea varias perspectivas alrededor del tema. La primera, el proceso experimental de la escritura que fluye como factor esencial en la vida del escritor

(estilo); la segunda, cómo y qué escribo (género); la tercera, los síntomas inherentes a dicha labor (materia prima: impulso, vocación, fantasía y creatividad, autobiografía -cultura, memoria y los recuerdos-, y el distanciamiento y la técnica como método para llegar a la ficción); y la cuarta, la familia.

Para el escritor su arte es la única salida de expresión, es el máximo valor. Un autor investiga, busca y toma detalles atractivos del ambiente, extrae personajes del “saco” de la realidad, los caracteriza e introduce en las obras. Va perfilando el estilo, después de tener puntualizada su vocación, con esas inclinaciones de ver especialmente determinados elementos a exaltar. Tal como aquel pintor, capaz de separar las combinaciones de los colores básicos en fríos y cálidos, de individualizar la pureza y la saturación de cada tinte que compone algún tono, matizados en claros y oscuros, y lograr la sensación de regocijo y vitalidad, de delicadeza y melancolía, de volumen y atmósfera, de luces y sombras.

El escritor puede representar directa, o subliminalmente, una crítica a lo bueno o lo malo, a lo bonito y lo feo, conceptos que le demandan resolver el conflicto neurálgico del distanciamiento, de la separación entre el autor y los personajes en aras de la imparcialidad, de la credibilidad que debe prevalecer a la verosimilitud.

Y en la lucha diaria por aceptar el reto de la escritura, el escritor descansa en la conciencia de que la cotidianidad y los quehaceres rutinarios, son obstáculos que lo obligan a definirse y a aferrarse aún con mayor ahínco a su don. Son vallas deliberadas que contribuyen en la carrera decisiva por atravesar la línea de meta, que antes de ser un freno, inyectan la fuerza de propulsión para saber si el medio

cielo o cúspide profesional corresponde a la disciplina del oficio de escribir. De las dificultades diarias se puede exprimir sustancia, y esa poca o mucha cantidad recolectada es suficiente utilidad. Haciendo alusión al dicho popular, el hombre es y se parece, pero sin ser iguales, cada historia escrita en una nueva historia, un nuevo mundo en el espacio. Impera la diversidad y esto brinda una ilimitada gama de sensaciones que nos identifican y crean una correspondencia. Por eso Donaldo del Cristo y Mónica, protagonistas de esta ópera prima, tienen mucho del autor, pero también del contexto socio político y cultural que permite configurarlos de modo singular y darles vida dentro la ficción. **Adicto a Mí** es una novela que transcurre en Cartagena, en un lugar y un tiempo que definen el carácter social de estos personajes.

Pero a diferencia de Ginzburg, en el campo de la literatura, cual partido de fútbol, sí son perfectamente compatibles los pases de la memoria, la fantasía y el de la innegable cultura que ella excluye en las reflexiones sobre el oficio de la escritura, porque aún cuando dentro de una obra no sea, en sí misma o explícitamente, el eje del tema a abordar, ésta se logra mostrar cuando el autor la entraña en la conducta de un personaje, recreándola.

La importancia del punto de vista en la verdad es uno de los debates que asume la literatura al emplear la memoria, bóveda de recuerdos, que la fabula o recrea para transmitirla, enriquecerla y salir de sí con la libertad de ser interpretada por los lectores como una realidad convincente, nueva o, en algunos casos, distorsionada. Por eso, Mario Vargas Llosa en sus ensayos sobre la novela

moderna *La verdad de las mentiras*, afirma que “La literatura es el reino por excelencia de la ambigüedad. Sus verdades a medias, relativas, verdades literarias que con frecuencia constituyen inexactitudes flagrantes o mentiras históricas”. Si los pensamientos nos hacen libres, entonces el secuestro que encarcela al cuerpo jamás recluirá a la plasticidad de la mente que se le escabulle por los barrotes. Vargas Llosa agrega: “Las cosas no son como las vemos sino como las recordamos... La memoria es el punto de partida de la fantasía, el trampolín que dispara la imaginación en su vuelo imprescindible hacia la ficción”. Una anécdota nunca será contada tal cual por su protagonista, el esfuerzo en condensar las emociones en frases la cambia y, aún así, esta situación toma identidad con otros cuando logra traducirse a través de la invención de ricas maneras y del sabio juego con el vocabulario. “Toda buena novela dice la verdad y toda mala novela miente. Porque “decir la verdad” para una novela significa hacer vivir al lector una ilusión y “mentir” ser incapaz de lograr esa superchería... es pues un género amoral... de una ética sui géneris, para la cual verdad o mentira son conceptos exclusivamente estéticos... sin ilusión no hay novela... por delirante que sea, hunde sus raíces en la experiencia humana, de la que se nutre y a la que alimenta. Un tema recurrente en la historia de la ficción es el riesgo que entraña tomar lo que dicen las novelas al pie de la letra, creer que la vida es como ellas la describen.”, reconfirma la tesis el Nobel de Literatura.

En **Adicto a Mí** se habla de una verdad literaria cuando Donaldo del Cristo y Mónica actúan según su cosmovisión, desmitificando la seriedad de una temática común y corriente en la cultura Caribe. Temática que no podría abordarse en uso

de otro lenguaje distinto al costeño cuya naturaleza es divertida y estereotipada por lo peculiar de la creación de este nuevo lugar del mundo. El registro particular del habla Caribe con su ritmo y musicalidad, además de su terminología rica y creativa, se debe imponer en mis páginas ante un español acartonado, fosilizado, al que le falta la sazón que el costeño, en una historia de cultura rica en el uso de la palabra, ha creado como patrimonio que merece cobrar vida en las páginas de muchas obras.

Ni la intención ni el propósito son calcar esa realidad sino transformarla en ficción. Además, porque este lenguaje está arraigado a la autora, facilitando la expresión y constituyéndose en un buen comienzo que sirve para despejar el camino hacia otras obras, pues esta primera funciona como un necesario desprendimiento de la cultura, el lenguaje y el tema.

Lo que pareciera ser una caricatura de la realidad no es más que una simple manifestación de la vida cotidiana del Caribe colombiano, que un lector ingenuo podría reinterpretar como graciosa o ridícula. Es un riesgo que el autor consciente asume de manera consciente puesto que su obra se construye sobre la imprescindible idiosincrasia, como parámetro fundamental para enfrentar la lectura.

Hay una comunión consagrada entre las circunstancias del hogar y el oficio de la escritura que debe dominarse para obtener el control y que ninguna de las dos caras se rebele. “Aprendí –dice Ginzburg- poco a poco... preparaba el zumo de tomate y la sémola, pero mientras pensaba en la cosas que iba a escribir.” En mi

caso, aprendí en este experimento de la escritura que escribir no es estar sentado frente a un texto sino escribirlo con la mente, organizar las ideas, robarle las sensaciones cuando los sentidos se exaltan e ir las anotando y adaptarlas para recrear las situaciones en las que están inmersos los personajes. Todo esto mientras se hace la compra del mercado, mientras suena una canción, mientras se machaca el ajo en sal para el agua de mojar los patacones, mientras conduzco para llevar a uno de los tres hijos al fútbol o los acompaño en las tareas, e incluso, mientras en los “descansos” miro la serie de Dr. House. Pese a estos “cuántos” deberes y aún cuando la escritura se trabaja hasta dormido, aprendí a sacar el tiempo, a tomar un silencio para sentarme frente al teclado del computador, como complemento de la labor simultánea entre la maduración de las ideas pensadas durante la ejecución de los quehaceres del hogar desarrollados en el día. La escritura es un oficio de veinticuatro horas.

En el prefacio de *Música para camaleones*, Truman Capote, por su parte, le advierte al novel escritor que su esencia lo busca y le exige sacrificio, disciplina, responsabilidad y un compromiso extremo que lo condena perpetuamente. Por mucho que quiera ignorar que las letras lo persiguen y encuentran, esa resistencia hacia su destino va acumulándose cual motor recalentado que tarde o temprano termina por fundirse o, sencillamente, explota en un recorrido imparable. El espíritu creador, sumado a la formación y a la práctica, le hace inventor de una técnica propia, de un estilo personal que le permitirá expresarse. Los dones son un regalo de Dios irrevocable que constriñen al portador a llevar una vida de sacrificio puro y de dádivas sin miramientos ni egoísmos. “Entonces, un día

comencé a escribir, sin saber que me había encadenado de por vida a un noble pero implacable amo. Cuando Dios le entrega a uno un don, también le da un látigo; y el látigo es únicamente para autoflagelarse... Al principio fue muy divertido. Dejó de serlo cuando averigüé la diferencia entre escribir bien y mal... y la diferencia entre escribir bien y el arte verdadero; es sutil, pero brutal. ¡Y, después de aquello, cayó el látigo!”, advierte Capote.

Las evidentes coincidencias en las fechas, en la intencionalidad del autor para llamar a los personajes por sus nombres, en las casualidades que pasan habitualmente desapercibidas y que realmente no existen en la vida diaria del creyente dirigido por el propósito firme de Dios: estimular y afinar la visión y la misión personal.

Los análisis personales de Natalia Ginzburg, Truman Capote y Mario Vargas Llosa, permiten solucionar el problema inicial de obedecerle o no a la necesidad de tomar el lápiz y el papel para contar algo y así, concretar ciertas medidas modificables para el cómo empezar a hacerlo, pues estaba atorada en las ideas y cuando a medias arrancaba, me detenía.

Diseñé un narrador omnisciente, testigo, irónico y divertido, que habla en jerga costeña y es quien cuenta los episodios en **Adicto a Mí**. Superé la crisis del abatimiento, cansancio que afirma Ginzburg es un buen síntoma de progreso: “Y he descubierto que uno se cansa cuando escribe algo serio. Es mala señal si uno no se cansa”; y según Capote, comprobé la propuesta de un texto ameno poniéndome en los zapatos de los personajes, como observador y testigo

presencial de los hechos. Un paradójico humor negro denotado en situaciones curiosas, cotidianas, y poco trascendentales para el protagonista Donaldo del Cristo.

“Escribir es una técnica no una magia” asegura Daniel Cassany en *La cocina de la escritura*. La incertidumbre ante el complejo arte literario tiene reposo en una industria legendaria, experimental, evolutiva, con la razón social de alimentar al famélico escritor suministrándole recetarios de culinaria para la buena mesa, con las fórmulas de nutrición que le ayudarán a preparar la novela agregando la sazón y el toque secreto personal.

Para accionar la máquina de la producción literaria personal se comienza con establecer un horario para la escritura periódica, elaborar un mapa de red con palabras clave que se asocien mentalmente y representen el pensamiento del escritor. Hay que alimentar las ideas propias con el estudio del tema para luego ordenarlas de acuerdo al asunto en un esquema o mapa conceptual con divisiones y subdivisiones y, además, ubicarlas dentro del planteamiento, el nudo y el desenlace. “Cuanto más largo es un texto, más detallada debe ser su estructura para que el lector no se pierda” advierte Cassany. Durante esta etapa inicial, resultó provechoso ir anotando las ocurrencias y, permanentemente, reflexionando sobre el contenido del argumento, no en la forma. Igual de beneficioso significó realizar el siluetado o croquis de los párrafos que indican visualmente la densidad de la página escrita. También lo fue resumir la temática en subtítulos de dos términos. La información útil deberá condensarse en frases breves y claras.

Suministrar lo relevante del texto al principio para que la prosa sea inteligible por su energía, mientras que las ideas subordinadas irán al final, ubicadas de la más corta a la más larga o según su significado. Ahorrar en gerundios y oraciones negativas, y las afirmativas, construirlas con coherencia entre sujeto, verbo y complemento. También revisar la concordancia de género, número y persona; de proposiciones completas sin vocablos innecesarios bien escogidos; la interpretación objetiva, y de la disonante cacofonía, excluyendo las exageraciones. En **Adicto a Mí** el manejo de la puntuación influyó en el ritmo de la lectura y las imágenes visuales a la retórica. Por último, tras la escritura, la lectura en voz alta y la reescritura.

Hice varios descubrimientos: el primero y básico es que la lectura y la vocación, la reflexión y la práctica van entrelazadas. Que existe la “ciencia exacta de la culinaria”, una técnica que le ahorra tiempo al deseoso escritor en hallar la respuesta a sus preocupaciones, y que reconoce la normalidad de los síndromes que padece el literato novel que no se atreve a lanzarse al vacío para inventar y que, además, por fobia a las alturas y a lo desconocido busca herramientas para sostenerse y avanzar.

En la búsqueda por asumir la voz apropiada, *Narrativa personal* de Vivian Gornick expresa que “Las novelas han sido toda voz, una voz que nos habla desde el interior de su espacio emocional y nos refieren la historia de nuestro tiempo con suficiente eficacia como para extraer significación y crear literatura”. En la catástrofe y en el amor hay historias que contar, que “en todas partes del mundo,

hombres y mujeres alzan su voz para contar su historia, impulsadas por la actual creencia común de que nuestra propia vida es significativa”, agrega Gornick.

Figura la autobiografía y refulge la voz del autor, temas que logré puntualizar cuando recibí el mensaje de Gornick, haciendo notar que todo escritor escribe desde sus perspectivas y experiencias, desde los roles que ha venido desempeñando como personaje protagonista de su existencia y, en esto, radican los perfiles e inclinaciones de sus puntos de vista y de los criterios imaginativos plasmados en las obras que escriben. Esta voz del autor debe mantenerse invisible e intencional a lo largo del texto y manipular los actos y pensamientos de los personajes parcialmente, para conservar una lógica de recursos literarios, un ritmo y un estilo que denoten su audacia y destreza con el uso de la palabra, pese a que en ciertos instantes aparezca disfrazada en algún adjetivo. Distinta es la voz del narrador, que habla con más conocimiento de causa que la misma voz del autor, sobre el protagonista y otros personajes, con la autoridad que le da el mismo escritor. Esta voz del narrador en **Adicto a Mí** se reconoce como un personaje más, que aparece en tercera persona y se podría ser la voz de especie de psicóloga o psiquiatra, con espíritu propio de la Costa Atlántica colombiana, que más que ser un narrador omnisciente es un testigo crítico de las actuaciones de Donaldo del Cristo y, por esta razón, puede juzgar a los actores para evidenciar la intención temática del autor en su afán por entregar dos mensajes válidos y precisos a los lectores, sobre:

- El machismo como adicción al sexo, práctica “legalizada” por la conducta normal, común y habitual de la “enferma” sociedad costeña.
- La inconsciencia de la sociedad costeña frente a las cargas espirituales que, tanto hombres y mujeres, heredan de generación en generación.

Por su parte, los protagonistas y demás interlocutores se comunican con el lector en primera voz responsabilizándose de sus dichos, recuerdos y reflexiones.

Todas las obras son autobiográficas en alto porcentaje, ya que el carácter de no ficción lo aporta el lenguaje y la retórica, y, aunque el oficio no es contar lo que a uno le pasa de manera restringida, se evidencia, a propósito de las lecturas, una convicción acerca de lo que sugiere el mundo a partir de lo que le sugiere a otros. Se escribe de sí mismo y del entorno, por eso son tan importantes las lecturas biográficas, servirse de las experiencias ajenas en donde encontramos la compañía de la soledad, respuestas y más dudas. Escribir sobre sí, representa el punto de quiebre y partida, del desenredo de los conflictos existenciales que amarran el crecimiento espiritual al desarrollo de la escritura para llegar a ser, y luego, convertirse en notario de la literatura porque el escritor certifica con sus obras a la memoria, la cultura y la fantasía.

Asignarles una voz a los personajes de acuerdo a su perfil biográfico: información personal concreta (fecha de nacimiento, edad, estado civil, dirección de domicilio), estudios cursados (educación básica, secundaria y profesional), y experiencia laboral. Desde estos datos construí a Donaldo del Cristo y Mónica, que por suerte se desenvuelven en los mismos espacios que formaron al autor, Cartagena, San

Andrés Islas y Bogotá. Esta coincidencia, me permitieron valerme de las experiencias y de una variedad de detalles que presencié. Determinar la ubicación tempo-espacial en la que se mueven (año/barrio, casa, colegio, empresa), el universo entero de los protagonistas es fundamental para la historia. Saber, por ejemplo, si van a misa los domingos, cuál es el estrato social, cómo se lavan los dientes y se visten, decidir si son tímidos o extrovertidos, cuáles son los recuerdos de infancia, los amigos, las lecturas preferidas y la filiación política.

Este conocimiento orienta la construcción del personaje porque predice el por qué actúan de tal o cuál manera, así esta lista de datos no aparezca explícita en la trama. Es así como definir su comportamiento, a su vez, facilita la selección del lenguaje, el uso de un vocabulario distintivo, bautizarlos con nombres y apellidos típicos, y colocarles apodosos si es indispensable. “La profundidad de un personaje se ha comparado con un iceberg. El público o el lector sólo advierte una parte del trabajo del escritor”, dice Ernest Hemingway. Cada personaje representa una voz consciente que alimenta el léxico con las respectivas cargas emocionales proyectadas en el arte de la novela, mientras el autor y dueño de sus vidas, debe escuchar con atención las frases que ellos pronuncian durante el día entero y en todo momento. La creación de los personajes y de sus voces es un proceso combinado de procedimientos técnicos e imaginación personal, estimulado, en el caso de **Adicto a Mí**, por el ejercicio de utilizar palabras oriundas y castizas de la región donde se desarrolla la historia, que pueden reemplazar una frase completa neutra por un simple vocablo. Así aparecieron las voces de los personajes y del narrador. Por lo tanto, no sólo se trata de hablar con la voz natural de los

personajes, pronunciarla en un sonido como ejercicio de composición musical y escuchar un significado, sino también con las impresiones, emociones y el conocimiento corporal.

Encontré las voces en un acto de histrionismo elemental. A su modo, los personajes empezaron a comunicarse con el autor, charlaban amena, parca o tranquilamente e intercambiaban ideas, mientras el narrador en tercera persona asumía, después de que el novelista pusiera en marcha el ritual que se inventó consistente en encender velas e incienso, previa relajación y acto de constricción, para dar inicio a la escritura diaria. Así, Linda Seger resuelve con pautas en *Cómo crear personajes inolvidables*, título de su libro.

Y como los problemas de la escritura se resuelven con la escritura, el título de esta ópera prima **Adicto a Mí** lo designa tras realizar el ejercicio de contemplar en máximo tres palabras una frase que recogiera los antivalores implícitos en la adicción al sexo, la infidelidad, como lo son egoísmo, la mentira, el narcisismo, la deslealtad, la deshonestidad y otros.

La novela tiene su génesis en las calles al interior del corralito de piedra de Cartagena de Indias, durante los años de 1960 y 2006. Christopher Vogler en su libro *El viaje del escritor* sirvió para trazar el mapa del recorrido de Donaldo del Cristo en el centro de la capital bolivarenses y por varios municipios de este departamento, además de su traslado a otras ciudades del país. En esta obra encontré justificaciones para la creación de Donaldo del Cristo como personaje cargado de defectos. Incluso la voz del narrador, llena de prejuicios, muestra las

debilidades e imperfecciones propias de la vida cotidiana; y esos elementos son los que me permiten crear personajes más cerca de lo real. La obra de Vogler también me aportó sobre la necesidad de ahondar en la problemática de género aplicada a la comprensión de los hechos de los protagonistas. La solución práctica del texto está íntimamente relacionada con asuntos de género, cosmovisión e historia personal de los personajes. En este sentido y en concordancia con los planteamientos de Jung, citado por Vogler, se construyen arquetipos como personalidades definidas en un universo, que se manifiestan de manera diversa y constituyen uno de los elementos básicos para cualquier narrador, por cuanto son la herramienta que permite delinear claramente a los personajes que cobrarán vida por las palabras.

Los cambios de espacio anunciados resultaron de una investigación por parte del autor de los lugares históricos a los que alude para dejar constancia sobre el conocimiento del espacio de la novela y hacer una referencia tácita de la realidad de esta época.

Se abordan las digresiones para hacer aportes académicos e introducirlos a la historia sin desviarse del hilo discursivo del mismo, como lo decía Adolfo Bioy Casares en su libro *A la hora de escribir*. “Alguna digresión que afloje la trama puede ser necesaria para que corra aire...”, así como la ironía para ponerle el picante y la sal, y crear tensión y sabor a la sustancia de la obra.

El texto en concreto de la novela se compone de las exigencias de la escritura, la observación de un ciego que palpa con el tacto, se orienta con el oído y el olfato,

las impresiones, sensaciones de textura, sonidos y aromas del entorno. Pero también de contradecir las conservadoras reglas preestablecidas, de experimentar con los juicios y creencias de un moralista narrador, parcializado, testarudo, que quiere que el lector reciba su preciso mensaje y entienda su punto de vista, su postura frente a la vida. Este narrador se asquea con la cultura en la que el autor plantea al ser humano instintivo, criticándolo aunque se aproveche de él para volar en el idealismo y la utopía en frases y ambientes tinturados de poesía. Un narrador incisivo que se filtra en la mente de Donaldo del Cristo y logra conectarse, de manera tal, que intercala sus comentarios con los recuerdos del protagonista contando entre los dos una escena, episodio o evento, en el que ocasiones lo censura y en otras lo respalda.

La invitación a la lectura la hace extensiva el primer párrafo de la novela cuando el lector se pone al trote en la caminata que adelanta el protagonista Donaldo del Cristo mientras va y viene del pasado al presente, interactuando su relato mental con el del entrometido narrador en un viaje por la historia y sitios turísticos de Cartagena de Indias. Desde el comienzo de la trama se precisan las reglas implantadas por el autor esperando enganchar al lector en el hilo narrativo, síntoma del cumplimiento de la alianza necesaria para la comunicación entre los interlocutores.

La construcción de una obra literaria exige del autor tener presente una cantidad minuciosa de elementos que denotados en una sola palabra enriquecen y nutren el argumento, generando profundidad, coherencia, atmósfera... No es una tarea

fácil porque plantea muchos retos y cuidados para cumplir una meta final que es la novela completa, fríamente calculada, que debe ir avanzando de la mano y con tranquilidad, en compañía del tiempo que brinda el ambiente propicio para crear una historia sin presiones.

Para mantener una coherencia en el hilo conductor, el tiempo, el espacio, aterrizaba gracias a las lecturas en voz alta con el director de tesis. Un juego de tres voces: la del tutor, la interior y la del autor. Agradecimientos a la Maestría de Escrituras Creativas y a mi tutor, Julio Paredes Castro, por el impulso de quien siempre tuvo diáfano su deber de establecer reglas respetuosas de lectura grupal, de ayudar y guiar la construcción de un proyecto ajeno y de encarrilar a la conciencia del estudiante con sus criterios puntuales, académicos, teóricos y prácticos, cualidades de un cabal editor.

Establezcamos el pacto. Presento **Adicto a Mí**.

SOLEDAD

Donaldo del Cristo Leal sale del Juzgado Once de Instrucción Criminal en el edificio Ganem de Cartagena de Indias. Once como la fecha de su cumpleaños en noviembre. Independencia grita. El once que juega día a día en el chance. Había concluido, once minutos antes, la audiencia pública que presidía por violación sexual en el Cuartel del Fijo.

¡Mera coincidencia!

Es viernes y en pleno verano. Agotado, se recuesta en el portón de entrada, alza la mirada, suspira hondo y aprecia la maravilla de cielo por unos instantes. Ido. En esos segundos eternos, logra sustraerse a otra realidad, la de la naturaleza perfecta que parece tener memoria y uso de razón, que embelesa con propósito. Se recrea y extasía en los pincelazos de luces cálidas plasmados por el glorioso sol. El fondo perfecto para las tercas murallas que enmarcan el irrepetible paisaje fotográfico, que se va transformando en otro cuadro de semejante singularidad.

El arte del disparador automático de Dios.

Pliega los párpados y asiente con la cabeza en reverencia. Por instinto, gira la vista hacia la otra esquina de la Calle de la Universidad y se devuelve a la cruda cotidianidad donde la bella y perfecta naturaleza pasa desapercibida. Ignorada.

Distingue a su colega. Calixto Urruchurtu. Un abogado litigante que en su andar palmípedo ocupa medio andén. Con tal garbo, digno y presuroso, se seca el rostro con el pañuelo azul turquí que saca del bolsillo del pantalón de lino azul turquí, combinado con una camisa manga larga blanca, de la misma clase de tela del pantalón de pinzas que ajusta a la cintura con un fajón de cuero azul turquí, y con el toque final de un par de zapatos capricho blancos de punta azul turquí, para variar.

Inconfundible. ¡Filipichín!

El ascenso del calor humeante se ve evaporar a lo lejos. Urruchurtu anda azarado por las gotas de sudor que le chorrean el cuerpo y le empapan la camisa, sumado al esfuerzo del zigzagado al caminar. Malhumorado por la angustia de llegar a tiempo para coger al doctor Donaldo del Cristo antes del cierre de los juzgados, a las seis de la tarde, tira unas patadas a las palomas domesticadas por los borrachos del parque de la Universidad, que se le acercan durante el camino hasta llegar a la puerta del Ganem. Lo acompañan engañadas por el swing del leguleyo que simula como si les lanzara de comer.

“Me urge llegar pronto para brindarle una atención”. Piensa el jurista y a las palomas les zampa en balde otra corta patada para espantarlas.

“Hay muchos procesos al despacho del juez Leal y uno es del interés del jurisconsulto. Necesita cobrar el resto de los honorarios. Requiere urgente le sea impulsado”.

-¡Doctor! -le dice al juez-. ¡Mucho gusto! Vengo al trote porque no quería que se me escapara. Lo invito a una reunioncita en mi oficina para relajarnos. De aquellas que a usted le gustan tanto.

Calixto Urruchurtu se vuelve a limpiar la frente con el pañuelo azul turquí. Aguanta mugre.

-¡Hombre! -responde contento Donaldo del Cristo.

Entre los dos marcan el paso y ocupan la acera de ida. El uno por su elegante culebreo y el otro por la insuficiencia del espacio para la dimensión de su magra constitución, sin tener en cuenta su estatura de un metro con ochenta y nueve centímetros. Donaldo, vestido de negro de pies a cabeza, pues aún no tiene canas, en cada zancada de a metro, estampa las huellas debiles de las botas Grulla en cuero amarillas, con diez ojales cada una, en el polvorín reposado sobre los adoquines, resultante de la repentina raspadura pertinente a la restauración de las paredes de los afamados Laboratorios Román, una antiquísima botica con ciento cincuenta y siete años al servicio de la salud de la ciudad portuaria, que en esas nobles épocas estuvo agobiada por las epidemias de viruela, malaria, difteria, cólera, fiebre amarilla y tifo que combatieron a punta del procesamiento de la quina, zarzaparrilla, ipecacuana, jalapa, cáscara sagrada, menta y otras, todos medicamentos de acceso popular. El aire huele a limpio.

Y las huellas lisas de los caprichos de Urruchurtu, duplicadas al margen de las pisadas de las suelas de caucho, pesadas, de las pantaneras de Leal, van desapareciendo en la avanzada al cruce de la Calle de la Universidad o San

Agustín para tomar la de Nuestra Señora Soledad hasta la de Nuestra Señora de la Consolación. Dos por una.

Después de atravesar la Plaza de Bolívar, aledaña al Palacio de la Inquisición y a la Biblioteca Rafael Calvo, llegan a la oficina y se sientan en la antesala. No alcanzan a relajar la agitada respiración cuando irrumpe la secretaria de Urruchurtu, experta contratada especialmente de Cuchi Cuchi, un afamado burdel de la Media Luna en Getzemaní, antiguo arrabal, para pretender endulzarle la letra y los argumentos legales en el fallo requerido.

Ella sostiene una bandeja con un vaso de whisky con hielo al mismo nivel de los senos, al parecer, ofreciéndoselos en el menú del día. Donaldo del Cristo eleva la ceja izquierda, estira la frente y, antes de emitir algún sonido por la impresión, se lo calla. Agarra el vaso de licor helado y bebe un sorbo mientras la analiza de arriba a abajo. Tronco de bollazo.

La mujer con la sonrisa fija en el rostro, nerviosa por el reto de un cliente experimentado, entra de nuevo al despacho retrocediendo frente a él. ¡Qué animalón!, imagina.

Cada quien sabe a lo que va.

Calixto cree que por congraciarse de este modo con el titular judicial, Donaldo podría voltear sus criterios a favor. Se equivoca en estas pretensiones. Al pan, pan y al vino, vino. Consabidas son las rutinas de macho y semental del Juez como también lo es a vox pópuli su verticalidad profesional. Nada que ver.

Donaldo del Cristo sigue meneando el vaso con hielo, mira al litigante a través del cristal y cuando se sobrepone de la sorpresa ante cipote hembra, dice:

-Está buena, gracias. De película para cerrar el día, después del camello.

-Con gusto doctor –agrega. Hace una breve pausa y se rasca la cabeza. -Salgo y regreso porque quiero conseguir otra botella para que no se agoten las reservas.

Lo dejo solo en compañía de Iris. Despampanante, ¿no? –musita.

-Así cualquiera -dice el agasajado.

Se pican el ojo.

Dentro del despacho y durante la despedida de los doctores en la antesala, Iris está en la jugada. Muy avispada y diligente, sigue el orden del libreto. Se alista. Mira fijamente la blanca pared del despacho que la retroalimenta como si viera la imagen de una virgen reflejada en un espejo de cuerpo entero. Ensimismada. Concentrada. Con sutileza, deja caer las tiras del vestido rojo que se desliza por sus prominentes curvas al suelo, suelta su copioso y liso cabello azabache, libera los senos erizados por la caricia suave del satín y la premonición del éxito del carnal encargo. Quiere cumplirlo con tacto, pues sin ella saberlo, de éste dependería el trámite oportuno de aquel proceso. Repasa los detalles. Por eso sólo luce una delicada minitanga negra de encajes, bordada con hilos dorados; aplica dos gotitas mágicas a lado y lado de las orejas y a lo largo del esbelto cuello, y retoca los labios con un brillo escarchado.

Escucha cuando se cierra la puerta de la oficina. La señal. Salió su “jefe”. De inmediato se coloca un pareo velado carmesí con flecos en los bordes y con paso fino se dirige a la antesala. Resuelta, se posa frente a él. Deja escurrir la pañoleta. Donaldo del Cristo que la aguarda recostado en el sofá, firme y decidido, siente un mayor endurecimiento. La pista del vallenato instrumental de fondo y el olor a feromonas que aromatiza el ambiente, se complementan y energizan el espacio creando un misterioso campo magnético entre los dos. El magnetismo animal del que se precia para atraer a las chicas sin necesidad de decir ni mu. La experiencia no se improvisa. Así que se pone de pie, se le acerca y la hala. La tira en el sofá y voltea boca abajo. Ya de espaldas, la sube y arrodilla en cuatro. Él únicamente se abre la cremallera del jean negro y se deja sus botas amarillas bien puestas. Tampoco es indispensable quitarlas. ¡Aflojar veinte ojales! Cuestión de tiempo que no hay.

En estas circunstancias casi que usuales, con maestría, la mangonea a su antojo. Se ubica por detrás y dobla la rodilla izquierda sobre el sillón para quedar a la altura de la presa. La agarra por la quebrada cintura y la acomoda por puntería. La pierna derecha le queda de trípode tocando el piso de azulejos en cemento encerado y pulido, típico de las edificaciones del centro amurallado. Donaldo rueda con las palmas de las manos el cauchito que arma los triángulos de la diminuta ropa interior. Para sacarlo, Iris levanta una miguita la pierna derecha semiflexionada, y el panty queda colgado en la izquierda. Un títere. Para eso le pagan. Mañas de abogados.

Sin otros preámbulos adicionales a la alta expectativa de ambos, para él, el afán por superar la rutina, y para ella, la eficiencia en el trabajo cotidiano. Donald del Cristo la penetra enseguida con brutalidad y en cada contracción rítmica placentera hacen rodar el mueble, que se detiene contra la pared. Pronta justicia.

Él se acuesta sobre la espalda de Iris y piensa susurrarle al oído, pero no lo hace:

“¿Eso era lo que querías? Toma de lo rico para que lleves... ¡perra!”.

La mujer grita durante el prolongado orgasmo y se desvanece. Él le dobla el cuello hacia atrás cuando la agarra del pelo y eyacula automáticamente sin alcanzar la máxima excitación. Por no dejar. Sin pena ni gloria.

No le pareció fuera de lo normal. Poco extraordinario. No la besó, no usó condón. Se le llenó el ojo antes que la tripa.

El alarido de Iris termina de inflar la vena frontal, al igual que le robustece el orgullo de macho. Como el perro que mea bajo el tronco de un árbol para marcar territorio, Donald del Cristo ratifica su dominio sobre esa boscosa zona baja femenina que prefiere desértica.

-Si es que hay una próxima, depílate todo -afirma tajante-. Se levanta y sube la bragueta sin limpiarse, sin asco ni escrúpulos.

Avergonzada por el contraste de las inclinaciones estéticas e iniciativas sexuales del juez Donald que pensó satisfacer, Iris se incorpora de prisa. Le salió el tiro por la culata. Con los dedos del pie izquierdo, pellizca y alza el calzón que se

arrastra. Además, recoge del piso el pareo y lo embolla junto al pecho. Iris corre al despacho. Donaldo del Cristo la ve sin parpadeo alguno, meciendo la cabeza decepcionado en su doble moral y dice entre dientes: “Pudorosa la niña”.

Donaldo siente algo de escalofrío y de cola. Rabia que no manifiesta. Para qué darle una trompada a lo que sea. Para qué pataleos de ahogado, se cuestiona. Y decide salir del lugar ipso facto.

Al rato Iris se asoma de reajo desde el despacho. Él se ha ido campante y no le dejó propina.

¿Puro cuento? ¡Así es su vida!

Campante. Tranquilo. Livianito. Con la satisfacción de la labor cumplida. Anda rápido y se detiene en la esquina de las calles Don Sancho y La Mantilla. Desde allí mira el mar encuadrado por la Puerta de Baloco. Cabizbajo, camina a su derecha y se persigna al encuentro con la Parroquia de Santo Domingo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Gira sobre sí y echa un vistazo de trescientos sesenta grados para apreciar la Plazuela de Santo Domingo. Europea. Extranjeros tomando tinto costoso, de usura. Finos. Donaldo del Cristo toma el solitario Callejón de los Estribos para montarse a las murallas por el Baluarte de la Cruz. “Debo controlarme”, piensa tras leer las sílabas que nombran la vía. Va contando los adoquines. Cada una de las losas que va pisando lo ayuda a relajar la mente.

Son las siete y treinta de la noche. Contante y sonante. Más tranquilo, trepa al Corralito de Piedra. Despejado por la salubre brisa, pasa sobre el Cuartel de las Bóvedas en el fuerte de Santa Clara, veintitrés cúpulas, donde reposan ahogados los gritos fantasmales de la libertina esclavitud que él no escucha, embelesado en la planicie marina delineada por el horizonte que no parece tener final. Aquellos aullidos que se escabullen por los barrotes se los lleva el viento. Pronto pasa frente a las solemnes ruinas del Circo Teatro que tampoco llaman su atención. Voltea a la izquierda y ahí sí que se paraliza, al mirar el esplendor del Playón de Chambacú, impetuoso en el atardecer o en el anochecer, momentos enigmáticos para Donald, llanura en la que cualquiera de los dos astros al alumbrar de día y de noche, relucen majestuosos.

Entonces, así como enumerando ovejas para conciliar el sueño, llega poco a poco a donde lo esperan sus amigotes, tremendos personajes, al lugar que llamaron La Latica. Un terraplén erosionado por el aplastamiento de la muchedumbre, enterrado, polvoriento, al que le sobrevive el bordillo en concreto natural. Un mercado chiquito, adyacente a La Matuna, poblado de quioscos donde expenden cocteles de camarón y las “bomba” con chipichipi, caracol y pulpo, mezcladas en salsa de tomate, mayonesa, pimienta, picante, jugo de limón y ajo, y cebolla finamente cortada. El lugar al que Donald del Cristo además, acude a comer después de las susodichas y peculiares faenas, para atizar la arrechera, recargar baterías por si le apetece, al llegar a casa, cumplir las obligaciones conyugales. Sagrado.

Al extremo, el tenderete. Esa reluciente caseta compuesta por varias láminas de zinc, apreciada por el servicio que presta a la fisiología del cervecero, más que cualquier atractivo turístico. Un lugar para machos. En el interior del quiosco, la latica, una atropellada lata de galón de aceite Vivi reciclada, cuadrada pero de bordes curvilíneos, tapa roja, con un pequeño orificio al que atinan lanza orines sosteniendo con firmeza el instrumento. Una lata llena de meao de borracho. Allí le saltan y depositan con tino algunos chorros del líquido amoniacal. Burbujeante. El resto se escurre. Chorrea. El penetrante olor producto de la sobresaturación de ácidos ya contenidos, la combustión agravada por la cebada y los distintos grados de alcohol, entre cerveza y “tornillo”, marean el ambiente inoloro para los ebrios de turno. Pobre del que le toca vaciar la latica y rico el caldo para los barbudos mierderos del laguito de Puerto Duro a donde la vierten.

¡Mucha necesidad!

Donaldo del Cristo que se aproxima al vacilón, brinca el charco de agua negra para atravesar de las murallas a la esquina del restaurante Nautilus donde se estaciona el del peto, la carreta de pan dulce, de piñitas mosqueadas, y el del jugo de naranja con hielo picado, con más hielo que jugo. Por fin, cruza las callecitas del Cabo, de la Cruz y la Moneda a La Latica. Breve. Y el combo de amigos. Sentados en círculo sobre las cajas de madera boca abajo, que dejan tiradas los vendedores ambulantes donde se empacan las frutas. Chéveres, echando cuento.

El duro de los créditos agrarios, el señor Luis Salazar, ya está llorando. Sus ojos compungidos y frágiles, hinchados por efecto del ron. Padece epífora. Ingiere un

trago y de una vez empieza a berrear. O tiene obstruido el drenaje de los conductos lagrimales, o tiene exceso de producción de lágrimas por irritación o lesiones, o tiene alguna infección. Una de tres. Sus amigos lo conocen y no se alarman, ya que hasta cuando se ríe llora.

Donaldo los saluda y pide un coctel doble.

-Salazar, no cambies la alegría por tristeza -y sonrío extendiéndole la mano.

Ariel Gutiérrez, El Diablo, se transforma. Las cejas pobladas ya están encumbradas. Piramidales. En punta. Por eso le apodó así.

-Doctor Leal, su fría –señala El Diablo, y le pega en el brazo el embase de cerveza abrigado por escarcha de hielo.

Donaldo del Cristo hace una morisqueta. Tuerce la boca y suelta el cuento de Ariel Gutiérrez.

-A este le debí poner El Diablo y agregarle Mataperro, porque cuando trabajábamos en Magangué, yo de Juez Penal y Ariel de secretario de Familia, en la medida en que se empujaba el trago de Medallo, se iba degenerando y las pepas de los ojos encandecidas con el arco triangular elevado. Hombre, cómo es posible, un tipo reservado, tímido, de repente se extrovierte, con plebedades a bordo. Cuando salimos del bar, encontró un perro callejero en el camino y se le antojó caerle a manducazo limpio. Este man es el propio diablo, dije. Desde entonces, cada vez que se mete su pea se desdobla y le aparece un perro.

Nelson Romero y los demás se ríen sin freno. Y El Diablo le responde:

-Y tú qué vas a hablar Nariz de Mondongo.

Romero con el hocico parecido al mondongo, con forúnculos y protuberancias. Verrugas con cojón. Colosal y gelatinosa. Buena gente, como todo deforme o raro. Lo que le quitan de bello se lo ponen de humano. Ley de compensación.

Entra al ruedo Víctor Anzuategui.

-“El Mondacuo”. Ese apodo me lo enganchó el doctor Leal cuando le conté lo que me pasó con una puta de Magangué. Estaba de notificador del Juzgado de Instrucción Criminal. Llegué al burdel y me gustó una pelaita. Hablé con ella y nos trillamos largo rato. Besaba con lengua. Bacano. Nos fuimos a la habitación. Me había dicho que me cobraba cinco mil barras. Pero cuando me vio tremendo miembro se arrepintió.

-No, no señor, usted está muy mondacuo -Donaldo del Cristo siempre continúa con la versión y se ríe a carcajadas mientras Anzuategui convencido y complementando la historia muestra el largo del antebrazo.

La cochada se cuaja de la risa. Salazar llora a borbotones. Ariel se agacha del dolor de estómago imaginando el episodio. Nelson se aprieta la nariz que le tiembla por la risotada.

Una sesión de risoterapia. Liberan endorfinas, la hormona de la felicidad; se ejercitan más de cuatrocientos músculos del cuerpo; oxigenan la sangre y los

pulmones por las bocanadas de aire que tragan; y se alivian el estrés y el dolor, cual sea, por la relajación.

-Espere señor, ahora que lo veo bien, bien, esto le vale más plata, la tarifa le aumenta –continúa Donaldo poniéndole pereque-. Cinco mil más por cada bola, porque esos testículos están muy grandes y ese golpe chacarero me maltrata. La jovencita pasmada y claridosa le exigió billete en mano para que no le hiciera conejo.

Donaldo sigue inventado e imita la voz femenina de la joven para insistir en el perrateo y aumentar la euforia.

-Imagínense, eso me costó veinte mil pesos. Caro en ese entonces -dice serio Anzuategui, creído de su propio embuste que narra con orgullo, como un trofeo. La gran hazaña.

Desde que Donaldo se entera de esta historia, en la Rama Judicial le dicen a Víctor El Mondacuo, sobrenombre que luce engreído.

Donaldo del Cristo se pregunta si ellos a espaldas le pusieron algún apodo. Quizá “El Matador”, “El Destripador”, por acabar a las mujeres pero a punta de “copa” no de rejo. Piensa y simultáneamente observa a la India Catalina. La mujer ideal. Culta, pacífica, sumisa, alta, esbelta, bien formada. Mejor dicho, la estatua que un varón necesita como esposa. Los indios de la colonización eran rebeldes con causa no mansas palomas.

En últimas, pueden decirle “Jaimito El Cartero” por ahorrarse la fatiga en lo que no le conviene, como atender al primer hijo. Prefiere departir en la calle.

Los amigos aprecian a Donaldo porque es sencillo, humilde, de alto nivel y baja alcurnia. Admiran su disciplina deportiva. Fortachón. Inteligente, estudioso y justo a la hora de impartir justicia. Un tipo completo.

Chacharean y hablan nada de servicio. Se burlan unos de otros. Echan cuentos. Pero el caballero Donaldo del Cristo es amnésico para revelar su afición conocida. Latean con una botella de cerveza en la mano hasta acabar una o dos cajas. Pura paja. Vacuencia. Sandeces. Baboserías de “adultos”. A las tres de la madrugada, cada quien coge por su lado.

Donaldo llega a casa en taxi. Barrio Daniel Lemaitre. Chapeto. Embriagado. La esposa le tapó la comida en la mesa. Él ni la ojea. Amalia Rosa se para empijamada cuando lo escucha entrar. Lo besa en el pecho a donde la boca le alcanza y lo abraza. Él quita los brazos. No hace ni fu ni fa. La aparta. Embuchado. Harto de frías, apenas la mira con los ojos cuajados, y le posa, por unos segundos, la mano en la cabeza. Tambalea y rueda una silla al frente del equipo de sonido que le prestó su hermana Mercedes. Pone el disco de Orlando Contreras. Temas musicales que escuchaba de pequeño con su madre. No canta. Conserva el silencio. Va a la cocina y toma del congelador la botella de Tres Esnaqui. Sigue tomando. Se empina la botella sin arrugar el rostro al degustar cada trago, cual agua pura. Saca la billetera y le entrega el cheque del subsidio

para el primogénito. Conforme, Amalia Rosa lo guarda entre el seno y se sienta en la sala para verlo a distancia. No le censura por su estado.

Por la indiferencia de Donaldo del Cristo, al rato, Amalia Rosa se acuesta nuevamente. Ella duerme temprano como las gallinas y se está trasnochando. Se dice en un murmullo que ya llegó a casa. No durmió en otro lado. Qué alivio. Suspira tranquila. Pero está bien la tomatina para que se distraiga con los amigos, se recree, aunque no comparta con la familia a diario. No lo cantaletea, no le nace. ¿Para qué? Ni ahora ni más luego. Esa actitud los preserva unidos. Calor de hogar. La comodidad amañadora que Donaldo del Cristo siempre busca en cualquier mujer, que le proporcionaba y proporciona la mamá. Aunque ande solo por doquier, aunque para algunos, muchos, no tiene esposa e hijo.

Donaldo amanece pescando el sueño en la silla. Y en una descolgada de la cabeza, se espanta y se va a la cama.

Durante el día, con el sol templado, duerme la borrachera. En cada respiro se va desintoxicando el cuerpo. La habitación huele a coco rancio.

A las tres de la tarde, después de ocho horas de descanso, Amalia Rosa le lleva a la cama un consomé de pollo con cilantro picado. Él lo sorbe del plato hondo, sin mediar palabra. Igual que siempre.

-¡Sabrosa!, gracias.

Donaldo del Cristo recuerda que Rafael Cuesta Rincón, primo de Amalia Rosa, tenía razón por un lado. Se la presentó porque consideró que le sería muy útil.

Buen dúo. Si la relación cuajaba, ella lo atendería, le pegaría los botones, le plancharía la ropa, le cocinaría. Cumpliría su deber sin quejarse. Sin objeciones. Sin crisis existencialistas. Por otro lado, para Amalia sería un premio, porque a los diecisiete años, nadie se la había martillado como es debido, no había tenido su primer novio oficial. Un machucante. Empezaron a vacilar en secreto y Amalia Rosa se encarretó con la pinta del pelagato y su sexapil.

“La tramé desde el comienzo”, Donaldo piensa satisfecho con su éxito.

A ciegas y somnoliento, estira el brazo y le soba las nalgas para no perder la maña. Diligente ella, pone el plato vacío en la mesita de noche. Dispuesta y ansiosa, hace días que de vaina la mira de reajo, se aparta la falda y, encuera, se le monta encima. Tiene que aprovechar. Eso no se ve todos los días. Los sábados. Al fin de cuentas es un ser vivo de especie animal. Reclama su derecho y obtiene la única posible muestra de amor. Pilosa como nunca pues si se demora pierde la oportunidad. El acto tarda, cuando mucho, tres minutos para que ella llegue al orgasmo. Apurada por la erección ficticia de Donaldo del Cristo estimulada por el guayabo, el frío fresco del abanico a todo timbal y por la imagen visual de la trasera redondez sin rostro de Amalia Rosa, como la de tantas otras que ni recuerda. Geometría popular y biodiversa. La recompensa que siempre espera, cada sábado, por su costosa y devaluada virginidad. De cualquier forma, sigue haciéndole el favorcito. Donaldo se presta con cariño porque ella le ofrece tranquilidad y comodidad en un espacio al que puede llegar siempre. Entonces no puede eludir, justo en la intimidad, memorar la frase: “¡Maldito!, perjudicaste a mi

hija. Dieciocho añitos”. Había sentenciado la madre de Amalia Rosa, cuando le informaron que en la primera relación vaginal, Amalia Rosa queda preñada. Lo aculilló una negra más alta y corpulenta que Donaldo del Cristo, con voz de trueno y afro redondo y largo.

“Será que nos perjudicamos”, aclara para sí.

Amalia Rosa se baja del pedestal en que cabalga porque intuye que se desvanecerá. La remembranza oportuna y sus efectos. Se hace la loca para que no le recuerden el por qué.

“El sexo gustoso se lo hacen dos personas, y no necesariamente por amor”. Donaldo se emputa, se sube la pantaloneta y se arropa por completo.

Amalia Rosa recoge el plato y sale de la habitación.

“Tras que fiao y con ñapa, ¡nojoda!”, se dice Donaldo y luego le cuesta trabajo retomar el sueño.

Se siente impotente porque no sabe cómo olvidar a la pitonisa durante la proclamación de la blasfemia. Hizo efecto. “Es que no lo comprendo”, afirma. “Va para el cielo y va llorando. ¡Eche! Ni que fuese un tráfuga. Un malandro”, precisa. Guardando las proporciones.

Donaldo del Cristo responde por su himen y el niño. “¿Cuál es la fregantina? ¿Será que quiere para su hija un príncipe azul? ¡Pero si ella no es ninguna

princesa encantada! Ay, le truncó su futuro”, remeda la voz de la suegra. “¡Qué jeringa!”, refunfuña.

Por eso el polvo es semanal, cada siete días exactos, sabatino, cuando está borracho para no evidenciar sus facciones. Ese día no puede excusarse en el cansancio por mucho trabajo. La bruja que se fugó de la Inquisición lo achantó, pero el miedo y la profética condena, no alcanzaron a impedir la ceremonia religiosa. La palabra vale. Tiene poder.

“¡Es que debimos seguir como íbamos!”, se atormenta en su lucha interior. El único riesgo inocuo seguía siendo una diarrea hasta que se adaptara a la costumbre y el hábito, hasta aburrirme o aburrirnos. Cero rastros, cero huellas, cero encantamientos, cero saladeras.

Entonces, le tocó. Donaldo del Cristo se casó por la iglesia. En la iglesia María Auxiliadora, en la avenida Pedro de Heredia. De la comunidad salesiana. Como Dios manda y como lo obligaban sus principios, su necesidad de un padre y el embeleco.

Solos los dos. El pelagato y la mojjigata, sentados en la banca de madera del templo. Donaldo se dio cuenta que esta señora víbora y su marido tontuelo, se escondían tras las columnas para constatar si era verdad. Verdad fue y es. Noble el pelao.

Donaldo agarra de la mano a Amalia Rosa para que la cosa no se viera tan cruel. En el pecho se extendía un vacío que le quemaba hasta la boca del estómago.

Sabía que no la amaba. Amalia Rosa también. Pero siguieron con la farsa de un matrimonio católico. Costumbre de la época. Condenado a la hoguera. A sus veintiún añitos.

“Mi querida suegra tenía razón”, insiste. “Nos perjudicamos. Le hubiese parado bolas y no me hubiera casado nada, pero eso era otro problema. Para atrás ni para coger impulso. La cruz del Cristo”.

Sin embargo, Amalia Rosa no es un estorbo, ni maluca que espante ni bonita que encante. Sentimientos de culpa y soledad, ligados a vivir lo que por camisa de fuerza le toca. Entre otras cosas, ambos mudos, y pasivos, cortos de espíritu. Ni chicha ni limoná. Ni sal ni azúcar. ¿Qué problema pueden tener? Comodidad ante todo. A lo hecho pecho. La pareja ideal.

“¡Basta ya, demonio!”, Donaldo del Cristo la espanta. Y mientras reza un Padre Nuestro se hace la señal de la cruz hasta quedar profundo del sueño.

Cumplidos cinco años de rutina. De lunes a jueves de la casa al trabajo, del trabajo al gimnasio a medio día y en la tarde noche a alguna cita imprevista; los viernes directo a La Latica; sábados de rasca, y los domingos al mercado de Bazurto con Amalia Rosa.

“Estoy esperando nuestro segundo hijo”. Anunció sin anestesia Amalia Rosa con rara pedantería apenas Donaldo del Cristo llega del trabajo. Seis y treinta de la tarde. Le cayó un balde de agua helada con la buena nueva, cuando se disponía a

destapar la consabida cena fría, sentado en la mesa del comedor de PVC. Y un lunes.

-Está bien -contestó sin aspavientos y enganchó la carne bistec en el trinche para morderla. Después se embutió el arroz con frijolito negro y le dio clavo a la tajada madura.

¿Tonto? ¿Qué puede hacer? Resignación, si ya está embarcado en el lío. Sus principios no incluyen el aborto.

“Otro hijo y a los veintiséis”, sacó cuentas Donaldo. “Voy metido, caramba”.

“Mi padre nos abandonó, se acuerda, mastica y traga. En mi registro civil aparece como fallecido. Dejó a mi madre con dos hijos. Mercedes y yo. No podría ser similar a él. Desapareció. Se lo tragó la tierra. Lo vi por primera y única vez a los siete años cuando fui a los manglares de Manga a visitar a mi abuelo Ignacio que vivía en una casa de palo a la orilla de la ciénaga de Manga, diagonal al cementerio. Un viejo tacaño, negro y de dientes blancos, que después de ser tan agrio con mi abuela, me citaba para leer la Biblia”. No tenía más salida a su edad. Refugiarse en el Señor.

“Mi papá Donaldo Juan me regaló una pelotica sucia de tenis. Quizá se la encontró por ahí. También me tiró unas monedas y me cargó por unos instantes. Tuvo hijos en cada pueblo que visitó, según cuenta Socorro, mi madre, pero no le conozco profesión alguna. Sólo sé que marinero no fue. Ella no revela todo de su romance. Se lo guardará hasta la tumba”.

Mientras Amalia Rosa está feliz por la intencional proeza, no se percata que sembró un dolor más hondo en Donaldo del Cristo. Más insondable que el que le plantó su padre. Los hijos amarran al hombre. Mito falso. Donaldo se siente traicionado y no lo delata.

Donaldo se levanta de la mesa y va al patio de la casa. Entre el tendedero de ropa, sábanas de colorines y pantalones húmedos, mira como siempre al cielo, y en medio de la espesa negrura se agarra la cabeza.

“Debo estar contento, pero ¿por qué no lo estoy?”, se cuestiona.

“El hijueputa del Rafa. Ese me sonsacaba. Lo malo del enchunche, el engaño. Ya para qué”.

Amalia Rosa no puede ver el sufrimiento tras la ropa que cuelga. Su sonrisa estampillada en el rostro no la dejaba, florecía en medio del fracasado intento por apretar los labios en disimulada seriedad. Acostumbrada al silencio y a las contemplaciones profundas de Donaldo. ¡Normal! Donaldo no siente. Los niños no pueden padecer. Son su sangre, dirá ella. Compenetrada con el corazón de su marido. ¡Já!

La brisa sopla suavemente y las toallas se le pegan al rostro consolándolo, secan sus densas lágrimas cargadas de sal, tristeza, resentimiento, impotencia e ilusión. Una mezcolanza. Un revoltillo de emociones contradictorias. Entre más edad, más miedosa es la vida. Cruda realidad.

Donaldo se sopla los mocos y entra a la casa por la cocina sin enchapar. Amalia lava los platos. Él pasa y no la determina. Se asoma a la única habitación y ve de reojo al niño que duerme plácido desde temprano.

Cierra sin ruido la puerta principal, que permanece abierta de costumbre, y se monta en una buseta al Centro. Se sienta en la última silla al extremo derecho con la ventana bien abierta para apreciar la plenitud de la costa y las olas que convulsionan en las rocas reclamando su continuidad. Lo que fue a buscar. La buseta está casi vacía. “Mejor, no hay más que el ruido del viento que choca con mi cara. Milagro que este chofer no lleva música champeta que zumba a alto volumen. Mejor así para escuchar el silencio y limpiar los oídos.” En el interior está grotescamente iluminada con foquitos rojos de navidad siendo comienzo de año. “Le falta un villancico o la stripper.”

Donaldo cierra los ojos por diez minutos y recibe agradecido el fresco, acariciándole. Ya sabe cuánto gasta la buseta en pasar por la avenida Santander avanzando a diez kilómetros por hora, tal vez, espera que la gente, a las siete y treinta de la noche, salga de las casas para ir en esa ruta. Conchudo. ¿A esa hora y al Centro, a buscar qué?

Pasado ese tiempo, el chofer del bus reduce aún más la velocidad y a Donaldo ya no le importa. Alarga la visión binocular al horizonte tenebroso de esa noche que no se distingue con claridad. La luna está en cuarto menguante. Indiferente a la marea. Donaldo se siente acorralado por él mismo y tanta responsabilidad ineludible.

¿Qué será lo que Donaldo del Cristo busca en la distancia del océano? y ¿qué será lo que encuentra en el horizonte que le da paz? Compañía.

Trae al celestino Rafael Cuesta, una vez más, al maremoto de la mente.

“Por qué me persigue como mi sombra. Por qué inunda mi espíritu como oleada tectónica mandada por Satán desde el inframundo”, se exalta.

“Parece una conspiración. Es un chicle asoleado. No me lo puedo despegar”, enfatiza. Donaldo da una palmada al mueble tapizado en cuerina azul. Sintético y morado. Uña y mugre. “Qué tal que no fuese un mondado y estuviera bien montado, con la tula llena”. Crecieron juntos desde niños jugando a la lleva, bolita uñita, béisbol de tapita. Se criaron en el barrio Daniel Lemaitre y entraron a la Universidad de Cartagena a estudiar derecho. “Yo he aprendido algo, pero él sigue siendo un burro masticando hierba”.

Donaldo del Cristo se graduó y Rafa insistía en permanecer en el alma mater. ¡Malas influencias! Mamarracho.

Al Rafa lo graduaron con el tiempo y por ventanilla. Donaldo tuvo que intervenir. Catedráticos y compañeros cansados de la gaguera y vagancia. Tirando carreta poco creíble y vacua que sólo Donaldo del Cristo se tragó. ¿Dónde estaba el sustento legal?

Con este pariente para qué enemigos. “Fui un pelele. Qué enredalapita. Por embelequero. El destino. ¡Espíritu Santo!”, pronuncian sus labios.

Mil ideas por segundo pasan por su mente perturbada. La guerra interior entre su ángel y su demonio. Sancocho de mango. Persiste en su rollo, atormentado. El matrimonio, “mi matricidio”, impreca. Mercedes le compró una camisa manga larga crema y un pantalón café. Amalia Rosa se puso el mismerón, el que lució en el grado de bachiller. Para ese entonces, ninguno trabajaba. Llevados del bulto. Ilíquidos. Estudiantes de universidad pública. Abogacía él y trabajo social ella. Tan congruentes. Coherencia de locos.

El conductor mete la chancleta del freno hasta el fondo. Una ola repentina que cruzó la vía sacó una piedra del mar que pegó en el panorámico. Donald del Cristo se golpea en la barbilla con la silla de enfrente. Nocaut técnico. Trata de sostenerse, de verificar qué pasó, pero está clavado, el cojín le pegó primero. Se desconecta de los recuerdos. Se sustrae por un instante del pasado al presente.

-¡Ey chofe!, -y le chifla-, ¿qué, me vas a terminar de matar? ¡Estás trabado o qué es la vaina!

-Erda, nada mi hermanito. Frescola mi valecita. Me bañó una ola –le contesta bajito a su único pasajero.

Donald del Cristo respira. Se reincorpora. Vuelve a la historia.

A los recién casados, Socorrito, la madre de Donald del Cristo, les daba las tres comidas a diario. Trabajó de empleada doméstica de doña Ana del Perpetuo Socorro, madrina de Donald. La doña doña se convirtió en el guarda terrenal del niño, desde que conoció las ventanas de su alma. Le tuvo fe. La madrina le

pagaba la U y el transporte y, aunque disentía de la decisión de ir al altar, se mordió la lengua. Calló para que cumpliera la meta de ser responsable. Por su parte, la mamita de Amalia Rosa, que tanto renegó sobre el futuro truncado de la niña, le proporcionaba los estudios profesionales.

De Villanueva, Bolívar, Socorro emigró desplazada por la abuela Zelmira. Vendía bollo de mazorca biche, de yuca, limpio, negrito, de coco, y con anís. Llegó a Cartagena a los catorce años, porque no aguantó más los maltratos de una madre que la arrodillaba en granos de maíz si no traía el producido de la venta. Ella y su hermana Rafaela salieron huyendo del pueblo. Durante varios años trabajaron como empleadas domésticas hasta que llegaron a celar el colegio Ciudad de Santa Marta en el barrio La Quinta. Socorro salía con las amigas a bailar en las casetas y en una de las verbenas conoció a Donaldo Juan, padre de sus hijos. Le quitó la alegría. “Nació mi hermana mayor, que sí lo trató y sí lo pudo abrazar. Nací yo y se marchó para nunca volver.”

Pero Socorrito tuvo un tercer hijo. Ángel Eduardo. Síndrome de Down. Mongolito. Donaldo del Cristo lo quería mucho y lo custodiaba. Esta discapacidad terminó con la poca tranquilidad que le quedaba a Socorrito. Dejó de ser para ella y serlo todo para Ángel Eduardo. Lo amaba y protegía. Su cuerpo no daba más. Socorro jamás mencionó el nombre de aquel fulano. Importaba un pepino. Se cree que fue un borracho que le calentaba el oído a su larga temporada invernal. “Un hijo no puede ni debe juzgar a sus padres, pero la cagó feo”. Socorro vivía como podía. Tirando trapero, preparando alimentos, bañando pelaos ajenos. Los suyos se

bañaban solitos. Se enmudecieron los picó rimbombantes de las casetas a donde iba con el bonche de amigas cada fin de semana.

Doña Ana, directora y maestra de Ciudad de Santa Marta, decidió poner a Socorro a trabajar en su mansión y le permitía llevar a Donaldo del Cristo de cuatro años, porque le daba temor dejarlo solo en el rancho. Mercedes, de nueve años, la mayor, la habían extraditado a un internado de donde la expulsaron por la misma razón que la recluyeron: ser la oveja negra de la familia. Tremebunda. Cuando doña Ana le anunció del viaje estipulado para el siguiente día, Mercedes estaba en el patio de la casona, bajo un injerto de guayaba mora, sentada en una mecedora desfondada con las nalgas rasando el suelo de tierra. Las pepas de los ojos se le salieron de las órbitas y le dio una pataleta casi que epiléptica sin sufrir esta enfermedad. La histeria cesó a la hora, y le hizo un clic cuando se encendió el bombillo de la maldad levantando la ceja izquierda que Donaldo del Cristo también levanta cuando corresponde. Mercedes, ni corta ni perezosa, se escurrió por el pasillo hasta llegar a la habitación de don Alfonso. Abrió la gaveta de la mesita de noche y sacó una revista que se metió bajo el vestido. Escuchó el llamado de su madre que le decía que era hora de llevar a Donaldito a casa de la seño Rita. Una vez salieron, Mercedes lo cogió por la muñeca y le metió un jalón. Ella cargaba un pequeño banquito de madera. Aprovechó cuando debían atravesar las lomas del pie del cerro para exigirle rapidez y arrastrar al niño, raspándole la rodilla. El chiquito agarraba en una mano la bolsita de la merienda y en la otra el cuaderno con el lápiz por dentro. No se condolía y él berreaba desamparado. Subieron a la

cúspide y lo dejó botado media cuadra antes de la casa de tablas rosadas de la paciente seño Rita.

A las pocas semanas llamaron del internado. Desterraron a Mercedes en el acto porque la encontraron flagrante con la publicación pornográfica entre un libro y en plena clase de religión. “Una manzana podrida daña las buenas. Ni de riesgos”.

Qué cabeza la de Donaldo, capaz de recordar esto después de veintidos años.

La buseta se detuvo en el Muelle de los Pegasos, después de bordear el Corralito de Piedra por la avenida Santander. El olor a chicharrón y jugo de zapote le movieron las tripas. Es que la cena fría de la casa lo indigestó. El busetero, sin bajarse de su pedestal, pide un jugo de níspero que está a los treinta segundos y se lo empacan en una bolsita plástica con un pitillo. No hay prisa. Mira a Donaldo por el retrovisor que no se inmuta porque está concentrado viendo la vitrina de los fritos recalentados por un foco de luz amarilla de cien vatios. Repara cómo se alejaba de su vista el sudoroso chicharrón con patacón tostado. El chofer se suerbe la bebida con sabrosura y anda a marcha lenta hasta el Parque Centenario.

En ese punto, desacelera y los dos, pasajero y conductor, como grandes compañeros del camino, distinguen al Zorro en una rotonda echando cuentos y de reojo se sonríen tan solo viendo de lejos al personal que lo rodea jalando risa. “Sócrates le quedó en pañales,” piensa Donaldo, por la complejidad de sus argumentos, la lógica y la ironía de las palabras, la crítica a la ignorancia de los

sabios frente a la cultura popular y el cálido contacto directo con el ser humano y la naturaleza del parque.

“Ocho y quince de la noche. Quisiera bajarme pero me da flojera. Qué será lo que charlatanea el Zorro para reírme también. La vida no puede ser tan cruda y seria. Uno necesita su contentillo, reírse de uno mismo”. Las leyes de la inercia y de la estática, la de las fuerzas, de acción y reacción, combinadas en un espécimen. De haber conocido a Donald, Newton se asombraría de hallar personificadas en él las leyes del movimiento.

Donald del Cristo recuesta la nuca en el cojín y sigue pensado. Terminó los estudios escolares en el Colegio público Rafael Núñez, cuatro veces intermitentes presidente de Colombia. Las instalaciones quedaban cerca a la casa que celaba su mamá y su tía Rafaela.

Sigue el recorrido de la buseta. “Qué extraño que nadie se monta. Fleteada especialmente para mí”. Se jacta Donald.

“Cinco años; cada cinco años esta mujer pare,” asevera Donald del Cristo, con la ceja izquierda exaltada. “¿Por qué no buscará algo que hacer, qué proyectar?”.

Cierto es. A los cinco años de parido Patrick Donald nace Amalio del Cristo. Crucificados al igual que Donald, tras emerger al mundo, paridos como la naturaleza manda, a lo mero macho, con episotomía incluida pese a los masajes perianales que Donald del Cristo le hacía para evitar un desgarró vaginal. Reencarnaron clavados en la aspereza de la precariedad, en menor grado que su

progenitor, porque no carecían a conciencia. Llevaban la carga sin notarlo. Desembocaron en la misma clínica de maternidad Rafael Calvo, barrio Alcibia, sector María Auxiliadora. Ictéricos. Amarillos. Alta bilirrubina. En plena austeridad. Donaldo del Cristo y Amalia Rosa, conformes por la ignorancia de lo que no se conoce. El que las hace las imagina y ellos tenían poca creatividad. Sin aspiraciones. Sin sueños para desear.

La buseta se detiene en el mercado de Bazurto. La palenquera baja la palangana y la pone en el primero de tres escalones. Se arrima, la alza y carga y sube hasta el descanso, luego la pega a la silla del conductor para que no estorbe y la aguanta con el pie para que no se ruede por el pasillo al fondo. Ya vendió la mayoría de las frutas y dulces. Dentro de la neblina roja, a la negra sólo se le ve el esmalte dental como pastilla de chicle Adams y la esclerótica, o sea, la bola blanca de sus lámparas resplandecientes. Se sienta adelante, cerca de la ponchera.

Donaldo del Cristo mira el basurero y se tapa la nariz. “Chofe, dale rápido, sal de aquí, que esta vaina huele es a mierda pura”, le dice al conductor que hunde el acelerador, sube el puente de Bazurto en un santiamén y para frente a la Iglesia María Auxiliadora donde se casó con Amalia Rosa, detrás de la cual está ubicada la Maternidad Rafael Calvo donde nació. Sigue rememorando.

Donaldo del Cristo, por su parte, nació medio muerto. A los quince días de vida, fue hospitalizado con fiebre tifoidea y tosferina. ¡Nada más! Deduzcan las limitaciones. En la pobreza absoluta. La miseria por una pizca lo mata. Agua

hervida y vacunas, ni pizca. ¡Qué cagada! Exiliado en la sala cuna del hospital por un mes, con otros bebés tan enfermos como él, coincidió con un niño de idéntico nombre. Ninguno de los otros aguantó las espasmódicas asfixias, la fiebre y las diarreas sanguinolentas. El tocayo se le adelantó. Peló el guineo. Los otros también fallecieron. Donaldito fue el único que se salvó, no le tocaba colgar los guayos. ¡Hierba mala nunca muere! Las enfermeras lo ponían al calor del carbón para que sus pulmones se regocijaran. Santo remedio. Donaldo del Cristo no sufrió hoy ni de asomo de gripas. Antibióticos de amplio y recontraprolongado espectro. La ictericia ni se le notaba. Socorro lo veía desde afuera. No podía amamantarlo siquiera.

Su infancia estuvo acompañada de la soledad, de Socorro y doña Ana, la maestra de la vida. Importantes, pero insuficientes, para transmitirle conocimientos en las distintas esferas del sexo, especialmente. Advertirle. Con la mínima marcación cuerpo a cuerpo.

Donaldo del Cristo, mayorcito, se embirrió con la lectura, se obsesionó con el cuerpo y el deporte. Dedicado de lleno. A los cinco años aprendió a leer en los avisos, cuando acompañaba a su madrina a hacer las compras al mercado de Getsemaní, antiguo barrio Arrabal, al lado del muelle de Los Pegasos y del Reloj Público, frente al camellón de los Mártires y cercano al Parque Centenario. Ahora, Centro de Convenciones de Cartagena de Indias.

Cada quince días practicaba la lectura en los letreros publicados a lo ancho y largo de la plaza puerto de La Carbonera, por donde entraban los comestibles y las

pestes del cólera, la viruela, la malaria, la anemia tropical, la fiebre amarilla, la tifoidea y la difteria, estas dos últimas epidemias contagiaron al doctor Donaldito, como le decían. Boquiabierto entre tantas letras, formas, tamaños y colores, Donaldo del Cristo se extraviaba o se quedaba atrás. Leía volantes callejeros e historietas de superhéroes. Se perdía entre el coge nalga, arrecostaderas, chazas y chuzos de frutas, verduras y carnes. Ana, la piadosa madrina de los cuentos de hadas, le halaba las orejas. Le enseñaba con amor y era quien le compraba las historietas de Memín Pingüín y Superman, que devoraba como acérrimo lector.

Sí, el mismo mercado de Bazurto de hoy y que acaba de pasar Donaldo del Cristo en la buseta. El mismo que tras fundirse en las llamas del infierno en 1965, en las de Sodoma y Gomorra, fue removido en 1978 del centro de la ciudad a la atropellada Avenida Pedro de Heredia con la misma sal. Petrificado. “De Guatemala a Guatepior”. El mismo que contamina la zona de la laguna de Las Quintas, barrio Martínez Martelo y tiene convertidos en carroñeros a los pelícanos y demás aves locales. El mismito criadero de ratas que azota a la población y ha transformado a este estratégico y crucial sector de la ciudad, en caos y basurero municipal, en podredumbre y letrina, en cueva de malandros. Este es el único lugar a donde Donaldo lleva a Amalia Rosa. Los domingos. Y ella feliz.

A los catorce años, Donaldo del Cristo vendía allí bolis en las tardes. Por largo tiempo, en el patio de la casa de la madrina, cumplía con rigurosidad la rutina de ejercicios. Levantaba las pesas caseras que hizo con latas llenas de cemento. Cuando ahorró lo suficiente, pagó el primer mes de gimnasio. Su cuerpo se fue

ensanchando, tomando volumen y se enamoró por primera vez, pero no de una mujer sino de su figura.

Donaldo fue además un superdotado con el sexo. La primera erección la tuvo de bebé en los cortos e intermitentes intentos para que el prepucio develara al glande. Erecciones infantiles involuntarias. El placer solitario de masturbarse le ayudó a fortalecer el pene. Un músculo fuerte y vigoroso. Creció en tamaño y constitución. Brioso. Donaldo del Cristo no sufrió de la común fimosis, pues pudo retractar totalmente al prepucio por el disciplinado trabajo manual matutino que le hacía y el refriego constante del genital con la almohada en las poluciones nocturnas, dormido, y aún despierto. Buen niño. Se amañó.

Que *manus strupare*, que *manus turbare*, que *coitus interruptus*, eso era la misma vaina para Donaldo. ¡Qué sucio ni qué violación ni que nada! ¡Delicioso! Ese Onán parece marica. De la mitad para adentro. A Donaldo del Cristo le tocaba conformarse con el cojín.

Para qué fue eso. Jugó en la selección de baloncesto de Bolívar, participó en atletismo, béisbol, fisicoculturismo y fútbol. Asediado por las chicas, atraídas por su integridad física, iba al grano sin parla alguna.

Socorro jamás lo admiró. No lo vio jugar porque debía camellar. Tampoco lo orientó. Sin madre guía, ni padre, sin centinelas, Donaldo empezó a buscar algo, inconscientemente, no sabía qué. ¿Ese algo que halló en el matrimonio con Amalia Rosa? ¿Ese algo que escarba perdido en la negrura de lo desconocido, en el horizonte que lo encuentra? Una veleta loca que apuntó la flecha a la adicción al

sexo. Al machismo que una sociedad enferma acepta como comportamiento normal. ¿Natural? Vicio común, generalizado. Estaba jodido. Jodido pero contento. No sabía lo que hacía. Carne de cañón.

La siguiente parada es a la altura del colegio de Comfenalco entre la esquina de los Cuatro Vientos y el Tránsito Vial. Acá la buseta se llena de estudiantes de la nocturna. Donaldo trae al momento, los entrenamientos de cada noche en el coliseo de esta institución. El poder de su brazo largo y fibroso cuando donqueaba la pelota para anotar un irrefutable punto a favor de la selección Bolívar de baloncesto.

En el colegio Inem, donde estudió el bachillerato, ganó el concurso del mejor cuerpo. Aquí empezó con mayor disciplina a rendirle culto a su figura. Cambió las latas de cemento por las pesas del gimnasio colegial, porque la venta de bolis se puso pesada y no le daba para pagar una mensualidad. De flor en flor. Picaflor. También, a los catorce años, empezó la práctica de su mayor pasión y que aún no se desvanece.

El primer amor, su primer contacto, en la primera salida de Cartagena. A los dieciséis años viajó a Medellín, a un campeonato nacional de baloncesto en representación de la Selección Juvenil de Bolívar. Cuando llegaron al hotelucho del centro de la Ciudad de las flores tuvieron un congresillo técnico con el entrenador.

-No pueden tener sexo porque pierden la fuerza como Sansón cuando Dalila le cortó el pelo. En eso se desgasta la potencia de los músculos que se aflojan,

pierden calorías, se desconcentran y si lo hacen sin permiso, complicado, porque la desobediencia los tensiona y los puedo sancionar.

Apabullados en el lobby del hotel, Pepe y Donaldo del Cristo analizaron el panorama y se decidieron por las callejeras que, literalmente, estaban a mano. Esa noche esperaron a que todo el equipo durmiera. Salieron a la calle y, como no tenían dinero para ir a un burdel de más categoría, hablaron cada uno con la suya. No sólo los amenazaban las reglas del técnico, sino los relámpagos y a que recrudesciera el frío. De rapidez, Pepe con la mona y Donaldo con una de jean atrincado que le dividía la vulva como las semillas carnudas del mamey. Subieron las escaleras y con su cada cual se encerraron en los cuartuchos. Con las manos en la obra, la de Donaldo del Cristo le pidió un segundo de espera para sacar de su parte noble un pedazo de papel higiénico del panty y se empelotó como si nada.

-¡Ajá!, con trampitas de espejismos visuales. Donaldo se propuso vengar el engaño.

Entonces, por un amplio lapso de tiempo la curucuteó y la zarandé. “Con que multi orgásmica ¡ah!”. La mujer desconocida terminó besando al jovencito en la espalda. Ella debió pagarle los servicios a él.

Al salir de la merecida muenda, los caballeros Pepe y Donaldo, llegaron a una tienda y compraron varios limones que se restregaron en la noble parte para desinfectarlas y contrarrestar las posibles enfermedades consecuencia del

intercambio de fluidos de bajo linaje y evitarlas. Del vademécum de la sabia cultura popular.

Cuando regresó a Cartagena, doña Ana lo llevó corriendo al doctor Roberto Cuadrado, amigo médico de la familia. Lo revisó le inyectó en el glande.

-¡Eso es para que la próxima vez te fijes dónde metes la picha! –y le enyardó la aguja.

-Es que yo no sabía –el ingenuo lloriqueaba, ¡já!

Socorro nunca le habló de los peligros del sexo porque era un tema tabú que ella tampoco hubiese sabido explicar. Doña Ana, rezandera, tuvo los hijos por obra y gracia del Espíritu Santo.

Cuadrado, muy fresco, tomó el soplete y le cauterizó las verrugas que coronaban como aureola la punta del sagrado y gordo pene. Donaldó estaba en shock. Exasperado, pero tampoco se preguntaba por qué el imán que tenía en el glande lo llevaba, sin musitar algún vocablo, a dar en cualquier clavo sin prevenciones. De vaina no tuvo más hijos no deseados, no programados. La concepción es un evento accidental y milagroso de la naturaleza. ¡Hombe, pero no tanto para el género humano y en pleno siglo XX!

¡Qué crueldad! La ignorancia no perdona ni es excusa.

Continuó la vida sin temor. El uso del condón no era divulgado en la época, no había campañas como ahora. “Tampoco ha de sentirse igual con ese caucho

encima”. El Sida y las venéreas eran enfermedades poco publicitadas y prevenidas.

El segundo gran amor, una joven mayor que él. Vecina. Se le entregaba a Donaldo del Cristo al revés. “Lo daba por detrás porque no quería perder la virginidad. Esa era la moda.” Como si ésta fuera relativa a una telita. Donaldo estaba apasionado con dicha práctica. Doble moral. Como si ese lugar en la retaguardia tuviera una función social. “Veto religioso. ¡Inmorales!”. Cebado y anclado a esta estéril estrategia que no deja rastro aparente, Donaldo del Cristo se mantuvo por un largo tiempo hasta que se fastidió. “El amor y el sexo, emociones confusas”. No es cangrejo de un solo hueco.

En inmediaciones de la Plaza de Toros Cartagena de Indias va la buseta taqueada. Donaldo mira el reloj de nuevo. “Son las nueve y cuarto de la noche. Pero qué, si para mí estar casado significa soltero con hijos”. Se baja de la buseta detrás de un grupo de jóvenes y cruza la avenida Pedro de Heredia para tomar otra ruta hacia el norte, que lo devuelva a Daniel Lemaitre.

Esto pensaba casado, porque de soltero se entrenó en las andanzas libertinas a las que no puede renunciar aún creciendo en obligaciones. Donaldo del Cristo se hacía la leva estando en el bachillerato para ir a los caños a pescar renacuajos. Simón el Bobito. Tuvo sapito en las manos y en los pies. ¡Puerco!. La mamá lo hacía en el Inem.

A la playa fue a templar un sábado con dos compañeros de clase. Marbella. ¡De terror!. En pleno mar abierto. Zona de pescadores. Se zambulló ingenuo. Como

Pedro por su casa. Pan comido. Al pez en el agua un torbellino lo succionó. ¡De aguas mansas líbranos Señor! Cálidas. Agonizaba y tragaba. Se hundía. Entre tanta angustia, alcanzó a asomar una mano. Uno de los llaves se lanzó a rescatarlo y un transeúnte le ayudó. Lo sacaron sin consciencia. Sentado en el espolón, botaba espuma y agua como fuente. ¡Hierba mala nunca muere! Verídico. Comprobado. Se fue asustado a la casa. Entró al cuarto, se acostó en el piso y se durmió, cansado por el extremo esfuerzo para sobrevivir escapando de la muerte por segunda vez.

Al amanecer, se encontró nadando en un charco de agua salada. Callado. Socorro desconocía la mortal hazaña pues como siempre, Donald del Cristo andaba “suelto de madrina”, sin Dios ni ley. Él miraba a su mamá con extrañeza y recordó qué hermoso se veía el cielo desde abajo cuando las corrientes encontradas lo halaban. De un azul zafiro decorado con arandelas de espumas formadas por el agua salina batida a mano. Recordó cuando Socorro lo cargaba y mecía, concentrados en la novela que oían por la radio: Kalimán, Arandú, La Castigadora, y el programa México Canta. Él comía del caldero con cucayo y, de postre, la concha de la manzana que Socorro pelaba para brindar a los patrones.

De regreso a casa, mientras la buseta baja el puente de Bazurto, se acuerda del teatro El Colonial en el barrio La Quinta y de la primera película que vio: *El hijo de la Calle*. Cualquier analogía es neta coincidencia. Tenían que esperar a que oscureciera para proyectarla.

“Estaría en la inmundicia de no haber estudiado, como una basura más que asquea entre el desperdicio que nadie quiere recoger ni para reciclar. Desechable”, se dice Donaldo.

Luego del grado de bachillerato, doña Ana, Socorro y Donaldo del Cristo, decidieron que él estudiaría ingeniería. Pasado un semestre de estudio, desistió. Doña Ana le dijo que iba a trabajar y lo mandó con la lonchera para el almuerzo: patacón, carne bistec y arroz blanco. Consentido. Donaldo tomó el bus al trabajo. Cuando llegó a la polvorienta zona, camiones embarcados con tuberías y sacos de cemento entraban y salían en caravana. Se reportó ante el jefe de la obra y éste le entregó un bombacho naranja fosforescente y se fue a cambiar. Por la rendija del caspete, reparó en aquel hombre con un trapo envuelto en la frente para soportar el sudor, el sol y el calor, y se dijo: “¿Pendejo yo?, me voy a estudiar. ¡Esta vaina no es para mí!”. Se embarcó en la parte de atrás de otro camión y se tiró en una esquina para alcanzar el bus de madera que iba al barrio Daniel Lemaitre. Al refugio que doña Ana, de un corazón más grande que su cuerpo y su alma, gestionó para que Socorro viviera con los tres hijos en casa propia. Tramitada a través de la hija mayor de doña Ana, empleada del Instituto de Crédito Territorial, le entregaron una vivienda de interés social. Y así fue que tuvieron un techo, no de palma, ni de zinc, ni de barro, sino de Eternit y concreto. “Daniel Lemaitre city”. Subsidio que Socorro iba pagando mes a mes con el salario y la ayuda altruista de la patrona.

Cinco años después, Donaldo obtuvo el título de abogado. El día del grado, figuró con la soga al cuello de la esposa, Amalia Rosa. A esas alturas, veinticuatro años, Donaldo del Cristo ya era profesional del derecho, con un hijo de tres años, un matrimonio de igual edad, y la creciente convicción de que el sexo es el aire que necesitaba para respirar, indistinto con quien lo practicara. Culto al cuerpo.

Donaldo adoraba su pene tan vital como su corazón. Lo miraba con cariño, lo revisaba y le sería imposible vivir sin él. Un verdadero regalo de Dios que, desafortunadamente, no podía besar. ¡Un perro chupándose su pintalabios! A diferencia de quien experimentaría vacío en la vida sin amor, Donaldo del Cristo, agradecido por tantas satisfacciones y triunfos que le permitía alcanzar, lo veneraba y suministraba a aquella que se le ofreciera. Su pobre y frágil madre y su pene se convirtieron, a conciencia, en dos miembros indispensables e irremplazables en su vida.

Donaldo, cabizbajo a lo largo de todo el trayecto, se mira el pantalón y se masajea el bulto que carga sobre las piernas para saber si está ahí, vivo y coleando, pero por la reciente noticia de más hijos para criar sin quererlo, lo palpa desanimado, desgano como el dueño.

Durante su primer año como profesional litigó apadrinado por el penalista Pablo Gutiérrez Espinoza, anciano abogado de renombre y respeto, que lo relacionó con su sobrino llamado El Diablo, miembro de la Rama Judicial de Bolívar y futuro amigo de copas de Donaldo. Gutiérrez descubrió que Donaldo del Cristo miraba con lujuria a la empleada del aseo y le recomendaba no mezclar el trabajo con el

sexo. Lo apreciaba para llegar a detectar su afición por las mujeres. “No mezcles el caldo con las tajás”, recuerda que le advertía. Donaldo del Cristo era el mandadero. Empezó chequeando los procesos en los Juzgados de Instrucción Criminal, Superiores y Penales del Circuito. Iba a los bancos y le cargaba al doctor Gutiérrez la máquina de escribir Brother. Pero como Donaldo vivía enviciado con este gustico, una mañana cualquiera, no pudo marginar la tentación de Rosa, la aseoadora. Se hizo el oreja sorda. “En la variedad está el placer”.

“Mariposa vagarosa, rica en tinte y en donaire, qué haces tú de rosa en rosa, de qué vives en el aire”, Donaldo del Cristo recitaba en voz alta para llamar la atención de Rosa mientras llegaba el doctor Pablo. “El niño y la mariposa”, poema de Rafael Pombo que aprendió de memoria en la escuela. “Todavía lo recuerdo”, se felicitó.

-Erda docto, está susceptible hoy. Le hace falta cariño o qué, dedujo Rosa.

-El afecto nunca está de sobra –respondía Donaldo.

La cara de puño de Rosa pasaba desapercibida como las cicatrices del acné pernicioso que sufrió en la adolescencia. Pero le urgía hacer algo al respecto. Esas lesiones eran minúsculas ante el bombo atrás que la respaldaba. “Cada quien cae por su propio peso” murmura Donaldo recostado en la buseta. Rosa ante semejante trasero que lucía con esmero, le restaba importancia a su rostro, porque el nalgatorio le ganaba la pelea. Pero Donaldo percibía, a pesar del ambiente impregnado de los ácaros encuevados en las cortinas, que a ella le gustaba el peligro. Trapeaba el piso de cemento ajedrezado en blanco y negro, y

atrincaba la licra larga, estiraba la camiseta ajustada al cuerpo y acentuaba los movimientos al coletear el piso.

–Usted está como falto del meneo –le dijo Rosa con malicia. Quiere que le pegue su arrecostada. Siempre me mira mis partes.

En efecto, Donaldo siempre le miraba las partes nobles con hambre. La Rosa se lo pilló en esas y justo se le puso de espaldas para restregárselo en la cara. Para hacerle la maldad. Donaldo estaba hipnotizado ante tanta carne junta y bien formada. Como le gustaba. Se debatía entre el sí y el no, hasta que decidió apretarlas. Rosa ni corta ni perezosa, como la Amalia Rosa, le cogió la mano y dirigió la caricia. Donaldo babeaba. Ella se quitó un guante de plástico negro con los dientes y le cerró la boca que escurría saliva.

-Apúrate antes que llegue el doctor -le dijo Rosa, y se bajó el legins hasta los tobillos sin quitarse el pantalón interior clarito, transparente de lo viejo, con cipote hueco en la nalga derecha. Embembado. Pero esto no le bajó la nota a Donaldo. Echado para adelante. “Esos eran detalles superfluos que no influyen en el asunto de fondo”, opina Donaldo viendo pasar otros carros.

Donaldo del Cristo deja de lado la remembranza de Rosa en pleno ajetreo, lo vence el cansancio y lo adormita la brisa que entra por la ventana de la buseta y la música romántica de Radio Príncipe. En el mochito que se echa, aparece la imagen cuando él extendió las manos sobre los montículos de carne. Rosa La Vagarosa lo rodeó con las extremidades inferiores, amarrada a su cintura. Ambas partes a punto de acoplarse, se juntaron y ella rodó hacia un ladito su panty, sin

quitárselo, para que Donaldo introdujera el pene. Así lo hizo y con afán de acoplar hasta su alma a la de Rosa, se movía con desespero. Rosa le chupaba la oreja derecha. Donaldo se tuerce con levedad en la buseta. Ella lo tenía anclado al cuerpo. Doblado. Pero ese flaco Donaldo, le respondió con vigor. Macizo. Metió la cabeza bajo la axila grajienta de la negra Rosa que expelía ese peculiar olor después de sacudir, barrer y trapear. Él va para lo que va. Y antes de llegar al clímax, en el sueño, primero que la Rosa, se despierta.

-¡Ey compa!, hasta dónde llega usted -le pregunta el chofer estando en la bomba de Los Leones, cerca al Castillo de San Felipe. Las busetas a esa hora no terminan su ruta habitual.

-Para, para, me bajo aquí.

Camina hacia al puesto de fritos en frente del Coliseo Bernardo Caraballo, donde jugó muchos partidos en los que fue un ídolo del baloncesto, y sigue pensando en la Rosa.

A él no le interesa si ella o cualquier otra se quedaba rezagada. Lo importante es saciar las ganas a como dé lugar. Por eso, cuando la separó de sí, le pellizcó la teta chancletuda, escurrida después del desgaste por la amamantada de cinco pelaos.

-No tengo para la leche en polvo -Rosa le dijo a Donaldo. ¿Cuánto me vas a dar?

-Estoy limpio. Date por bien servida. Cuántas veces has probado un hombre tan responsable como yo. ¿Somos vales, o no?

-Tengo que comprarle unos tenis a mis pelaos, Donaldo. Estoy recogiendo unos chivos.

Donaldo del Cristo se hizo el loco y bajó del quinto al primer piso donde se topó con el doctor Pablo Gutiérrez, justo en la entrada del Ganem. Le dio un apretón de mano y le pidió permiso para desayunar en la tienda de la esquina. Y como tantas veces después, se empacó una arepa con huevo, una papa rellena con carne molida en su picado de ají dulce, tomate, cebolla y ajo y le untó suero con picante; y una carimañola con queso.

Ahora se acuerda del chiste en el que un hombre llega a una mesa de fritos y con una sola empanada se gasta la botella de suero. La fritanguera le dice, “mijo lindo, la de carne te la regalo, pero el frasco sí me lo pagas”. Se ríe solo de su invento que trae al presente muy convenientemente, mientras camina a la mesa de fritos frente al Coliseo. Le da más hambre, entonces le pide al casero un vaso de jugo de corozo. “Ojalá esté semifermentado como el que bebí aquella mañana después de clavar con Rosa La Vagarosa”, piensa.

Mientras espera los buñuelitos de frijolito negro, Donaldo del Cristo se toma el jugo. “Esta noche va a ser la más larga en recuerdos”, se dice.

El día que estuvo con Rosa pidió también una avena para poder bajar lo engullido. Quedó satisfecho por ambos lados, por la comida y por la hembrota. Le entregan parte del pedido.

Cuando subió a recibir las instrucciones del doctor Pablo, la prieta Rosa estaba recibiendo la paga por el aseo de la oficina. Le guiñó el ojo a Donaldo y lo rozó hombro con hombro. Despertaron la suspicacia de Gutiérrez que le recordó a Donaldo la regla: “No metas el huevo en la nómina. Regla de oro. Se pierde respeto, independencia y tranquilidad”.

-Fresco docto -contestó Donaldo. Pero al mismo tiempo pensó “Esto está más que comido”.

Donaldo se ríe de este recuerdo y, a propósito, adiciona al pedido una arepa con huevo. Paga y continúa la peregrinación a casa, recontándose el calvario erótico vivido. Es un sacrificio, una cruz que carga felizmente resignado.

Donaldo aprendió mucho de este maestro, el abogado Pablo Gutiérrez Espinoza. Aunque no estuvo muy diáfana la lección de no mezclar intereses comunes en espacios coincidentes. Pero gracias a él se hizo conocer en el círculo judicial. Donaldo, leyendo el periódico *El Universal*, se enteró en ese entonces del postgrado en Derecho Penal de la Universidad Nacional, en Bogotá. Y se puso manos a la obra.

Mercedes, la hermana, le dio la plata del bus a la Capital. Presentó el examen de admisión e ingresó a la UNAL. Llegó a la nevera a vivir con un vecino del barrio Daniel Lemaitre, otro amigo de infancia y de baloncesto, estudiante de Educación Física. Carlos Cuesta. Alto como una vara de premio. Tenía una novia llamada Susana y ella, a su vez, tenía una amiga llamada Selena. Una tarde, Susana acompañada por Selena, fueron al apartamento de Carlos. Cuando Selena vio ese

espécimen de tamañas proporciones quedó estupefacta. Agalluda. Donaldo estaba en pantaloneta como buen costeño entre cachacos con las piernas mojosas por la resequedad. Enseguida Selena le cayó. Empezó a llevarle detalles: postres, comida, una chaqueta para el frío, medias, una libreta para que tomara apuntes en la especialización y crema para el cuerpo.

“Muy apropiada. Regalada. Necesitaba un machucante urgente. Estaba casi quedada. Le pitaba el tren”, piensa Donaldo.

Iniciaron un romance, más por comodidad que por sentimiento, como siempre. Acostumbrado a una vida anestésica, sin emociones espirituales, con la momia de Amalia Rosa, enterrados en un sarcófago dentro de la pirámide mortuoria de un hogar sofocado. Escapado en otro amorío furtivo, Donaldo del Cristo puso condiciones.

-Cuidado con llamadas, el chisme con Susana para sacarle información a Carlos sobre mi esposa Amalia Rosa. Soy casado y tengo hijos. Ojo con eso, no tienes más que investigar. Si se entera, hasta allí llegamos.

-Vivamos el presente –Selena lo dijo muy definida. Segura de lo que quería.

Entre Selena y Amalia Rosa había una diferencia abismal. La alaraca de la una contrastaba con la mudez de la otra. La diligencia y aceleración de la una con la dejadez absorta, retardada y negligente de la otra. La sed y las ganas de beber, a la inversa. Donaldo se movía en los extremos.

La posibilidad de ciertas comodidades era su mayor atractivo. Donaldo aceptó que Selena lo comprara y él le pagaba en especie. De eso se trataba la relación. Ella satisfacía las necesidades materiales a cambio de placer sexual y cierta compañía. ¿Quién se la aguantaba? Un personaje que soportara el ruido y el silencio: Donaldo del Cristo, el indicado. Que la sometiera y dominara en la cama.

“El papel aguanta todo”, dice en voz baja.

Selena se rapaba la vulva para estar con Donaldo. Debía tenerla disponible y tan pulida como la palma de la mano. Calva. Se rasuraba con una maquinita de afeitar y se echaba alcohol. La piel se le enrojecía y se retorció. Quedaba limpia, desinfectada como a él le gustaba. Con toda esa higiene, apenas terminaba de poseerla, él se separaba y de inmediato se bañaba con agua caliente y se estrujaba el pene para quitarle la suciedad. No permitía que lo tocara más, si es que ella quería quedarse la noche. Selena se descontrolaba ofreciéndole agüita, frutica, y Donaldo no le aceptaba ninguna de las ofertas. Se hacía el dormido y se acostaba a medio lado. “Cumplí ¡No joda más!”.

Qué puta piedra le da a Donaldo del Cristo durante la caminata. “¡Esa Selena! Si la pudiera borrar como al pigmento de carbón que escribe un lápiz. Aunque quede una huella, se pueden cambiar los garabatos sobre la hoja de papel en blanco. Botar el original no suprimiría la historia”.

En los dos años que tardó la especialización, Selena no lo dejaba respirar. Empezó a cerrarle los espacios y a tratar de amarrarlo. No tenía un instante de paz. Por única vez sintió que el sexo era una perdedera de tiempo. No lo

disfrutaba con ella como a él le gustaba, lo sufría. Una pesadilla. La comodidad y la tranquilidad que le ofrecían las mujeres, no la conseguía con ésta. Concluido el postgrado, Donaldo del Cristo salió pitado de Bogotá. Se fugó. Escapó de Selena, a quien le dijo tajante que no iba más. Para Donaldo del Cristo las excusas, más que razones, para irse y acabar la relación eran la distancia de Bogotá a Cartagena, que no significaba obstáculo para ella, y la extrema tolerancia que debía tenerle pese a su fortaleza emocional y de carácter. “No la quería ver ni en pintura, ¡ni de vainas!”. Ella no se resistía a perderlo y estaba dispuesta a compartirlo, como ya lo hacía Amalia Rosa sin sospecharlo.

Donaldo tomó el bus de retorno definitivo a la ciudad natal. Experimentó la misma alegría de sus ancestros negros cimarrones, cuando la muerte los liberaba de las cadenas de su brutal existencia. Celebró la emancipación de su espíritu tomándose una Kola Román en bolsita con pan dulce. Un tóxico. Cuando se bajó del bus en la terminal de transporte de Brasilia en el Pie de la Popa, sintió más suya la tierra que lo vio nacer y crecer. Llegó a territorio vedado para Selena. “Tengo que buscar y encontrar trabajo de una”, pensó en ese momento con optimismo e inició la novena del Cristo de la Expiración que tantas veces de pequeño rezó con su madrina.

El abogado Gutiérrez entregó con orgullo la hoja de vida de Donaldo y las excelentes recomendaciones capitalinas del pupilo a un cartagenero honorable que lo ayudó a incorporarse a la rama judicial. Donaldo había estado de bulto mientras tanto con Samuel, excompañero atleta del colegio Inem, haciéndole

campaña política al padre de éste, aspirante al Consejo Departamental de Marialabaja, Bolívar, con la promesa de ubicarlo de inspector de policía de Daniel Lemaitre.

“Palabras que se llevó el viento”.

Después de una hora de recorrido cumplido paso a paso, entre tantos recuerdos, Donaldo llega al apacible hogar en Daniel Lemaitre. Abre la puerta de la habitación y se acuesta junto al hijo Patrick Donald. Boca arriba; las aspas del abanico de techo que dan vueltas y vueltas lo relajan y se durmen. Amalia Rosa sabía lo que hacía y se invisibiliza para no recibir el disparo de su mirada de plomo sin chaleco antibalas. Perita en dulce. Un largo día. Teso. Un segundo hijo sin querer queriendo, pero bienvenido. “Lo acepto, es mi hijo”.

Donaldo del Cristo agotado, se profundiza. En su sueño llega volando un ser alado con el rostro de su hermano Ángel Eduardo. Le canta, lo arrulla y lo tranquiliza. Donaldo respira calmado y se regula los ronquidos agónicos. “Mañana será un nuevo día. Espera en Dios con paciencia” y le pone la mano transparente en la frente y el corazón. “Haz lo correcto y aguarda...” escucha que le anuncia el ángel. Donaldo siente un corrientazo y se voltea. Cesa su apesadumbrado quejido.

Amanecieron muchos días en el mismo sonsonete y cuando vino a notarlo, transcurrieron cuatro años de modorra.

A los veintiocho años, Donaldo ya era Juez Promiscuo Municipal de Marialabaja, Bolívar. Llegó con la familia a bordo y se instaló en una vieja casa a la entrada del pueblo. Abandonada. Amalia Rosa, Patrick Donald de siete, y Amalio del Cristo de dos, felices juntos. Contentos en su letargo e impavidez, viéndose las caras cuajadas, en consabido silencio, sin euforias. Genética. Esa era la máxima manifestación de alegría. En relativa calma continuaba la vida, habiendo trasladado al monte la rutina de la urbe.

Donaldo iba diario al despacho judicial, para eso le pagaban, y de regreso a casa, encontraba siempre el plato de comida fría tapado en la mesa. Costumbres. Los hijos ya casi estaban dormidos. Donaldo comía y, sin cepillarse los dientes, se acostaba al lado de Amalia Rosa. Le daba flojera. En la madrugada, con la ayuda del rocío que acompañaba la baja temperatura, Donaldo tomaba alientos y empezaba a despertar. Cogía a Amalia Rosa y la rodaba para que quedara ladeada y le espolvoreaba un mañanero. “De gallo. Para no perder el hábito. Un hombre necesita desfogar”.

Luego de un sueñito para reponer el gasto de energía, se levantaba, se bañaba, se vestía de negro como es usual, se ponía las botas Grulla, amarillas, y se amarraba con firmeza los veinte ojales.

Una mañana caminaba normal al juzgado, no sin antes detenerse en la mesa de fritos para comerse unas carimañolas de carne y queso con una chicha de maíz. Un pedazo de masa le quedó en la comisura de la boca.

Frente al despacho judicial estaba una pequeña escuela liderada por Georgina Yances Arrieta, una señora educada y amable. Como buena vecina, le dio a Donaldo la bienvenida al pueblo y de lisa, le dijo al doctor que se limpiara la boca. Donaldo se repasó el pedacito cuadrado de papel Craft, estrujado, que le dieron de servilleta. En ese momento, el diálogo fue interrumpido por Samuel, el amigo del colegio con quien no sólo hizo deporte sino campaña política. Con un abrazo, Samuel saludó a Donaldo y le dio un beso a la seño Geo.

-¿Ya se conocían? -cuestionó Samuel.

-Estamos en eso -dijo Georgina.

-Los invito a la finca para festejar mi cumpleaños hoy viernes –anunció Samuel.

Donaldo se apareció solitario en la parranda. “Para qué llevar leña al monte”. Samuel le presentó una amiga, profesora del plantel de la seño Geo. Una mujer alta, gruesa, morena oscura. Hay negros negros, negros turquí, tiznados, negros rapé, negros mojosos, negros chocolates, negros indios, negros hindúes, negros timbos, negros chimbos, pero ésta era una negra de piel opaca. Carente de luz.

Cuando Donaldo la miró, a Julia le brilló el colmillo enchapado en oro. Una solución odontológica de caché para la época. Se sonrieron. ¿Quedaron flechados? Tomaron roncito, bailaron. Flirteaban sin conversar. Mondando diente. Después del sancocho se pasmaron. Amanecieron en la rumba. Donaldo le puso una cita para encontrarse en las afueras del pueblo, a las siete de la noche del siguiente día. Lunes. Le dio de pretexto a Amalia Rosa que tenía que hacer una

diligencia en Cartagena. Donaldo y Julia se encontraron en la cabecera del pueblo. Después de dos cervezas, la agarró y moviendo el dedo corazón le rascó el centro de la palma de la mano. Julia comprendió el mensaje de invitación a la intimidad. Se dejó llevar por un caminito al monte y, con los pies enredados en las raíces aéreas de un centenario palo de mango de azúcar de treinta metros de alto, se recostó con la burda sensualidad de una mujer vestida en falda Terlenka negra hasta la espinilla, calzada con abuelitas del mismo color y flores bordadas, y una camisilla verde. En el recóndito nido se amacizaron con ganas. A los siete años de casado y todavía en esas. La piel mate de Julia, ensombrecida por su bamba escarlata, se mantenía impregnada de humo de leña, hierba y a coco incinerado para espantar mosquitos; y los rollos de papel higiénico, como rulos, en los que enroscaba el pelo rebelde que cubría con una pañoleta amarilla satinada de arabescos cafés. En esta primera ocasión, para Donaldo, los detallitos mencionados no disminuyeron la ansiedad, pero sí ahuyentaron a los insectos que a esa hora dejaban los escondites para reproducirse y alimentarse. Donaldo empujaba su bulto y se lo refregaba haciendo presión en todas las dimensiones de su zona íntima. Echado para adelante y ¡chácata! Donaldo comió de la fruta prohibida que no era precisamente una manzana roja.

Continuaron encontrándose en la clandestinidad. Dos desconocidos. Conocían el uno del otro lo que públicamente se veía, que él era un juez casado con dos hijos y ella maestra. Sin embargo, en su interés por hipnotizarlo y metérselo al bolsillo, cada viernes Julia invitaba a los compañeros de trabajo y le organizaba a Donaldo

un zafarrancho para emborracharlo, congraciarse y retozar en la camita metálica plegable que tenía en el moridero de su rancho.

Amalia Rosa se dedicaba a cuidar a los hijos y a los quehaceres del hogar, pero tenía en el pecho un desconsuelo. Un presentimiento, pero no lo atendía. Algo es algo, peor es nada. Luchaba con sus anhelos recónditos y los fantasmas afines a ella, que residían en la casa embrujada que Donalddo le alquiló. No querían salir a la luz, ni extraviarse en el mundo de los espíritus. Evolucionar. Los fantasmas estaban de acuerdo con Amalia Rosa, dos entidades retenidas por su propia identidad. Estacionados en el espacio, en el tiempo. Inconvenientes como adjetivo, explicar está con un tipo que no la quiere y el fantasma porque no está en su lugar, ambos están en lugares equivocados.

Por eso, Amalia Rosa compró unas hierbas para la concepción no siendo estéril.

“Una nenita, seguro que lo atrapaba y lo mantendrá con nosotros”, pensó. Dos varones y una hembra. ¡Qué lindo! La familia perfecta. ¿Para qué más?

En las noches en que Donalddo no se perdía con mentiras porque el cansancio lo vencía, Amalia aprovechaba para apapacharlo y aparearse. Eso hacía. Al mes y pico: embarazada. Otra buena nueva, otra depresión para Donalddo. Con la noticia de la fecundación, las luces de la casa se encendían y apagaban intermitentes, las puertas se entreabrían y cerraban dando la idea de que el viento las azotaba. Se escuchaban golpes y objetos que caían en la cocina. Ambiente fantasmal.

Durante el raro ensimismamiento y los malestares de Donaldo del Cristo por el tercer embarazo de Amalia Rosa, que aún seguía oculto para él, Selena se presentó sin avisar en el despacho, diciéndole que le faltaba para poder vivir. Donaldo ni corto ni perezoso la metió en un cuartucho de motel. Le advirtió que Amalia Rosa y los niños estaban en el pueblo. Que debía irse porque no tenían futuro. Selena se fue del pueblo sin pelear ni estrilar. “Raro, pero menos mal que lo entendió”, eso creyó Donaldo.

Amalia Rosa no se enteró de la presencia de las otras dos. Ni de la existencia de Julia, ni de la visita de Selena, pero ellas sí la conocían de lejos. Esas relaciones de Donaldo del Cristo eran supuestamente pasajeras.

Invasada de miedo y terror, de inexplicables pálpitos, Amalia Rosa, decidió regresar a la casuchita de Daniel Lemaitre en Cartagena y esperar a Donaldo, para mayor tranquilidad de todos.

A los quince días, Donaldo fue trasladado al Juzgado Segundo Penal de Magangué y no a Cartagena. Rompió la relación con Julia y le dijo que ya estaba bueno, que se iba lejos de allí y no quería compromisos. En Magangué recibió en el despacho una llamada de Selena que le decía que estaba embarazada. Dos meses de gestación.

“¿Cómo averiguó esta bruja el número y cómo sabe dónde estoy?”, se preguntaba Donaldo del Cristo. Trajo a la mente a Julia y sumó el detalle de que ella también disque tenía un mes de gestación. Entonces él les reclamó por el abuso y les precisó que a leguas eran claras sus intenciones de joderlo. Donaldo del Cristo no

las determinó pero las volvió a ver cuando los niños nacieron porque de puro noble los reconoció sin cuestionar su paternidad.

Ese viernes, atiborrado de tantas noticias, Donaldo del Cristo llegó a casa en Cartagena. Amalia Rosa lo esperaba sentada en la mesa con los platos de comida tapada, y él se dijo: “vamos a ver con qué cuento me va a salir”. Preciso: preñada.

Él se paró de la mesa como en otros tiempos, y se preguntó: “¿Quién les dio la autorización a estas tres para tener un hijo mío? ¡Carajo, qué puntería!, tres al tiempo. Lo hicieron de maldad.

¡Pura casualidad!

Donaldo, víctima de su propio invento y de su demonio interno, empezó a vivir una vida más aburrida y agobiada por las persecuciones de estas señoras. La obsesiva de Selena, la solapada de Julia y la tira piedra y esconde la mano de Amalia Rosa.

La monotonía de la esposa, sumada a las otras dos viejas y los cinco hijos que nacieron casi al tiempo, lo distanciaron del horizonte que le ofrecía compañía. “Veintinueve años, mondado y en tremendo zambapalo”. Esa era la conclusión que sacaba.

Calmado y fresco, en su estado natural, aún habiéndose enterado Amalia Rosa por Selena de estos líos, en vez de aquietarlo, lo estimularon a seguir con los amoríos callejeros, a alejarse de ellas, a evadir la realidad; al igual que lo hacía el trío de las gemelas fantásticas, que no comprendían las señales del desamor,

confabulándose cada una en su propia contra. Tan ingenuas que no sabían ni se daban cuenta que un hijo no amarra a un hombre y menos si ese hombre era Donaldo del Cristo.

Y es que Donaldo desde que probó el gustico de las mujeres quedó viciado.

PRINCIPE AZUL

“Me siento al pie del ventanal a mirar la lluvia. Es mi hobby en invierno. Las gotas de agua se precipitan en el jardín y cuando salpican, se van formando coronitas que imponen su reinado al compás en el que caen. Van marcando un ritmo. Una orquestación que convierte a la creciente llovizna en un espectáculo musical de mucho valor y sentido para mí, aún a varios meses de cumplir los quince años. Suspiro y suspiro y no sé qué relación y efecto tiene conmigo, ni qué padezco, pero me alivia. Para las pocas amigas que tengo, estos instantes pasan desapercibidos, no influyen en sus sentimientos. Se preocupan por el ensayo del vals Danubio Azul, por los preparativos de la corte para la fiesta y en comer chocolate Milky Way para estar en la onda de los cachezudos. En cambio yo, que por obligación me alimento a diario de frijol, lentejas o garbanzos guisados en salsa de hogao y de arroz con coco, aunque sueño con ese imposible que a ellas ocupa, escucho como si el toque de esas perlas líquidas solfearan mi nombre. Mó-ni-ca, do-mi-fa, Mó-ni-ca, clog-clig-clag...

“La enredadera de Miami que mi mamá Piedad sembró, pegada al muro con sentadera que une y divide la casa de mi querido vecino Gerardo, estaba afligida y azotada por el inclemente sol. Empolvada y sedienta también se alegra abriendo las grandes hojas acorazonadas veteadas de beige para disponerse a bañar y

beber. La naturaleza es sabia, es poesía elemental que me hace soñar y que escribo, pero que a duras penas pocos la leen, ni mis padres, ni mis hermanas, uno que otro compañero del colegio. Desde que hago uso de la conciencia este ha sido mi ritual”.

Mónica deja de anotar y levanta la mirada, pero una vez empieza a percibir el olor a tierra limpia que anuncia la llovizna, retoma el cuaderno engrapado Norma con vetas cafés en la pasta de cartón y se va arrellenando en aquel comfortable lugar. El sillón de bambú pegado al vidrio ancho y cuadrado de metro y medio por metro y medio. El refrescante aguacero transcurre en cámara lenta para ella, que contempla cualquier movimiento y va apuntando en el diario lo que le representa.

“Mi mamá dice que las ventiscas del frente frío purifican el ambiente cargado de energías negativas. Por eso me gusta abrir las ventanas de la casa en La Floresta, para que la corriente helada exterminar las bacterias como cuando ella, vestida de impecable blanco y con tapabocas, trapea con amoníaco para exterminar los microbios, los virus y los hongos que circulan por los rincones de la vivienda y del espíritu.

“Eso también me enseñó ella en los actos donde mostraba de corazón una esponja, al llorar por una mínima expresión de alegría o tristeza, daba lo mismo, o cuando llegaba a casa con un niño de la calle o en riesgo por disfunción familiar, cuando malcriaba a mi padre José Donaldo Felipe Ignacio Lorenzo Jacobo Verísimo Remigio, soportándole lo intolerable, empezando por los ocho nombrecitos de tradición española de la época colonial que don Benito, mi abuelo,

el más veterano y respetado bibliotecario de Cartagena, le puso a él y a sus otros tres hijos.

“Piedad, mi madre, se sentía fracasada como mujer y profesional, porque le era difícil transformar su propia vida y no la de los demás, así fuera con un simple consejo voluntario y diligente, rallado a veces de angustia, de cantaleta para que nosotras, sus cuatro hijas, comiéramos, leyéramos y durmiéramos temprano. Así fue dejando que se afectara su crecimiento laboral, pero simultáneamente, se conformaba porque al extender la mano para ayudar, nos enseñaba moral a unas hijas que padecían las carencias materiales y emocionales de un hogar en crisis permanente. Una maestra de bajo perfil, una mártir del calvario en desuso haciendo gala de la nobleza que requiere una trabajadora social íntegra, miembro del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, pero famosa en su círculo laboral y familiar por los atropellos de un victimario e inmaduro cónyuge que la creía su madre.

“El primero de enero de 1974, tras la propicia festividad de fin de año, época en la que el alcohol embriaga frustraciones, sueños y efervece rencores. Piedad, le decían por cariño sus protegidos, salía después de las seis de la tarde para dejar listos los informes de los casos que atendió ese martes. Ella tenía treinta y seis y yo cumpliría cinco el veinte de julio, día de la Independencia. Ese inolvidable día de año nuevo, el presidente de Colombia, Misael Pastrana Borrero, y la élite encopetada de la clasista sociedad cartagenera, se regodeaban disfrazados de alcurnia, linaje español y de decorosos buenos modales asesinando a un robusto

semental vacuno de ahumadas fosas nasales, de ojos chispeantes, y de cuernos puntiagudos y laberínticos, mientras la bestia que presentía su sacrificio, pulía las pezuñas que raspaba en el arenero preparando la defensiva.

“Otra manifestación demoníaca: ¿la del salvaje que se niega a ser domado y ataca en legítima defensa?, o ¿la del matador y su cuadrilla que en hipnótica y primitiva faena grupal toman ventaja frente al supuesto derecho otorgado por la supremacía de la lógica del pensamiento de los hombres para disponer de la vida de un indefenso y solitario animal, que además, fue creado por Dios para su servicio?

“Durante la inauguración de la Plaza de Toros de Cartagena de Indias, con la apertura de la temporada taurina para arraigar la bárbara tradición de la feria brava, en la oscura entrada del portón de La Monumental, estaba tirado el niño Jesús David de seis años, oculto por su insignificancia, lloraba del dolor del hambre, trompeado y trasquilado. Allí, marginado, pero amparado por la bóveda adormilada en la que empezaban a pestañear los luceros que Jesús David traducía a la inversa como puntos destellantes en un abismo infinito, en un hoyo negro al centro de la tierra, allí tirado al desconsuelo, escuchaba el desprecio coreado de felices olé mientras él sufría ante la indolencia más que por las lesiones.

“Sin embargo, Piedad le figuró de estrella a Jesús David y aún extenuada por una jornada laboral intensa, con su ojo clínico lo vio al pasar por la plazoleta llena de carros estacionados, policías y vendedores ambulantes. Distinguiría con facilidad a uno de su clase como espulgar una piedrilla de un bulto de cereal. Lo confortó y

pechichó, secó su dolor y lo cargó cual bebé para llevarlo consigo. Con él se embarcó en el bus a La Floresta donde, mi hermana y yo, estábamos esperanzadas en verla atravesar la esquina. La empleada que nos había tenido a punta de galletas y sentadas toda la tarde en una silla sin permitirnos levantar, se marchó caminando por el andén contrario. No la esperó porque no había novedad en los maltratos acallados por el miedo que, por chana o sebastiana, sienten alguna vez, los niños en ausencia de los padres. De par en par se abrieron las puertas de la prisión y corrimos a abrazarla. Nos presentó al niño tímido que se tranquilizó después de un buen baño, de engullir literalmente el susodicho plato de proteína en arepitas de lenteja con sabor a carne acompañadas de arroz de ajo más un platanito y, de pegar las camas gemelas sencillas, para dormir y dejar en atrás la pesadilla de una crueldad que terminó en un largo sueño que durmió al costado de nosotras. Al siguiente día, mi mamá lo llevó consigo al Bienestar para buscar a los papás y realizar los trámites respectivos con el propósito de regularizar la situación familiar de Jesús David. Esto ocurrió diez años atrás, viejos tiempos, aunque estaría cursando segundo de preescolar”.

Mónica despierta de ese apesadumbrado recuerdo cercano a su infancia cuando la brisa entra por el ventanal. Cierra los ojos para sentir la caricia del viento que se resbala por sus pómulos y peina su cabello lacio de puntas rubias ensortijadas que casi siempre recoge en una cola. La lluvia barre las calles, riega las maticas, y Mónica piensa que libera las tensiones de Dios cuando carga tremenda sinusitis crónica reflejada en el cielo que se proyecta como su frente. La congestión de nubes en tonos grises indican cuán contrariado y malhumorado está Él por el

abuso de poder, la desazón de las almas, y ciertas tonterías que revisten al ser humano de grandeza. Molesto está Dios que cuando tose, truena y relampaguea, por la contaminación ambiental, por tanta calamidad que va carcomiendo a Cartagena como enfermedad terminal en metástasis. A medida que llueve, los nimbos van tornándose en densa niebla y el cielo, en un blanco leche, compacto. A las dos de la tarde, parece las seis de la mañana. Se desgaja un chaparrón y le dan ganas de meterse bajo el chorro de la canaleta de desagüe del tejado, pero es que Jehová, Yavé, Alá, Brahman, Abraxas, Jah, como lo citen, siendo la misma energía creadora del universo, cuando está muy bravo y lo expresa en las reacciones de la naturaleza, le hacen encoger tras entender su mensaje de protesta y tenerle más temor y respeto.

Piensa en la desfachatez que deja la ruindad del pudiente, mezquina ante el infortunio de terceros. Siente vergüenza ajena ante la ridiculez de aquella insulsa gente que se cree eterna y desecha al otro, y, en un santiamén Mónica concluye lo mismo: que Dios es un titiritero y que el hombre es el títere. La diferencia frente a los animales, es que cuando Dios afloja las cuerdas para probar a la creación, las demolemos, pisoteando derechos de los demás, arbitrarios en libre albedrío y sin razón, sin siquiera destapar y estrenar el subutilizado regalo del discernimiento que obsequió envuelto en un cerebro.

“A los ocho años, en vez de cavilar en la inmortalidad del cangrejo, debí estar jugando parqués, saltando velillo en la terraza de la casa o a la peregrina en el callejón. Mejor dicho, concentrada en mi realidad infantil, más no preocupada

analizando cómo la máquina de la sociedad jerarquiza el poder en estratos o por la relación de mis padres.

“Mamá Luz madrugaba con los motetes de pañales y seis teteros preparados y envasados, para llevarme a donde la abuela materna Isabel o paterna Eloísa. Necesitaba la ayuda de alguien de confianza e irse a tiempo a trabajar en la Cárcel de Ternera, su primer empleo, pues las puertas del penitenciario se abrieron a su libertad económica después de tocar muchas otras. Pero si le era imposible trasladarme, entonces me dejaban a cargo de la anciana de la casa donde estábamos arrendados, con los biberones listos, como siempre, tras anunciar en un corto y grave llanto característico, mi pedido de ocho onzas de biberón. En ocasiones mis tías paternas cuando salían del colegio llegaban a arrullarme porque me quedaba el día entero solita entre los barrotes de madera de la cama cuna, de seguro, purgando alguna culpa kármica, pruebas del ayer que a pesar de lo inimputable e incapaz de errar a mi prematura edad, hoy, ya más crecida puedo decir que superé y ascendí a otro nivel de cargas y hazañas evolutivas del alma, pues ahora son otras las situaciones.

“En todo caso, las abuelas vivían a extremos formando un triángulo escaleno de longitudes distantes y disímiles, de ángulos mayores a los noventa grados, siendo nuestra casa el vértice o punto de convergencia central entre las dos matronas. Pese a las distancias, con regularidad las turnaba a mi cuidado.

“Cuando la abuela Eloísa y el abuelo don Benito se enteraron del noviazgo de mis padres, en nombre de mi papá José Donaldo pidieron en matrimonio la mano de

mamá Piedad. Hubo un mutismo por la alteración emocional de los abuelos maternos. Papá estaba desesperado, necesitaba independizarse del yugo paternal sobreprotector y de la disciplina de la abuela Eloísa. La boda de aquel veintitrés de febrero fue algo casual. Quedaron en encontrarse en la iglesia Santa Cruz de Manga. En un rango de menor escala que la sobriedad, se llevó a cabo el contrato sacramental. “¡Vamos a estar bien!”, le dijo mi padre. Cuando mamá llegó a casa a dar la noticia, el abuelo Pablo, rudo y retrechero, lloró tras beber esa cucharada de hiel que además retorció el futuro de una mujer hacendosa y brillante, la mayor de sus nueve hijos. Nací cinco meses después de las nupcias. A los dos años, el abuelo don Benito respaldó la gestión de un mejor empleo para mi madre, una vez que el abogado del ICBF le hiciera el ofrecimiento a mamá, conociendo su desempeño en el penal. También logró uno para mi padre José Donaldo en Puertos de Colombia.

“En Portacelli, la casa finca paterna en lo alto del sector El Gallo en el barrio Anita, el abuelo don Benito se iba al trabajo después cargarme un rato. Mis padres vivían en La Concepción, a media hora o cuarenta y cinco minutos a pielito.

“La muralla de bambús traídos del África me avistaba desde arriba y me reverenciaba al son del viento desde cuando pasaba por las piedras de la parte llana del bajo humedal. Los pececitos huían al chasqueo sobre las chinatas de los zapatos de mamá Piedad. El abuelo don Benito esperaba con los brazos extendidos a la primera descendiente de su generación, y mi abuela Eloísa, negra chocolate, de un metro ochenta de estatura, trosuda, esbelta, camelladora, de

única sazón, digna palenquera, desenganchaba el cable de la “puerta del cielo” de palitroques que se arrastraba para que mi madre y yo iniciáramos el recorrido por la calle de honor hecha por la tribu de acero vegetal que chiflaba, nos veneraba y aplaudía al tiempo. Adicional a esto, contento estaba el abuelo por su nombramiento como secretario del presidente vitalicio de la Academia de Historia de Cartagena de Indias, Donaldo Bossa Herazo. Un hombre de gran dimensión física e intelectual, parco y refinado, guardián de la cultura, desbaratado de ilusión ante la mirada esmeralda y cristalina de Mónica que atravesaba a la suya celeste.

“Entonces, recurriendo a la tradición de la nobleza española retratada en *La Europa que yo vi* escrita por el historiador Bossa Herazo, a quien mi abuelo Benito idolatraba, me bautizó Engracia. Es el segundo de tres nombres. Mónica Engracia de Dios. En gracia de Dios. Engracia como su madre, mi bisabuela. Suficientes razones de peso.

“Mi abue Eloísa se levantaba bien temprano al canto puntual y melodioso de la amplia variedad de pájaros silvestres que se deleitaban con el amanecer de Portacelli y al sonido cadencioso del aire que, a su vez, hacía silbar como flautas cuando se filtraba en los bambús africanos. En muchas ocasiones dormía con ella en su cama doble de madera caoba y maciza encuadrada con doseletes. Este ornamento estaba vestido de cortinajes en vaporoso tul, en una combinación entre lo rústico y el estilo de la realeza española colonial que se respiraba en ese holgado altar destinado al descanso. Lo primero que la abuela Eloísa agarraba al incorporarse del duro colchón era el musengue, infaltable junto a su almohada

para espantar a la estampida de mosquitos que asechaban el supervelado toldo blanco. Salía de la habitación flagelándose de lado a lado con la escobilla para evitar que los chupasangres sedientos succionaran del fluido vital que percibían disponible en sus radares. A esa hora, no picaban sino que mordían. La abuela religiosamente tomaba en ayunas un diente de ajo para limpiar la sangre, y el olor que llegaba a expeler con el tiempo servía de repelente natural contra los caníbales zancudos. Además, esto propiciaba la limpieza de los órganos internos y hacía un efectivo barrido en el sistema digestivo. En consecuencia, camino a la cocina, no se hacían esperar los resoplidos intestinales mañaneros que levantaban el polvo dormido y desplazaban el olor a comején anidado en las paredes de madera de la sala de Portacelli. A la par en que arrastraba las chanclas en el piso de cemento pulido rojo, desplegaba un eco de sonoro tambor en reverberación. Yo escuchaba aquella singular musicalidad desde la cama y me arropaba de pies a cabeza. ¿Qué dirían los personajes en miniatura que colecciona el abuelo don Benito cuando ven y escuchan a la abuela Eloísa en su ceremonial matutino? ¿Qué dirían los bustos que lo observan todo desde arriba en las vitrinas de la sala? ¡No le da pena a la abuela con ella misma!”.

Mónica deja de escribir y se arrecuesta por completo en el sofá con los brazos cruzados bajo la cabeza y entre los dientes aprieta el lápiz Mongol número dos. Observando el camino tembloroso que sigue una hormiga en el cojín, se pregunta ¿quién iba a imaginar que ese chistoso momento quedaría marcando su memoria y que ahora, a punto de cumplir sus quince años, estaría latente, reviviendo aquel instante del ayer como si estuviese en el presente?

“En la cocina, la abuela Eloísa abría el portón del patio y las ventanas de madera para que entrara la luz y salieran las alimañas voladoras, renovándose el aire cargado de gas carbónico almacenado en la noche por el oxígeno puro producido por los arbustos en los que estaba sumida Portacelli. Se veían las pelusas a contraluz invadiendo la penumbra en los rayos de pálido sol que penetraban a chorro y con fortaleza, al parecer, esperando que desplegaran las compuertas de la vivienda que durante la noche la mantenían encajonada. Escapar y concentrarse a la sombra.

“Entraba a la alacena. Una despensa de tres por tres metros, donde guardaba con celo los sacos de comida que compraba el abuelo don Benito. Sacaba lo del desayuno, el almuerzo y la cena, más gelatina de piña para las nietas que la visitaban. Iba a la nevera, tomaba cuatro huevos y al abuelo le preparaba dos a la plancha. Iba al congelador exclusivo para el pan de sal que a diario abastecía Candelario y le ponía una canasta con una tajada de mantequilla para untar. Cada tarde, a las cuatro, se empezaban a escuchar a lo lejos, los porrazos de las tapas superiores de la carreta que anunciaban la llegada del panadero. La abuela Eloísa sacaba a escondidas los crujientes y frescos panes para darnos a merendar cuando el abuelo estaba en la Gobernación de Bolívar. Se desboronaban en la boca por lo tostaditos.

“La abuela iba llenando la mesa, mientras el abuelo se organizaba. Bien temprano, él se bajaba de la hamaca en la que dormía cómodo por su peso. Tomaba el baño en la ducha de pedal y se alistaba para pasar al comedor no sin antes cuadrarse

el corbatín negro de puntos blancos. Oswaldo, su amable y cortés chofer, en minutos llegaría a recogerlo en el Dodge Dart azul cielo. El abuelo don Benito masticaba lento y cada bocado era triturado las debidas veinte veces: un mordisco de patacón, uno de huevo, de pan, de queso costeño, e iba mezclando el bolo alimenticio con los sorbos de café con leche y de chicha de mamón, terminando con media patilla diurética para eliminar, las toxinas, disminuir la presión arterial, evitar la retención de líquidos y bajar de peso. Después del desayuno, la abuela me cargaba hasta la terraza y me ponía sobre el banquito para quedar a la altura del abuelo y entregarle el portafolio. El abuelo don Benito de regreso en la tarde me traía de obsequio una caja amarilla de colada Duryea”.

Después de un buen rato de estar abstraída en los nostálgicos recuerdos y en el diario, Mónica levanta la mirada nuevamente cuando entra por el ventanal un aire templado que vuelve a acariciar su cabeza como lo hacía mi querida abuela Eloísa. Inhala profundo en cinco pasos y exhala lentamente. Ahora, ella, la abuela Eloísa, es sólo un ser espiritual que superó la experiencia humana de la unidad del cuerpo, la mente y el espíritu en su paso por el mundo. Continúa escribiendo.

“El resto del día, la abuela y yo caminábamos por los alrededores de la casa finca para apilar las hojas secas con el rastrillo metálico y quemarlas en el atardecer para mitigar la avalancha de jején, recolectar los mangos maduros del suelo, las naranjas y los limones, a comer ciruelas montada en el palo quebradizo que para trepar debía ir tanteando y con la vara larga halar los tamarindos y alcanzar los gajos de mamones. El jobo lo cosechábamos del piso, porque el árbol tenía una

estatura de cuarenta metros y mejor esperábamos a que la ciruela de monte amarilla cayera madura para comer de su dulce perfumado, en una mezcla entre la ciruela común y las cerezas. Luego, con un azadón, la abuela Eloísa marcaba las zanjas alrededor de cada frutal y las conectaba por una canalita al otro y así, sucesivamente, organizaba la navegación fluida del agua estirando la manguera hasta el primer árbol sembrado en fila para que la corriente líquida se transportara sin tropiezos para todos. Los frescos pasillos externos que bordeaban la casa finca, armada con paredes de listones de madera, estaban decorados por canastos de helechos colgantes de follaje frondoso, que por el grosor de los tallos aéreos recubiertos de musgos parecían venir de la prehistoria y, por tanto, tener siglos de existencia. También la bordeaban helechos silvestres, algunos plantados en la jardinera y otros crecían espontáneamente, cuando cada año las esporas maduras en los soros del envés de las hojas se sembraban en caída libre. Estas plantas ornamentales también las regábamos sin falta, pues mi abuela las cuidaba con el amor que precisan, con el agua y la humedad que debe mantenerse constante, al margen de la energía solar directa, así como resguardadas por la fresca sombra. El viejo guayacán, de tronco escamoso café y verde olivo, tenía un musgo con una orquídea violeta en la bifurcación de su tallo hacia las ramificaciones finalizadas en cientos de dedos. Terminado el trajín del día, la abuela me bañaba en el patio, sacando de un tanque de doce latas el agua con una totuma. Me revisaba buscando piojos o liendres y me daba un beso. Cuando estuvieron nacidas mis tres hermanas, nos sentaba juntas en la mecedora del abuelo que medía un metro de ancho, con espaldar en paja tejida que dejaba

prensada en la piel unos bulticos, para sacar de la olla con el cucharón la deliciosa sopa de carne que preparaba con esmero para nutrir a sus encantos. Adobaba las diez porciones de costilla de res con cebollas picadas, seis ajís dulces, sal, pimienta picante, cilantro en rama y/o perejil picado al gusto. Tomate no, porque se agriaba la sopa, aunque algunas cocineras lo hacen.

“Por ser la mayor de cuatro hermanas, con Daisy, Sofía y Abril, con dos años de diferencia entre la una y la otra, a esa edad las dejaban en casa bajo mi responsabilidad. Tenía que montarme en un banquito para alcanzar a abrir y cerrar la pluma del lavaplatos y asear los utensilios sucios del desayuno; bañaba con adulta precaución la piel tersa de Abril, la menor, en la bañera amarilla de pasta con el agua tibia que salía a esa hora de la regadera. Después la embadurnaba de crema y le ponía el pañal de tela con las nodrizas punta roma cabeza de pollito para que no se puyara y aplicaba un tantico de colonia sobre el mameluco de algodón, aunque su dulce olor primaveral de la niña no lo exigía. La cargaba y acunaba, hasta que conciliara el sueño, impulsando la mecedora con el piecero de la cama de mis padres al arrullo de “Duérmete niña, duérmete ya, que viene el coco y te comerá...” Durante el día, a ella la cuidaba la vecina. A Sofía, la tercera, la mandaban a la guardería del barrio y al regresar, mientras se miraba ensimismada en el espejo, le hacía cachumbitos o moñitos atornillados como los que las palenqueras ajustan con una barrita pequeña para acolchonarse la porcelana en la cabeza. No podía perderla de vista porque, atolondrada, se tropezaba con las esquinas, los bordes y los chichones le decoraban su frente. Así que a falta de muchacha del servicio, estaba yo, Mónica, y me las entregaban a la

una y treinta de la tarde. Daisy, por su parte, dormía plácidamente la rigurosa siesta hasta las tres. Luego de organizar la casa, en la medida de nuestras posibilidades, con las dos mayorcitas, para que cuando mi mamá llegara cansada del trabajo no tuviese que hacer oficio. De recompensa para todas, corría a la tienda de la cuadra a fiar unos anillitos de esmeralda dulce que chupábamos viendo Plaza Sésamo, en un televisor en blanco y negro, a las cuatro en punto. No podíamos salir a la calle a jugar durante la semana, reglas estrictas del rey José, y, sin pretenderlo, les ponía el ejemplo de hacer las tareas cuando me sentaba en el piso de la habitación, bajo el abanico de techo marca KDK que soplaba bien bueno, y ordenaba sobre la cama sencilla que hacía de mesa los libros y cuadernos, según el horario y el grado de dificultad de las extraclases. Colocaba el tajalápiz junto al borrador y el lápiz de grafito y, acomodaba los colores según el tamaño. Me los pegaba a la nariz para oler el perfume impregnado en cada matiz, después de observarlos fijamente, buscándole analogía y representación en el mundo como si no tuviera nada qué hacer. El azul, mi preferido, con la consistencia pastosa de la melcocha, me olía por momentos a panela y, a veces, le sentía sabor a helado de chicle.

“Juiciosa, investigaba los temas de tercero de primaria y, como ahora, los de quinto de bachillerato o décimo. Buscaba información para complementar las respuestas. Cogía las enciclopedias y los diccionarios de los dos estantes gemelos blanco con anaranjado, engranados como fichas de armatodo que lucían el penoso aviso de NO SE PRESTAN LIBROS, NO JODAN, escrito por mi papá José Donaldo. Metódico, ordenado y agresivo, lo escribió en una tira de cartulina

verde manzana que pegó con Contac transparente con su letra mandona y geométrica que admiraba porque no necesitaba de regla ni de compás para dibujarla. De allí, que quien entrara a la casa vería enseguida el mensaje y, de rompe, se inhibiría de pedir en calidad de préstamo los volúmenes”.

Mónica recuerda cómo su mamá le abría la billetera que guardada con meticulosidad intencionada en el bolsillo del pantalón para sustraerle un billete, pese a que utilizara la más esmerada mañita, él se la pillaba aún sin descubrirla en flagrancia. Era conveniente no llevarle la contraria para evitar su mano peluda, gruesa, de dedos largos y uñas anchas pintadas con esmalte brillante. De por sí, cuando él estaba en la casa a las doce meridiano, en veinte minutos almorzaba y hacía la sagrada siesta hasta la una para retornar al muelle de Colpuertos en la bahía de Manga, al lado del hospital. Al comienzo Mónica no entendía la palabra siesta y pensaba que la invitaba a una fiesta. Se le ponía feliz, pero le quedó claro con el tiempo, que quería que ella se acostara a dormir para hallar el silencio rotundo. Su papá José Donald no podía oír ni los suspiros ante la inspiradora lluvia”.

Pero llueve que llueve, y el jardín se convierte en una piscina que demora un día a pleno sol para secarse. La grama verde biche se sumerge en el chubasco y sólo se ven las pupilas horizontales de los gigantes sapos de caña con cuatro palmeados dedos como cerillas encendidas que aprovechan para aparearse y poner sus huevos en las raíces de la vegetación. Cuando perciben que se acerca a la terraza cubierta, se engloban y supuran un líquido blanquecino. Su padre José

Donaldo advertía que no los podía coger porque son venenosos. Campeón, su bello perro chandoso, de pelaje café, negro y ocre, agarró a uno y se le hinchó el hocico. Yo creo que Campeón era de raza labrador porque era muy astuto y cazaba roedores. Dicen que el perro se parece a su dueño. Su papá se preocupaba por bañarlo y sacarle las garrapatas empojadas de sangre para luego estriparlas en el piso con el pulgar. Sentía afecto por los animales. Una tarde corretearon una rata que entró de la calle como Pedro por su casa. Su papá José Donaldo chifló a Campeón que chamuscó el hocico y peló los dientes en señal de ataque, logrando acorralarla en el patio de ropas. Luego, con una escoba la apretujó contra el sócalo, tomó impulso para patearla y tras lanzar con fuerza la pierna, la peló chocando el pie contra la pared. ¡Ay, qué dolor! La rata casi escapa pero Campeón la prendió por el cuello y la zarandó hasta matarla. Mónica asustada, se montó en una silla del comedor para apreciar en primera fila el espectáculo. Ver al toro desde la barrera. Ya viejo, Campeón botaba una baba por el pene. Se puso triste, no caminaba ni se alimentaba, Mónica lo sobaba y chillaba, ¡pobrecito! Ojalá hubiese podido hablar para que le dijera dónde le dolía. Su mamá lo llevó al veterinario y no regresó. En una cirugía urgente, le extrajo un gajo de tumores alrededor de la próstata y en vista de su decadente salud por el cáncer, le practicó la eutanasia, luto que le enseñó a comprender el irremediable destino de la separación del cuerpo físico durante la muerte.

Cuando empieza a ceder el diluvio afuera, ya sentada en una mariapalito, con el cielo despejado y las nubes sonrientes, emerge un arcoíris doble. Qué maravillosa y rara esa diadema que resplandece de tenue sombra a la inversa.

“La profe Sonia de Comfenalco me lo enseñó y siempre que aprecio el arcoíris, recuerdo lo aprendido sobre el blanco o presencia de los tres colores básicos, e incluso de los complementarios, ausentes en el negro. Ese radiante dibujo en el cielo, lo pinta la luz que traspasa aquella afortunada gota de lluvia que hace las veces de prisma líquido para graficar el misterioso milagro. ¿Entre tantas gotas en el cielo a cuál habrá escogido? El milagro de hallar una aguja en un pajar. El milagro de encontrar tu alma gemela, tu media naranja, entre millones de habitantes. Afortunada gota que en el camino termina por separarse en los siete colores que lo componen y, ¡voilà!, se revela el fenómeno. Interesante. Si también, por arte de la sabiduría Divina, el haz se distrae en su ruta por ciertas interferencias de partículas en el agua y la atmósfera, las distintas tonalidades se desvían, proyectándose en duplicado otra débil imagen superior y paralela. Es que yo sí pasé por el colegio, el colegio no pasó por encima de mí. Hay que leer como dice mi mamá”.

El clima se serena y se desagua lentamente el jardín. Va cayendo el día. Ante mí, surge desprevenido un colibrí copete lapislázuli, de cuello azul turquesa y de corazón de rubí. ¡Buena suerte! Este chupa el néctar de las flores del coralito rosado que bordean el sardinel para obtener la energía. Succiona aquí y allá. Tiene mucho de donde escoger y en el recorrido parece resplandecer como un pez en el mar que bajo las escamas tornasoladas posee una capa bioluminiscente, que le permite deslumbrar con chabacanería ante las otras criaturas de similar especie. No había caído en cuenta. Por esto, un pez se reconoce según los diversos niveles de profundidad, dependiendo hasta dónde

alcanza a penetrar la luz en el océano, lo que hace variar la tonalidad del azul y el verde en la superficie. El enigmático chupaflor revolotea ante el coral, luciéndose. Aguajero y hermoso. Las alas de aletas y la cola cuadrada de pez, le permiten un vuelo vibrante y veloz, sostenerse inmóvil y retroceder, que asemeja nadar en el aire, planear. Con razón se parecen tanto. Cada cual en su ecosistema danza con fluidez y propiedad. Y como el vecindario, el avecita más pequeña del mundo sale en las noches de la guarida para alimentarse de las proteínas que ofrecen los insectos. A esa hora ya han escurrido los riachuelos de la calle empinada, arrastrando a los sapos marinos hacia la canal. Dios lloró lo que tenía que llorar.

Samuel y Pablito, dos amiguitos de Mónica, con unas baritas azuzan a los batracios que se quedan atrás para que regresen a la charca. Todo queda limpio. Se ahorraron la barrida y empiezan a sacar las sillas y las mesas plásticas para el bingo con sancocho incluido. Se proponen recolectar fondos para construir dos policías muertos. El novio de la raquítica Giselle, hija de Marta o cucarachita Martínez con la cara empolvada, maneja borracho sin controlar la velocidad y su tío Donaldo Simón Eduardo Clemente Ignacio Cipriano, transformado en el hombre increíble, clava un puño en el capó del Volkswagen negro hundiéndolo, ya que en la cuadra hay dieciséis casas iguales enfrentadas y cerca de treinta niños que juegan desprevenidos.

“Magdalena era mi amiga del alma, de nueve años, mayor que yo por uno, unidas por la melancolía, la soledad, los sueños y el llanto, y por nuestra fecha de cumpleaños en julio. Ella estaba desprotegida. Del papá, que se mantenía fuera

de la ciudad, y se murmuraba que era traqueto o, mejor dicho, comerciante. Por su madre, quien la azotaba a latigazos con el cable de la grabadora porque no lavaba los platos, apenas llegaba del trabajo como vendedora en sanandrecito, cansada y mamada por los gritos del mercado y de esquivar la regateadera de los compradores. Yo adopté a la niña y sufría en carne propia las flagelaciones que escuchaba con espanto desde mi casa en diagonal. Treinta y nueve latigazos indulgentes recibió Jesús condenado por Pilatos en un acto de brutal consideración al condenado judío. Magdalena lloraba arrinconada a lo largo de su viacrucis al callejón y cuando su maldita madre alcohólica se iba, me mostraba las heridas arrolladoras marcadas en las piernas como un bocachicho para fritar. Faltaba que le untara limón y sal. Consecuente con el pesar, cuando concluía mis deberes extraclase en la noche, estando mi mamá en casa, la ayudaba con las tareas y a preparar los exámenes y exposiciones. A veces, por la abrupta indisciplina, me colmaba la paciencia y le decía: 'Verdad que hay gente bruta. El burro nunca aprende'. Ella simplemente hacía la mueca de sonreír estirando los labios, quizá dándome las gracias. La ignorancia es el peor de los males, atrevida, ensimismada, convencida de su estancamiento, de la terquedad incomprensiva.

“A mi papá José Donald no le gustaba esta familia ni mi con Magdalena, pero cuando Omar, el padre de ella, venía de viaje, compartían películas pornográficas y las apuestas en el juego de cartas con fotos morbosas al respaldo. Magdalena lo sabía, y feroz enfrentaba la discriminación, cuestionándole sus razones. Él le contestaba porque ¡no! El asesinato de Omar en una fiesta en la Guajira, disque

por equivocación, solucionó nuestra cercanía con el distanciamiento. Cambiaron de domicilio y por muchos años no supe su paradero”.

Cierro los ojos húmedos y guarda el diario en el cajón, debajo de los dos únicos pantis que tiene. Se quito uno, mientras se seca en la parrilla detrás de la nevera.

De vuelta a la verbena Mónica ve cómo las Urracas, dos traviesos hermanos gemelos idénticos, que sufrieron el balazo en la sien que se pegó su padre en una habitación de su casa, empiezan a colocar al borde del caño los trozos de madera, con balanzas de mecedora rotas, palitroques secos y carbón, entre cuatro ladrillos para armar el fogón, como calificados Boys Scouts. Cuando estuvo está listo, prenden la fogata, montan el tanque de doce latas y atizan las llamas mientras se llena de agua con una manguera extendida desde la última casa colindante a la cuneta.

Con ese pocotón de agua que hoy cayó Mónica cree que no volverá llover. Hasta la brisa quedó desganada. Tiene que vigilar el panorama desde lejos, pues su papá no permite que se acerque a la candela y a duras penas que juegue sólo con niñas. A los niños los mantiene a metros de ellas. Él las tiene al interior de una burbuja invisible desde donde pueden ver y las pueden ver, pero no tocar. ¿Por qué será que su padre le prohíbe jugar con los varoncitos?, se pregunta. Si acaso su primo Javier, con cara de miquito, puede hablarle de cerca porque da la casualidad que cuando viene de Barranquilla su papá no está. A Mónica le gusta porque es todo un caballero decente, de bonito nombre, buen humor y labios abullonados en forma de chupo. Y Felipito con el rostro de una foca, moreno y

pochochudo, dan ganas de pellizcarlo y morderlo, un poco brusco, pero juegan y duermen juntos, abrazados como un hermano más. Hay otros primos varones, pero no los ve sino cuando va a Manga a visitar a su abuela Isabel y al abuelo Pablo. Ellos son lindos y aunque Mónica no entiende qué hay de malo en los varones, cree que cada persona tiene la apariencia física de un animal y que, en cualquier círculo social, se encuentran repetidos los mismos con las mismas integrantes de los diferentes núcleos de la sociedad pero con nombres propios y en una ubicación espacial distinta. Agrupaciones seleccionadas a escala que se repiten. Un arca de Noé.

“Así es la vida y el hecho de que no la entienda o trate de comprenderla, no cambiará las cosas” –piensa Mónica.

Apenas hierve el agua, aparece animada su mamá Piedad con las siete carnes listas para la sopa: cerdo, costilla, de res salada, hueso, chocosuela, ubre y deja el pollo de último para que no se desbarate. Agrega el plátano verde y la mazorca que son los ingredientes más duros. Cuando ablandan, después de media hora, le añade yuca, papa entera pelada, ñame, ahuyama, los compuestos verdes de cilantro, apio, ají dulce, cebollín y pimienta de olor, achiote mezclado en aceite para el color, ajo y comino al gusto. Media hora más tarde, destapa para revolver y sale el vapor con un exquisito aroma. La clave es echar los componentes durante la ebullición. Abajo, entre la astillas ardiendo, están chamuscándose los plátanos maduros en su concha para que se asen y cocinen por dentro. ¡Qué deliciosa! Ah, y sin zanahoria ni el amarillo pintón en la mezcla del caldo porque se

endulza. Observándola en su gusto por cocinar fue como Mónica aprendió, tanto que con Magdalena ya preparan frijoles. Los echan en la olla presión Imusa y después de la hora de cocción, le adicionan cinco papeletas de salsita color para que tuviese la consistencia espesa del guiso cuando lo cocinaba su madre, a la que deseaban sorprender y no pudo siquiera probar la sustancia. La intención cuenta.

Gerardo, mi vecino cara de ratón con bigote largo, durante el oficio de los demás, inicia el suyo poniendo a sonar el disco de Julio Iglesias para ir creando el contexto. Milena, la esposa, con un trinche metálico de cinco patas le ayuda a peinarse el afro negro recién teñido.

Alicia, la del frente, coloca las sillas y las mesas plásticas en la mitad de la calle para dar inicio al bingo lo más pronto posible. Se levanta una brisa sumisa y los cocuyos con sus azulosas chispas intermitentes cubren el follaje de los árboles que además iluminan por las gotas de agua que recorren las hojas y proyectan la luz de los focos encendidos en las terrazas. En mayo huele a diciembre.

Gerardo instala el micrófono, las mesas están listas, llegan los invitados, se reparten los cartones del bingo y de atmósfera las canciones de Julio.

La mamá está pendiente de la sopa y va poniendo las hojas de bijao en las mesas de palo para regar el bastimento y que cada quien mire y se sirva según la medida que le indique su ojo sobre la cantidad que necesita para llenarse la tripa.

El ambiente de la velada transcurre normal. A las nueve de la noche arriba la figura de mi padre José Donaldo bajando de un Renault doce azul verdoso. Se detiene justo en el límite de las sillas del bingo, al frente de su casa, donde juegan dando volatines en la grama. Su papá cierra la puerta del vehículo y se despide de una mujer mayor que él. Su madre, tira un lamparazo desde abajo, cerca al caño, pero no alcanza a divisar. Continúa con su labor. Los niños que están compartiendo con ellas se pisan despavoridos porque conocían el cocotazo de su papá, por estar en el lugar equivocado y con las niñas intocables. Las hormigas locas se dispersan cuando presienten el peligro de un gigante depredador. No los culpa, un hombre grueso, de dedos peludos, sembraba el terror.

José Donaldo se sienta junto a Gerardo que le cambia el romanticismo por el disco de salsa del Gran Combo, y se toma en seco un güisqui del tamaño de una copita para trago de aguardiente. Magdalena lo observa con tristeza y recriminación desde la sentadera de cemento que separa su casa de la de Alicia, en diagonal a la de Mónica. José Donaldo echa la bailadita solitario recordando al Llanero, picándose las de bollón, acompasando el cruce de sus zapatos embetunados con Cherry blanco, a la polirritmia de los tambores sincronizados al son de la clave. Un dos tres cuá, pie izquierdo, derecho, izquierdo y kick, un zapateo largo o patadita al aire. Un dos tres cuá y shines, brinco. Un dos tres cuá y salsa o paso atrás. Un dos tres cuá, y vuelta cross body lead. Un dos tres cuá y guaguancó, paso de lado, izquierda derecha. Logra la atención de los invitados quienes le aplauden, zapatean, y algunos se levantan del puesto desbaratándose tras marapear los hombros, ladear el tronco, batear la cadera y rocanrolear las

rodillas. "...si el año pasado tuvimos problemas, quizá este año tengamos más..." plash, plash, plash... "Vamos pa'quí, vamos pa'lla..." plash, plash, plash... "A comer pastel, a comer lechón, arroz con... y a bebé ron..." plash, plash, plash. Su papá, erguido, baila la pachanga girando sobre sí, tal como haber desenrollado la pita de un trompo. Emocionado se empuja otro trago que le brinda Gerardo, pero sintió un quemazón que traduce en filo. Baja hasta donde Piedad está cocinando, de saludo le pega una palmadita en la nalga y levanta la tapa de la olla para absorber el vapor del caldo como si estuviera en la cocina de su casa. Revuelve con el cucharón amarrado a un palo de escoba y lo prueba para entonarse el estómago hambriento. Está en su lleré, se siente realizado.

Para las dos de la mañana, cuando sus papás la hacen dormida, Mónica está asomada viendo hacia la calle. Se acostaba tarde y en las mañanas no podía mantenerme en pie. En el colegio le decían la dormilona, como aquella muñequita de trapo con la cabeza guindando y de extremidades esparramadas. Observa cuando su padre saca del bolsillo una postal y se la entrega a su mamá. Piedad la vota al piso, entra a la casa y cuando se da cuenta que los vigila, la regaña por no estar acostada. José Donaldo sigue bebiendo. Al fondo Julio Iglesias vuelve a la tarima. Gerardo pide permiso para ir al baño y su papá aprovecha para venir a la casa. Ya Piedad está con su pijama rosada y la levantadora puestas. Ella, con evidente sentido de pertenencia, guarda en la nevera una ollita de sancocho para aplacarle el guayabo. Su padre, en su denigrado papel de esposo, la jala, rompe su bata frágil por el uso y, le da una trompada en el rostro. Simultáneamente, tan apropiada, suena "...el amor, no sólo son palabras que se dicen al azar, por un

momento y sin pensar, son esas otras cosas que se sienten sin hablar, al sonreír, al abrazar...” Ella cae al piso y rueda sentada hasta las puertas de los gabinetes del lavaplatos. José Donaldto avanza con furia y la levanta con otro jalón y una bofetada por el desprecio a la imagen de su hijo varón recién nacido. “...No sabe de fronteras, de distancias ni lugar, no tiene edad...” Endemoniado, sin importarle el llanto de Piedad ni la sangre que escupe, le pega otro puño en el estómago. Ella se retuerce sin poder respirar. “...El amor es perdonarse todo sin reproches y olvidar para volver a comenzar...” Mónica corre a la puerta y grito a Milena, que entra con Gerardo a la casa y detienen a mi padre, que en su saña, quiere seguir dándole “su merecido”. “El amor, el amor, el amor, el amor...” Cuando se repone de la golpiza, Piedad corre a la calle y se sienta en el murito a seguir llorando por su carne y la desilusión. Le deja la pijama vuelta un harapo. Mónica toma el teléfono y le marca a la abuela Isabel que decide ir a recogerla. Estiro el cable del aparato hasta el rincón para ocultarse tras la cortina de flores azul verdosa. El color del carro de la amante de su papá, madre del hijo varón deseado, que pega con el cortinaje. Hay una tirante quietud, pues José Donaldto borracho se queda dormido en la mesa y ni modo de cargarle una pata a un mastodonte, ni que lo merezca, después de mancharles la vida con sangre de su sangre. “Él me da lástima y temor. ¡Vergajo! Por mi madre siento rabia y dolor. Me duele el pellejo y el desengaño”, piensa Mónica. Gerardo y Milena se quedan pendientes hasta que le dicen a su mamá que puede entrar nuevamente a la casa. Ella cuando ve a Mónica, la abraza y entra al baño para tratar de lavar las huellas de la tragedia en su semblante. El lavamanos se tiñe de rojo y alcanza a quitarse la ropa para que

no se viera tan agravada la propia miseria que vivimos. Luego se encierra con las tres hermanas menores, aún pequeñas para darse cuenta, y asegura la puerta del cuarto. Llega la abuela Isabel molesta por la agresión contra su hija Piedad, contra sus nietas, y por el estado de aflicción de Mónica porque aunque entre cielo y tierra no hay nada oculto, no era necesario que a temprana edad entendiera que el mundo es una mierda, empezando por su inmaduro padre, su Superman, hasta esa madrugada. Cuando la abuela entra echa un vistazo general y se dirige directo al comedor, le mueve la cabeza servida sobre la mesa a José Donald con ganas de guillotinársela y de impotencia se agarra la suya. La tía Doris, que acompaña a la abuela en mi rescate, le soba el cabello. A esas horas, tiene los párpados repolludos y los ojos encandecidos. La abuela toca la puerta para que Piedad le abra, pero ella no lo hace. Se escuchan los sollozos de la vergüenza atravesar la madera. Entonces la abuela se lleva a Mónica a la casa en Manga. Ya se han acabado las canciones del long play. Suspendido el miedo, eliminadas las toxinas del estrés, resistido el ego y regenerado un tanto el agotamiento, adoloridos todos en mente, cuerpo y espíritu, perpetra la dimensión de la relajada energía incondicionada, del prudente silencio, vacuo, pacífico, inconsciente, impoluto. Cesa la horrible noche.

¿Así es la vida? Mónica puede entender la inmadurez de un hombre que se casa con una mujer un tanto mayor que él, pero no el derecho a la violencia.

Mónica duerme intranquila hasta las siete de la mañana. Se levanta y prende la tele que más parece un cajón de cuatro patas. Gira el botón de encendido cual

licuadora para sintonizar el canal de los Superamigos y el Hombre de la Atlántida. La tía Doris la carga y la peina con la miel de sus manos. Le pone de presente una caja de colores Prismacolor que riega sobre las hojas de papel en blanco en las que Mónica dibuja a la sirena encantada, de cola morada, retozada sobre una roca en medio del mar. Su tía conoce sus gustos y cómo ayudarle a superar el trance sin tocar el tema. Mónica no puede imaginar cómo sería su canto para atraer a los hombres, tendrá un olor a dulce, a violetas. A sus catorce, las fantasías aún son reales. Su canto sería como el de Claudia de Colombia en la voz de su amorosa tía.

“Llega la tarde, mi abuela tiene listo el picado de las empanadas y carimañolas para vender desde mañana temprano en la tienda El Imán del abuelo Pablo. Los muellers del terminal de Colpuertos se aglomeran para desayunar avena, chicha de maíz, peto, jugo de corozo y la infaltable Kola Román y Naranjada Postobón, con las ricas empanadas crujientes de carne, arepa con huevo y carimañolas. Los preparativos para atender al personal empiezan cuando la noche aún duerme. Antes de abrir el negocio, se colocan en el mesón largo de palo, las tasas de la carne molida con puré de papa, un cubito de caldo de gallina Maggi, ají dulce, cebolla y ajos rallados. Yo me levanto a esa hora y me pongo a trabajar con ella. Las bolsas de Promasa se cortan con un cuchillo por la mitad. Hago una bolita de masa y la pongo sobre el plástico untado de aceite Vivi, la extiendo con la yema de los dedos rectos como tabla, le coloco el picado en el centro y doblo la otra mitad de la bolsa estirada para cerrar la empanada. Luego sello los lados deslizando verticalmente el borde de un plato pequeño y con un trinche presiono

las puntas. Para la masa de las carimañolas, mi abuela cocina un poco la yuca que no quede blanda, algo cruda, y la muele con un tantico de sal. Para armarlas, toma una bolita en la palma y, mientras la sostiene con la izquierda, la abre con el dedo gordo, dejándole un grosor apropiado y con el guiso adentro o el queso, la cierra pegando los extremos. Mi abuela fríe las empanadas y las carimañolas en una ponchera de aluminio con manteca hirviendo y al carbón. Se venden como arroz. Todo listo para la segunda etapa del negocio familiar.

“El abuelo Pablo con su hermano, el tío Pedro, a quien curiosamente lo mordió un burro en el dedo corazón y por eso tiene la uña encaramada, y los sobrinos Fredy y Peyito, organizan la tienda antes de abrirla al público. Peyito barre, Fredy limpia los mostradores con gas, el abuelo fragmenta el papel que usarán como servilleta y el tío Peyo revisa las botellas de gaseosas y la vinola que envasaron y metieron a los congeladores en la noche y el bloque de queso acolchado con cráteres roídos por ratones esculpiendo la réplica de la luna que siempre han querido conquistar. El ratón del queso. Mito popular. Abastecen los estantes y acomodan los talegos de azúcar, arroz, frijol, lenteja, papa y otros víveres y abarrotes. También llenan al tope los frascos de dulces, arrancamuelas hechas de azúcar dorada, panelitas y muñequitas de leche, moritas, anís, ajonjolí, los casabes, rosquitas y el corta panela limpio para partir lo pedido por el cliente. Al lado de la radio, la brillantina, unas pomadas de colores para domar el pelo rebelde. El pudín tajado llega durante la mañana. Ahora sí, lista la fase dos para recibir al conglomerado de estibadores, bodegueros, almacenistas y cargueros rasos que se abalanzan a comer masivamente las deliciosas fritangas.

“Dos horas después del trajín, en la esquina próxima, me embarco en una chiva de Manga-Popa o Manga-Bazurto para ir a comprar el azúcar. Me encanta sentarme en la ventana, recojo la lona o guardo la persiana de triple, depende del busecito en que me suba, para romper la brisa con mi cara y tragarme el aire por completo. Además, con ese calor ardiente, el mejor ventilador, la ventana de la chiva en carrocería de madera. Es un paseo aletargado en el tiempo y sabroso. Me desembarco en el reloj público, a un paso del Portal de Los Dulces para hacer el mandado. Cruzo nuevamente la pequeña calle adoquinada y me monto en otro Manga-Popa.

“De regreso, mi prima Penélope ya tiene la casa ‘chirrinais’ como dice ella. La ordena compulsivamente. Cada cosa en el puesto y la que no, es estorbo y mugre. Porque pone forchi la decoración, repite. Barro. Sacude el polvo con un trapo húmedo y apila la basura del suelo tropezando con la escoba los muebles a su paso. Menos mal que no se sube al techo porque en el tejado reposan como joyas arqueológicas mis dientes de leche que he lanzado por años esperando la promesa de que el Ratón Pérez se manifieste con un regalo bajo mi almohada. Pero la despiadada realidad, es que se la pasa ocupado en la tienda tallando el queso lunar.

“Converso un rato con el querendón y mamador de gallo del Peyito, mientras Penélope termina y el pícaro, encargado del resto del aseo, prepara el balde y el trapero, para tenerlos listos a la hora del disparo de partida. El alarido de Penélope se propaga como alarma antiladrones y Peyito se embala espantado a la carrera

contra el tiempo, abre la puerta de la calle para que la claridad transforme en espejo el piso de cemento verde biche con el sello de Salomón, una estrella de seis picos amarillos y corazón rojo. Al final del túnel de entrada, estoy sentada en el borde del escalón recubierto de un sócalo verde, que colinda con la amplia cocina, observando al Peyito dar el brochazo parejo que va trazando al pasar el trapero mojado como haciendo un ejercicio de dibujo técnico a mano alzada. No puede quedar ningún blanco en la obra de arte. La humedad de la imaginada pintura en agua se seca pronto por la directa ventilación de la calle hacia la zona de labores.

“Para eso también abre la puerta. Al mediodía, Felipito, hijo de mi tía Gladis, llega siempre muy jacarandoso buscándome para darme un enorme abrazo con su sonrisa que despliega de oreja a oreja. En ocasiones, cuando nos encontramos, leemos historias de Walt Disney, vemos juntos el Chavo del Ocho, Topo Gigio, El Hombre de la Atlántida, Heidi y la Avejita Maya, y dormimos en la misma cama, como buenos hermanos. Cuando llega la noche, la casa de Manga queda en la oscuridad porque, además, se va la luz, entonces, nos acostamos en la terraza para contar los carros que van pasando y proyectan sus focos en la pared hasta desaparecer. En otras ocasiones, subimos y giramos alrededor de un tubo de hierro enclavado en la entrada, instalado allí no sé para qué, en el que feliz me siento volar tras deslizarme como si tuviera vocación de stripper, pero extrañamente, a veces me pasa la corriente. O en otras ciertas ocasiones, jugamos a la ronda del Puente está quebrado, a los llares, la peregrina, al velillo, o volvemos a contar la historia fantasmal de La Llorona. A veces nos quedamos en la tienda a ayudar al

abuelo a recoger las tapitas de las gaseosas tiradas al suelo para, en otra futura ocasión, aplastarlas con un martillo y jugar al bate con un viejo palo de escoba. Por lo pronto, las recolectamos en un chocorito.

“Mi tía Doris canta día y noche, permanentemente. Las melodías de Julio Iglesias se pasean por doquier y las ondas sonoras elásticas vibran en cada rincón desplazando a las energías estancadas, a las negativas electromagnéticas que recargan el organismo produciendo choques eléctricos. Descubrí por qué me pateaba el tubo de metal de la puerta. Él es el cantante de moda y, a la siguiente noche, me invita a conocerlo en el Circo Teatro. Cerquita de mí, casi que me susurra al oído “El amor”. Un calor me crece en el pecho, me exprime el estómago, y la piel se pone de puntas en todo el cuerpo cuando el viento que llega del playón de Chambacú se mezcla con estos males o bienestares. La felicidad es un juego esquivo y serio, porque para atraparla hay que hacer maromas y muchas más piruetas para retenerla, sobre todo mi madre en dependencia de quien no la ama pero sí la lástima. Nadie cambia a nadie. Cada quien decide cómo vivir su vida, su propio mundo y el mundo, sea como fuere y de quien quiera ser, algún día se acaba con la muerte. Qué día tan intenso”.

Mónica reanuda su ritual cuando llega a la casa de Manga después del evento. Vuelve a tomar el diario, lo besa y sigue escribiendo.

“Ahora recuerdo la primera vez que fui al cine. Tenía ocho años, más o menos. Eso fue en otro período de vacaciones forzosas en el que me mudé, por enésima vez, a casa de la abuela Isabel. El amor, definitivamente, es un sueño. Los

traumatismos tenían para mí el bálsamo de una consecuencia positiva. Ese día, mi abue me regañó porque le pregunté varias veces por la hora para ir al cine. Fuimos con la gordita y muñecona de mi tía Gladys. Llegamos temprano al Pie de la Popa. Destechado el radio-teatro Miramar debíamos esperar a que se apagara la llamarada agónica de la mecha del sol. Sí, tocaba recibir el anochecer para que su manto oscuro y estrellado por luceros que espabilan distantes años luz, aislara la claridad y se pudieran reflejar las imágenes de la película en la pantalla de proyección como un milagro más. Un proceso ingenioso, nuevo, que armonizaba con la economía que brinda la naturaleza al servicio del hombre. Era redescubrir el Mar de la Tranquilidad por tercera vez, la primera y segunda, en mi coincidente fecha de nacimiento con el alunizaje, veinte de julio de 1969, y hoy con la revelación del hechizo de la proyección de sombras en secuencias animadas que forman imágenes reales en movimiento. Ver para creer. En la época de la inquisición denotarían brujería.

“Cenicienta, Cenicienta, pronto, pronto, Cenicienta, lava y plancha, trae la ropa, barre y limpia la terraza... y aún cuando el cansancio y la desilusión la vencen hasta desfallecer y siente que no puede creer, que nada merece la pena, que ha perdido la fe, el toque de la varita de la esperanza esparce el polvo mágico y Si amor es el bien deseado, en dulces sueños llegará, no importa quién borre el camino, marcado está un destino y será realidad tu soñar. Esa lucha es lo lindo y noble de la vida. Así es la vida. Ella tierna y hacendosa, ¡una madre!, que en apariencia pasa por boba ante los avivatos porque el mono sabe en qué palo trepa. Tolerando y llenándose de razones buenas para nada. Aceptando la miseria

como una bendición y, por momentos de lucidez, como la inconformidad del alma y la dicha que ansía el corazón. Con ganas de querer y que la estimen, mínimo. Desvalida y sola en el mundo, huérfana de un padre que se fue a encontrar con la muerte. El destino final inevitable que muchos no preparan. Aunque peor es tener a ese padre vivo de estorbo. Mientras tanto la Cenicienta, de las que hay repetidas, con humildad y sin renegar, cumple el deber que le toca cumplir. ¡Mi madre!

“Llegamos y nos sentamos en unas butacas de madera, por orden de edad. Primero el burro, o sea, yo, luego mi tía y seguía mi abuela, pero quedó un asiento a mi lado izquierdo que ocupó un hombre al que no vi. Pero como la realidad siente envidia de la fantasía, *¡Bibidi babidi bu!*, refulgió una mano peluda, larga y de uñas negras, manoseó mi rodilla y se deslizó hasta la mitad del muslo. El mito quiso interrumpir el sortilegio de aquella fabulosa tarde de domingo, justo cuando el hada madrina le dijo al caballo que en vez de tirar iba a guiar y lo transformó en cochero de la calabaza.

“Me dio terror, pero conjuré el maleficio de la mano peluda dando aviso a mi tía que cambió de lugar conmigo. Ella sí que tenía carne de dónde agarrar.

“Analizando bien, la cara sana de mi padre estaba llena de pequeñas y, en ocasiones, de tan diminutas cosas que no son precisamente acné común de la pubertad, y que podrían ser hasta imperceptibles para la magnitud de las erráticas actuaciones que para ese momento ya había protagonizado mostrando su otra cara, el lado infectado por bacterias que provocaban dichas secreciones

asquerosas y cicatrices sociales que lo desfiguraban como un monstruo, ¿el del mito de la mano peluda quizá? Pequeñas cosas humanas porque, al fin y al cabo, también tiene sus vainitas amables que develan etéreos méritos y una lucha interior, que termina venciendo el egoísmo, raíz de dónde nacen todos los otros antivalores como la mentira y la promiscuidad. Es que es más apetitoso para el paladar el libertinaje que la insípida y desabrida libertad. Por ejemplo, todos los sábados cuando chiquitas nos cortaba las uñas y, cuando era el caso, nos llevaba a las jornadas de vacunación. Entiendo que no quería nuestro contacto con especímenes de su mismo género para protegernos de los maldadosos como él, pero sí, era cariñoso cuando se lo proponía. Nos sentaba religiosamente a ver el programa de *Naturalia* de Gloria Valencia de Castaño, porque le gustaban los animales, más no a ir a misa, y de esa forma, nos enseñó a sentir afecto por ellos. Sigue siendo ordenado y metódico, lee y hace crucigramas. De vestido impecable, limpio y oloroso, de allí que, de niñas, nos mandara a acicalarnos bien temprano. Dicharachero y meloso. Tarajalludo, fornido, de tez morena clara, velludo, nariz fileña y ojos cafés claros como los de Campeón.

“Cuando iba al mercado de Bazurto era fija una discusión porque compraba sin equidad un saco de naranjas y el costal de platanito. Mi madre Piedad le decía que si durante la semana íbamos a comer de lo mismo al desayuno, al almuerzo y la comida. Definitivamente no es un príncipe azul, pero se las trae con sus ínfulas de galán de cine que chocaban ante el despotismo hacia mi madre para que a altas horas de la noche le llevara la cena caliente al muelle del Terminal. Caliente, porque fría no la aceptaba. O cuando en aras de la sinceridad, la agraviaba con el

descaro de confesarle a mi mamá que iba de grill con otra mujer. O cuando le negaba dinero para los gastos primarios, del colegio y para uniformes. ¡Había que rogar! Además, o lo uno o lo otro, porque si se bajaba del bus con el billete no le alcanzaría para sus andanzas de soltero empedernido. Inmaduro”.

Esa noche más tarde, mientras Penélope se emperifollaba para encontrarse con un amigo, Mónica está tirada en la colchoneta con los pies elevados sobre la pared, se queda lela, observando en detalle cómo Penélope sin pena y con gloria se florea la bamba ante el tocador para delinear y pintar sus labios gruesos de fucsia. De repente, Penélope se levanta y agacha sin doblar las piernas para alzar una brocha que se le cayó.

-¡Te patina el coco!, ¿vas a salir sin panty? -dice Mónica sorprendida.

-¡No!, fresca, sólo voy encuera a la puerta.

Se ríe desparpajada como poseída por Lucifer, quien no es precisamente el mismo gato de las hermanastras de la Cenicienta. Entonces, sigue recogiendo los demás labiales que sacó para probar cuál le queda mejor, y los empaca en la cosmetiquera. El delineador y la pestañina, iban en otro estuche. Quedó igualita a un payaso de circo de pueblo con el rubor impreso en un aro fucsia.

Como perrito faldero se fue tras su prima que con su conducta gritaba en rebeldía para atraer la atención. Penélope sale oronda y nadie sabía que estaba en pelotas. Bueno, es que nadie y Mónica, son la misma persona. A la verja se aproximaba Luis quien se atreve a comentarle acerca de los cachetes muy

colorados. En respuesta, Penélope se pasa toscamente la palma de la mano para bajar la intensidad del rosetón. Ella tenía muchos enamorados pues el andar emperifollada exaltaba la curiosidad del transeúnte. Parece un arbolito de Navidad en mayo o una marimonda en el Carnaval de Barranquilla.

Mónica mira los gestos de Penélope, el desenvolvimiento de las manos y que el esmalte rojo mate le enchumba los dedos para que la pintura cubriera las uñas. Cuando se le pasa el arrebató a la espiritufláutica, aprieta con firmeza la barbilla de Lucho y él, dócil, se acerca con un piquito a sus labios. Se miran a los ojos por un instante y Luis se le despega para ir a la tienda.

-¿Cómo será eso de besar? ¿Cuál es la técnica?, Mónica le pregunta.

-Aparentemente no tiene ciencia -dice la maestra. -Pero sí hay una ciencia del beso, sí señora -reafirma muy engreída la experta mientras están sentadas en la verja. -La ciencia empieza con el gusto por la otra persona. El cuadro comienza por un súper bateo. Esa martillada debe sentirse mundial como si explotara un volcán en tu pecho. Marca el destino, le explica la sabionda. Si en ese primer contacto no se siente sino baba y rechinar de dientes, es decir, no hay clic, no funciona.

-Es como una magia. ¡Qué pena!

-Es una expresión íntima de la conducta humana -enfatisa la doctora. -Por eso, uno se esconde, no lo hace en público. Aunque para mí, lo es más un abrazo, mucho más aún que un beso y creo que lo sería de una relación sexual -asienta

muy segura. -¡No porque ya las haya tenido, aclaro! Mira, uno se aproxima cara a cara y se posa una boca sobre la otra, redonditas o en forma de trompeta. Lo besas como si fueras a hacerlo en la mejilla, y luego vas chupando los labios de tu novio y viceversa. Mueves la cabeza de lado a lado. Es todavía mejor si cierras los ojos. Y así, el bin, el ban, el pato y la guacharaca -se ríe complacida por la lección.

-Cuando tengas tu primer novio sabrás cómo hacerlo. No te preocupes -dice muy solidaria y comprensiva.

- ¿Toca cerrar los ojos?

-El amor es ciego, ¿recuerdas? -esto dice Penélope y continúa recitando con voz postiza y correcta dicción. -Cuando tocas al otro con la piel de tus labios, hay una conexión eléctrica que disipa la luz de tus ojos y te obliga a cerrarlos. Se calienta la sangre que circula veloz por el cuerpo y los sentidos despiertan para ver a través de la pasión de la boca que, inspirada por el encanto y la atracción al sexo opuesto, empieza a crear su arte en una escena romántica en la que molesta el resplandor y el entorno distrae porque todo lo demás está de sobra. Verse los rostros demasiado cerca, es mirar con una lupa, rasgos ampliados como defectos que cortan la energía sintonizada por el cariño sincero. Se supone. Pero a calzón quitado, lo que pasa es que si abres los ojos se dilatan las pupilas por la proximidad de los rostros y la escasa luz que penetra en ese espacio expande los diafragmas en su afán involuntario de ver mejor y te desconcentras. Eso es antiestético y hasta mala educación, porque en ese momento se detiene el tiempo y en el mundo sólo existimos dos.

Mónica se tapa el rostro con las manos y piensa anhelando ¿cuándo será? Suena dulce. Va a cumplir quince años y nada. La Penélope es experta en temas de relaciones con el prójimo pero para las matemáticas está en cero.

Pasa un taxi con un colchón nuevo amarrado al techo y Mónica le mete un pellizco a Penélope para que se materializara su deseo. Pero le llega la menarquía ese diciembre, antes que su dichoso primer amor. Ya le tocaba pedir toallas sanitarias. Nosotras y, por cierto, gasta tres paquetes en menos de una hora. Así que fue el último año en el que, aún creyendo en Él, le hizo la carta al Niño Dios, quien como el Ratón Pérez, poco cumplían, la edad del uno y la especie del otro no les permitían saber leer ni los pensamientos, pero algún aguinaldo le traía Papá Noel en su bolsa y “Jesucito de mi vida...” bajo su brazo, aunque sea un regalito para compartir y turnar entre las cuatro hermanas que, sin lugar a dudas, les alegraba la Nochebuena.

Para Mónica, mirar a las personas utilizar sus sentidos, se convirtió en un oficio interesante. “¿Qué será lo que la gente habla, mira, escucha, toca, saborea y piensa?” Es que en la soledad y el silencio de su timidez, excluida de una rutina normal y corriente por la violencia intrafamiliar que la sometía y la relegaba hasta por un dulce de las amistades y más de los varones por su candor y falta de roce, en una ingenuidad extraterrestre y pasada de moda, encontró un espacio para observar la motivación ajena como fuente de estímulo para la suya en cada momento desierto y que resultaron siendo muchos. Ver lo bello en otros, lo felices que pueden ser, sin oposiciones ni admiración. Lo decepcionante, dejarlo de lado.

Era atractivo conocer el sentido de la vida que le imprimían los demás a la propia y que comparten con otros. “¿Cuál será mi lugar?”.

Más tarde, Mónica regresa a su diario.

“En mi primera comunión, el vestido que usé lo cosió mi madre reciclando la falda blanca plisada de seda de mi tía Doris. Vivíamos en Manga, una vez más, refugiadas de la guerra en la casa. Malgeniada me levanté ese día, quizá influyó el corte de pelo a los hombros. Un no sé qué tengo y no me comprendo, tal vez, común para la edad, aunque jamás me salió una espinilla. Mi tía me llevó temprano a la ceremonia en el colegio Comfenalco, en Zaragocilla conduciendo orgullosa su Simca 1000 rojo. Las niñas estábamos alineadas por orden de estatura para entrar al coliseo y fácilmente determiné que mi falda era la única que quedaba saltacharco, por lo tanto, se me veían los tobillos y éste sí que era un serio asunto para mí. El sueño del vestido diseñado acorde al color de mis ojos como el de la Cenicienta, fue otra frustración más, aunque mi tía hacía las veces de hada madrina y, en cierta forma, la remonta afortunada para mí, provino de su closet para ser cosida exclusivamente para mí. De allí salimos a Colpuertos y mi padre, inmerso en una bodega descomunal, me felicitó por mi matrimonio con Dios y me regaló un billete de cien pesos. Pese a su cero en conducta, yo merecía verlo y mi madre cumplía su deber de facilitarlo. El caldo no tiene que ver con las tajás. Allá él, si cumple el deber suyo o no, es su carga, su cruz, aunque ahora no sienta el peso a costas. En Portacelli, la abuela Eloísa se tomó una foto conmigo

para la eternidad. Me puso debajo de una flor de bonche, de hojas rojas y plisadas como mi vestido que a partir de ese retrato adoré.

“Al tiempo, mi padre convenció nuevamente a mi madre para que regresáramos a La Floresta. Vuelve el perro arrepentido, con sus miradas tan tiernas, con el hocico partido y con el rabo entre las piernas. ¡Qué falta de respeto! Disque sacrificio por los hijos. La mentira, la mentira es la semilla de todos los males. La traición es dolorosa. No debe tolerarse. Odiaba a mi madre cada vez que lo perdonaba. ¡Me daban asco!

“Y al tiempo, como era de esperarse, otra usual pelea. Mi joven padre, justificado por su edad que no le permitía manejar el alcohol, llegó a la casa pretendiendo que mi madre, como prueba de amor, le sacara los mocos. ¿Qué tal esto? ¡Nada qué ver! Yo veía televisión en la sala donde ubicamos unas mecedoras ante el ventanal. Mi papá se lanzó contra la mecedora donde estaba sentada mi madre Piedad y la desbalanceó hasta que con la cabecera del espaldar quebró el vidrio. Daisy salió decidida de la habitación al callejón de la casa y sin titubear tomó un palo de escoba que le plantó en la cabeza a mi padre. Y él, en su lucidez, se lo clavó a ella de retorno. Extinguidos los caldeados ánimos de la trifulca, traté de desprender el pedazo de cristal que quedó colgando en el marco de la ventana y la filosa punta descargó su ira en mi muslo ya violado por la otra mano peluda. Esta vez me quedó el tatuaje para recordar el episodio.

“La abuela Isabel fue historia aparte. Madre de once hijos y en precarias condiciones. Mi tatarabuelo materno entregó una dote para que mi abuelo Pablo

recibiera a mi abuela Isabel, pero éste se sintió estafado, tanto, que unos conejos les quedaron chiquitos. Y en una ocasión, como digno representante del machismo y pese a reprochar el matricidio de su hija mayor Piedad, se enamoró perdidamente de la hermana de su cuñada, es decir, hermana de la esposa de su hermano. Uno quiere que sus hijos sean felices y no le gusta que nadie los maltrate, pero estaba en las mismas, también conocía de traiciones.

-Mi padre hizo lo debido contigo y te pagó la dote para la construcción de la casa. Le dijo la abuela Isabel con la rabia que le hacía asomar saliva espumosa a la comisura de la boca. Con voz temblorosa, pero en temple, lo puso en el puesto y llamó a las cosas por el nombre.

-Te he cumplido, le advierte la abuela mientras arrastra las chancletas de caucho Panam. Ella sigue planchando y lo mira fijamente empuñando el mango de la plancha de carbón a un lado de la mesa de madera, con ganas de lanzarla.

-Yo te he servido como corresponde, como Dios manda, te he honrado y no me puedo negar a tu felicidad, pero me recibiste sola y sola me voy, te dejo a tus hijos, hasta el de teta.

“No sé de dónde mi madre Piedad sacó esa capacidad de tolerancia, lo cierto, es que el abuelo ante ese ultimátum reaccionó.

“Ese fin de semana lo pasé donde mi abuela Isabel. Maravilloso, pero el siguiente, era el turno para la abuela Eloísa. Dormí con ella esa noche, aunque estaba enterada de los acontecimientos entre mis padres. Cuando mi papá apareció, mi

abue esperó sigilosa a que se acercara a la mesa debajo el palo de tamarindo donde preparaba y cocinaba en leña unos deliciosos pasteles de arroz bañado en achiote, verduras, cerdo, y pollo. ¡Se me agua la boca! Yo visualizaba la panorámica desde los tanques de doce latas donde me bañaba a mis anchas. Agua pura. En ese instante me imaginaba a mi padre como cuando Campeón, después del mordisco que me metió, se me acercaba meneando la cola. Yo no reaccioné castigándolo, pero mi abuela Eloísa, más alta y corpulenta que mi padre, tronchó sin esfuerzo una rama del quebradizo palo de tamarindo y se lo reventó a su vez en la cabeza.

“Tú sabes por qué, le dijo en voz de trueno.

“Mi padre, ante esa arremetida trató de esquivarla pero no pudo y tras el trancazo se fue corriendo a pasar el garrotazo en la piscina de hojas secas que servía de corral a los pavos engordados para diciembre.

“Mi abuelo Donald no jamás le dio este dolor a mi abuela Eloísa. ¿De dónde tomó mi padre el mal ejemplo? ¿Sobreprotección? Mi papá jamás pedía perdón, y nunca compartía la Navidad con nosotras. Prefería quedarse tomando trago en la puerta de la casa con los nuevos vecinos de El Recreo, corriendo el riesgo de que lo picara una culebra, una Medusa terrorífica y lujuriosa, que con su visión lo convirtiera en otra piedra más que lo alejara de su familia para siempre. Nos habíamos recién mudado para ver si el nuevo ambiente generaba un cambio en el jefe del hogar. La casa era estilo ibérico, de una sola planta, con arcos en la entrada, hierro forjado artístico en los amplios ventanales, tejas coloniales de

barro, cielo raso cubierto de listones de madera y un garaje lo suficientemente amplio para llenarlo hasta el techo de láminas de esponja enteras y picadas para abullonar las almohadas, pues mi madre las vendía para rebuscarse en el Magali Paris. El inmueble estaba rodeado de maleza, y estigmatizado por el asomo de la cima de una insipiente colina conquistada por un castillo en ruinas junto a un escuálido árbol de acacias amarillas que le daba el toque de misterio al barrio, de escenario para película de espanto.

“La última vez que vi a mi abuela Eloísa fue para la fecha de su cumpleaños en abril. La visitamos en Portacelli y comentó sobre lo insoportable de sus agudos y crónicos malestares. Las energías se tornaron densas. Ocurría algo inexplicable ocurría. Me sentí más sola de lo normal y perdida, además porque mi abuela Isabel salió al centro conmigo y compró una tela blanca de florecitas negras para coser unos vestidos en su máquina Singer de pedal y poleas. En la clínica, cuando visité a la enfermita, tenía la piel tensa y lozana como un maniquí color zapote. Rosado fuerte acaramelado o bermellón. Sus músculos estaban imposibilitados para expresar, impávida. Ella me pidió que me acercara estirándome el brazo lo más que pudo, aguantando el quejido para no impresionarme más. Sentí mucho miedo y no pude mover las piernas ancladas al cimiento borgoña. Ahora lamento no haberla abrazado o haberle tirado un beso desde donde me quedé fondeada. Mi hermana Daisy sí se le arrimó y le rezó la plegaria del Ángel de la Guarda. ¡Qué valiente!

“Esa Navidad estuve decaída, mi escasa sonrisa apenas se mostraba. A la hora de los voladores y de camino a la misa de Gallo en la Iglesia Santa Cruz de Manga, pensaba en la abuela Eloísa y miraba el firmamento negro azulado que la luna en cuarto menguante alcanzaba a aclarar ayudada por los luceros que guiaban a los Reyes Magos de oriente en su ruta a Jerusalén. ¿Cómo la estará pasando?, me preguntaba. Si mi mamá falleciera, dejaría de ser importante en el mundo. ¿Así lo sentirá mi papá? El amor más parecido al que siente Dios por sus hijos es el de una madre. Caminaba por las calles del barrio tradicional, saludada en esta ocasión, por los centenarios y enormes árboles ornamentales de ceiba o bonga con troncos abombados de más de dos metros de diámetro y cincuenta de altura, tan comunes en el sector como los palos de mango que nacían silvestres, sostenidos por sus robustas raíces superficiales que soportaban el tupido y pequeño follaje de las ramas. Me daban el pésame, decoradas por un fruto capsular revestido por kopak, un algodón de fibra sedosa con el que a veces mi madre rellenaba las almohadas. Fueron momentos crudos que me hacían revivir alguna mañana en la que salimos a caminar y a barrer las hojarascas reseca en Portacelli, apilarlas para encenderles fuego y que espantaran los insectos.

“Y más me afligía porque nunca llegaba el pedido solicitado en la carta al Niño Dios. Era un regalo dividido en cuatro, una bicicleta, un par de patines, una casita de muñecas, etc., mientras cada primo recibía lo pedido individualmente. Así aprendí a ser desprendida de las cosas materiales y a cuidar lo poco que tenía. No había manera. El fin de año, cada miembro de la familia materna preparaba un plato de comida y la brindábamos en una mesa de diez puestos, la misma de los

fritos, decorada con frutas y flores. Ese año no bailé con mi tía Doris, pero analicé con minucia cómo se iban enardeciendo y alterando los sentidos para arrancar en llanto. "...faltan cinco pa'las doce, el año va terminar...", los pitos deambulan, asciende la alerta de su grito, ¡uaaaaaaAAAAA...! y mi tía, vestida por completo de amarillo, salía corriendo con las maletas a dar la vuelta a la manzana por agüero.

"Estuve varios días deprimida y nadie se percataba de la melancolía que deterioraba mi estado de ánimo. Mi decepción crecía, pasaba acostada en la cama, me arropaba para llorar sin consuelo y sólo pensaba que la solución al mal comportamiento de mi padre era la muerte. Que Dios se lo llevara como castigo. Nada puede cambiarlo. Tan sólo si Dios lo ordena y él lo desea. ¿Cómo se explica que los malos vivan tanto y los buenos mueran temprano? ¿Por qué la vida es así? Se nace, se crece, se reproduce y se muere. No tenemos tanto tiempo, aunque parezca. La inmortalidad no es humana, supone la vida eterna y no se puede evadir a la muerte, pero ¿por qué por anticipado?, mientras los que hacen daño ni siquiera la piensan ni le temen. La muerte es una especie de justicia divina, ya que la humana no puede equilibrar la balanza. Esa misma tarde, luego que mi padre se fuera al trabajo, llegó mi madre con un camión, desocupamos la casa rumbo a La Floresta, las cinco mujeres solas. ¿Qué hizo esta vez? No sé, pero ¿para qué tanto show, si vamos a regresar? Dicen que él se iba llorando a donde sus hermanas que lo recogían y le cantaleteaban. Mi abuela Eloísa ya no estaba para darle su tatequieto.

“¿Hay que tener fe en el arrepentimiento que no se ve? Mi papá, que ya conocía la debilidad de mi madre, empezaba la labor de convencimiento. Intenso, pasaba a diario a saludarnos. Llamaba por teléfono. Tanto se notaba el paran pan pan, que nos invitaba a la playa para un vil chapuzón y de una nos devolvía. El día de mis once años, se puso las pilas y me regaló una torta de hermosa cubierta en pastillaje multicolor y el disco de Fiebre de Sábado por la Noche de John Travolta y Olivia Newton John. La familia materna no lo soportaba, gestos estimados como actos de canalla hipocresía.

“¡Que se me aparezca un ángel!, que algo extraordinario suceda. Quisiera tener esa dichosa gracia. ¡Ups!, si la tengo. ¡En gracia de Dios!

“A veces el negativismo regocija. Es que la redundante soledad, cuando con cadena perpetua recluye al espíritu que clama una salida, puede ser el asesino más alevoso y sedicioso que aconseja emanciparlo del cuerpo en medio de un juicio de autocensura, lento y agónico, que lo condena sin escapatoria a la autodestrucción.

“Me molestaba la procesión de ir a la misa cada domingo, obligadas por la alaraca de nuestra madre que sólo terminaba a media cuadra de la capilla. Nada más para hacernos pasar la vergüenza cuando contestaba Amén fuera de lugar y para orar por una familia feliz. ¡Já! No había más plan. ¡Luces, cámara, acción! Un pedazo de pizza, una fiestecita, un refrigerio, de compras, un cine, eso ¡ni de fundas! En cambio, el bendito arroz con frijol o garbanzos, el vomitivo higadete cocinado con la víscera en pedazos más cerdo guisado si se quiere, con cebolla, ajíes y tomates

partidos, le agregaba caldo de huesos, plátanos maduros y verdes cortados a lo largo y luego en trozos, previamente lavados con agua de limón y raspados, y se le agrega agua de coco. ¡Qué asco!, y de vez en cuando, íbamos a la playa, pero en bus, el taxi era un lujo, con caldero abordo y de vainas, faltaban el jabón y el estropajo, o ¿será que olvidé estos importantes detalles?

“Y por ese dicho que dice ‘viva el día como si fuera el último’, mi madre se inventó la propuesta de que mi padre se profesionalizara. Empezó en la U, pero para el momento, ya mi madre Piedad había sido iluminada y en definitiva se separó legalmente. Otra mujercita mayor que él, por aquello del complejo de Edipo, pasaba por la esquina de la calle de La Floresta para esperarlo con la excusa de ir camino a la residencia del hermano. Por sus afanes de conquistar al joven galán, se lo sacó a vivir, pero exigiéndole, en voz baja, la línea de teléfono de la casa, las pinturas y el intocable equipo de sonido. ¡Hombre!, le tocaba poner algo suyo para equipar el nuevo nido de amor. Con los días, a la pobre, le cayó en la cara su propio escupitajo. Bebió su propia medicina. Para rematar, le salió el tiro por la culata. No es lo que entra por la boca lo que contamina al hombre, más lo que sale de ella lo pronuncia su corazón. Sabiduría Divina. El hombre encontraba en cada esquina féminas dispuestas a apachacharlo y a la fulana le tocaba morderse los labios.

“Tralararará, tralá ra rá, tralararará, tralá ra rá..., tarareaba el Danubio Azul en la inminente fecha de mis quince. Veinte de julio. ¡Un sueño!, ¿qué será, qué magia se cumplirá? No ocurriría nada pronosticado. El futuro se labra en el presente, que

se continúa ejecutando mañana. Cuando lo notas, te detienes y miras todo lo que has ganado o perdido, lo que tienes, la vida que construiste día a día. Inconsciente del quehacer diario, miras atrás y visualizas el largo trecho que vienes zanjando, las piedras que vas tropezando y tirando fuera de éste, los huecos que saltaste o que, con tacto o imprudencia, cruzaste. Una travesía de crecimiento y aprendizaje. Entonces, como para mi festejo no había money, y sin amigos del colegio porque para el veinte de julio siempre estaba en vacaciones de mitad del año, no había visaje de agasajo ni ná que ná”.

Mónica le pedía a su padre, desde semanas atrás y con insistencia, que le regalara para ese día un simple par de zapatos con taconcito. Tan solo eso, ya que él se negaba a organizarle una reunión porque de pronto se le dañaba su equipo de sonido Pioner de cuatro parlantes con amplificador y tornamesa. Hasta que un viernes antes de ese viernes se los entregó.

Zapatillas rojas de charol con un lazo en el empeine. Complacida, Mónica se los mostró a su amiga Magdalena quien no tuvo regalo de cumpleaños, pero se alegró por el detalle. Su madre, parrandera y desparpajada, para celebrar el de la Magdalena se la llevó a La Boquilla disque para festejar en un quiosco de palma de mala muerte con un grupo de comerciantes borrachines, con la decoración adicional de latas de cerveza y botellas de ron vacías, los chonchos callejeros y los pelaos lombricientos y pipones del sector.

Estando en la playa de los devastados cimarrones, Magda se pilló al padre de Mónica con otra hembra que lucía unos zapatos iguales. La fufurufa se le sentaba

en las piernas a José Donaldo, feliz y contenta luciendo orgullosa el gemelo regalo. Le fue duro conocer la mala noticia que Magdalena le dio como pésame porque la connotada imagen de ídolo se rasgaba más rápido.

Desde niña, Mónica soñaba hasta despierta con esta dulce edad y escribe en su diario la fiesta con la que siempre soñó para no olvidarla.

“A las seis de la tarde se da apertura a la fiesta de quince con la celebración de la Eucaristía en la Iglesia Santa Cruz de Manga, donde me bautizaron. La parroquia de gigantes columnas estucadas y esmaltadas en oro, candelabros de pie con cirios dorados e incienso de violetas, colocados a la entrada de cada fila de banquetas en madera natural, estaban adornadas también con un ramito de violas rosa y púrpura de corazón amarillo como el de todas las de su clase, amarrado en cintas doradas. Con mi padre de lazo, ingreso al templo luciendo engreída una sutil corona en plata con quince piedras alusivas a la celebración, suelta mi cabellera larga y lacia, rubio claro, de puntas enroscadas que tanteaban el principio del vuelo del faldón empojado. Ando lento por la calle de honor para poder lucir, adecuadamente, mi vestido vaporoso en organza cristal, rosa pálido, de hombros descubiertos, corte de princesa, con corsé recamado en Murano y brillantes esparcidos en el amplio pollerón.

“Los feligreses aplauden con entusiasmo. Mi padre me deja delante del altar y me posesiono de un sillón de cedro y espaldar abullonado en terciopelo mostaza, de patas cabrioladas con garra de tres uñas, ubicado perpendicular a los pies clavados al Crucifijo. La familia y los invitados posan conmigo para que el

cuboflash de las Kodak Instamatic disparen al estrellato la ocasión, con los cuatro registros de imágenes, uno por giro sobre su eje, rotando automáticamente noventa grados tras cada exposición.

“Durante el rito religioso de la Luz, mi hermana Daisy, acompañada por la guitarra, cantaba alabanzas al Señor y comparto la luz de mi vela dorada con mis padres, la familia y amigos presentes, simbolizando la misión de la mujer en los distintos roles que debo asumir ante la sociedad y Dios. Concluye la misa dirigida por un sacerdote haitiano, de visita en la ciudad, haciendo una ofrenda floral a la Virgen María. Ya en el salón de baile del Club Cartagena de Indias soy presentada en sociedad. Desciendo por las escaleras de ensueño cubiertas por pétalos de rosas rosadas y blancas, de tramo abanicado, peldaños anchos y ligeros, huella amplia y de descansada contrahuella pequeña, permitiendo deslizarme con elegancia y sofisticación, y, con seguridad, deslizar por el pasamanos el guante de seda blanco hasta tocar la voluta o bucle espiral del tramo final escalonado que, al ser ligero, me arroja al salón de baile, sin apuros ni cansancios, con todo el glamour y la suavidad del caso. Allí me esperan dos chambelanes haciéndome la venia, y mientras uno de ellos me sostiene la mano, mi padre hace el cambio de las zapatillas de piso por las de tacón puntilla, me coloca el anillo de brillantes y un hilo de oro blanco al cuello con un dije minúsculo. El edecán que secunda soporta las copas de vino espumoso de manzana para brindar a mi salud. ¡Chin, chin! La sala está invadida por el dulce y cautivador aroma de las violetas, al igual que lo estuvo el templo.” Ahora sí. “Tra la ra ra rá, tralá ra rá,... el baile de salón por excelencia. Por diez minutos el tiempo de vals, un paso por cada compás, espalda

recta, sin mover ni hombros, ni cadera ni brazos, pose erguida, la mano derecha del caballero se sitúa en la espalda de la dama, posa la izquierda estirada para sostener la derecha de ella. Bailé en vaivén, un paso adelante y otro atrás, en círculos con mi padre, mis tíos, mis primos y mis amigos. Los chambelanes siguen lanzando románticos pétalos hasta que mi padre le cede el turno a uno de ellos, que termina siendo el príncipe.” ¡Ya quisiera! “Un príncipe azul, vestido de esmoquin y camisa blanca con fajín y corbatín satinados rosa y zapatos capricho punta blanca y centro caramelo. Él me toma de la mano con delicadeza y se inclina un tanto ante mi presencia. La corte de catorce chicas y chicos nos siguen los pasos a mí y a mi parejo. La coreografía que practicamos desde hace varios meses la ponemos en práctica. *Mmmm, mmmm, no hay duda ya, mmmm, esto es amor. Es todo cuánto yo soñé, canción sutil, mmmm, esto es amor, aroma de Azar y Jazmín. Fragancias mil, mmmm, esto es amor, elixir de la ensoñación, este es el milagro aquel, que tanto yo soñé. Mmmm, mmmm, esto es amor.* Durante el minuto veintiocho segundos de la pausada pieza de vals, que también bailó La Cenicienta cuando se flechó con su príncipe, siento levitar hasta las nubes de algodón plasmadas en el mosaico del cielo raso agraciado por serafines que tocan sus liras y arpas, por los sabios querubines que custodian a la Creación y transmiten su energía cósmica, y por los Tronos que tiran de sus coches de fuego acoplado al nirvana con este planeta. ¡Qué euforia, tengo las alas del amor y puedo volar!!!! Pienso. Cuando el impulso se detiene, un toque frío en la frente. El beso de mi abuela Eloísa. ¡Gracias, gracias! Y le envío un poderoso abrazo intangible y hacemos la venia. Todos aplauden conmovidos por el momento

celestial que han presenciado. Luego, la sesión de fotos y la firma del libro de invitados que son más de cien. La orquesta de Los Melódicos abre la pista de baile. Alejandro Durán le sigue al toque con su poética Plegaria Vallenata, al son de la caja y la guacharaca que acompañan la caricia de su pedazo de acordeón donde tiene el alma suya que desahoga en cada japa, oa, sabroso! Durante la cena, el tocadiscos con La Familia André, y de postre los merengues de Wilfrido Vargas; Milly, Jocelyn y Los Vecinos, y Las Chicas del Can. Flash, flash, flash, destellos del recuerdo, flash, flash.

“El buffet se sirve con generosidad y está presentado en catorce estaciones como las del Viacrucis. La primera tiene una fuente plástica transparente para el lavatorio de manos con servilletas de tela para secarse, predispuesta a la fase, compuesta por dos estaciones donde se colocan suficientes bandejas, platos hondos y llanos para el servicio. Los cubiertos están repartidos en las quince mesas con manteles rosa y servilletas blancas. Estas tres paradas están un tanto distantes de las once que restan. La cuarta y quinta estaciones, con sus mesas redondas, tienen en su centro dos samovares con su infiernillo para conservar caliente los consomé de pollo, carne y trifásico de cerdo, costillas y menudencias. Las bases sexta, séptima, octava y novena contienen comida árabe y fritos con salsas en ajíes, suero, guacamole; carnes de res en posta, negrita y puyada; cerdo agridulce y pollo guisado; filetes de róbalo, tilapia y sábalo, gratinados, al ajillo y bañados en salsa marinera de camarones y caracol. Las décima y undécima son las de los arroces a base de coco blanco, frito y con frijolito negro; y de ajo y verduras. La duodécima, de ensaladas repartidas en dos bandejas, una

de papa, mayonesa, con manzanas verdes y rojas picadas, cebollas, arvejas, y, la segunda, de rodajas de remolacha, zanahoria, tomates, habichuelas, aderezadas en aceite de oliva y cilantro picado. Los postres cartageneros están en la décima tercera estación, seguida por el puesto exclusivo, decorado con un mantel de bijao, en la que reposa la bandeja con plátanos en tentación, panela, canela, Kola Román y clavitos de olor, preparada especialmente por la abuela Isabel. La décima cuarta, es la que celebra y simboliza el evento con el impetuoso pastel. Para el momento del feliz cumpleaños, unos comen sin reparos, otros bailan y, casi a la partida, la repartición a la mesa del pudín moldeado en cinco pétalos cada piso, de igual proporción, cubiertos en chocolate, escalados en espiral por una torneada hiedra que resulta de grama en la que corona la princesa vestida en réplica con mi traje rosa, de brazos abiertos recibiendo las energías del universo como cuando el astro mayor mira a la galaxia y despliega la tibieza de los suyos que conquistan el horizonte de este planeta, y luego salen de su escondite preferido detrás de las montañas como un crepúsculo matutino. Un dar y un recibir. ¡Uy! Y hay lluvia de regalos y el viaje a Europa por barco”.

Un sueño recurrente por el lujo de detalles fríamente calculados por Mónica. Soñar es simple, ilusión nada más. La realidad despierta para desconchinflar a la fantasía. El único espacio donde se es feliz por siempre. Un instante que parece durar toda la vida. Mónica sigue en el diario contando sobre el quinceañero, pero esta vez el real.

“Mi padre advirtió: ¡NO FIESTA!

“Mamá aprovechó los viáticos para un congreso del ICBF en Santa Marta para alejarme de la negativa. Y allá recibí la llegada del día soñado, estando hospedadas en Onda de Mar en El Rodadero. Mientras dormía en una colchoneta, fui acosada por una alborada de reflejos febriles escapados de una romería de parafinas incoloras, así como alabada por la madura interpretación de una serenata con propósito. *Apaguen la luz porque van sin luz estas nochecitas y en la oscuridad con seguridad se oyen más bonitas, todas te cantamos te felicitamos en este tu día, todas cantaremos todas bailaremos viva la alegría...* Y esa, esa, la alegría, era preciso la flama apagada en mi corta vida. Tras este asalto peregrino, sólo abrí los ojos que se tragaron sus lágrimas y les dije a regañadientes ¡gracias!

“De retorno a casa en La Floresta, mi abuela Isabel, desafiando el autoritarismo impuesto, se apareció con un pudín tajado con sabor a vainilla de la tienda El Imán. Era la torta preferida del abuelo Pablo que cada día comía como postre con una helada Naranja Postobón, después del desabrido almuerzo del que cada día refunfuñaba. Por eso, discutía con la abuela, acérrima amiga de la sal. Mis compañeros del colegio, que no sé cómo los contactó, fueron llenando la sala. Y sobre mi cama, una vez más al ruedo, el reciclado vestido de mi tía Doris. Sí, el que una vez fue de mi primera comunión y ahora, emparapetado, era el de mis quince. Esta vez, su diseño constaba de un canesú en dos tonos, satín rosa y un trozo de velo blanco, al que se sujetaba la bendecida falda plisada que fue recortada y aquel tramo, que de las rodilla llegaba a la media pierna, ya no a los tobillos, sirvió para las mangas y el cuello, sujetos al romántico dorso ceñido al cuerpo. Mi padre al analizar tanta pompa, ¡já!, no le quedó más remedio que sacar

de la sala a la terraza las dos mecedoras, solicitarle a los vecinos unas sillas plásticas, rodar la tele y prender él mismo el equipo de sonido. Bailamos el disco del vals que prestó Gerardo. La palidez de mi rostro emparejaba con la seriedad y la escasa sonrisa. Parecía hermana de cucarachita Martínez. A duras penas, usé un rubor rosado blancuzco que compré en la tienda que se difuminaba desfavorablemente con mi tez morena, pues no quería volver a usar la conchita de remolacha para maquillar mis mejillas. Sí, cambié de apariencia con el pintalabios rosado pálido, más el recorte de la china a media frente, más el largo y el ancho de mi cabello esponjoso a medio cuello, pues no tuve champú ni rinse para lavarlo y traté de amansarlo con un poco de crema para el cuerpo que me quedaba de un cojincito gratis que tomé de una revista ajena. De todas maneras, mi padre aceptó de sumiso el reto y se lució entregándome una tierna argolla de oro blanco con cinco brillantes.

“Allí estuvo Juan de Dios. Cuando mi padre dio ciertas vueltas acordes al giro lerdito del acetato, me pasó a otro compañero presente y éste a otro, hasta que me tocó con el mono Juan. Un joven juicioso y bonito, con los ojos, la nariz, las orejas y la boca, bien puestas en su cara. Hermanos y semejantes en el nombre de Dios. Cuando estuvimos en quinto de primaria, con diez años, competimos por el salón en un concurso de español, geografía y biología, y no le dejé despegar una sola estrella del tablero con la pregunta al respaldo que yo respondí. Él tenía fama de inteligente y yo de tímida, que debía reivindicarme. Adelaida, la estudiante más vieja del salón, alta, formada, de cabello negro, de ochenta centímetros de extensión y de cejas encontradas como las de Beto en Plaza Sésamo, andaba

revoloteándole a cada paso y estrilaba si al Juanito alguna juancha le miraba de reojo. Cabellos largos, ideas cortas. De las ciento cincuenta mil hebras que puede tener una persona en la cabeza, ella tendría todavía más, o quizá los cincuenta o cien que caen al día, tres mil al mes, la hacen parecer que de tonta no tiene un pelo, aún cuando cada cabeza es un mundo que se renueva totalmente a los cuatro años, en el caso de la cabellera.

“Durante el recreo, me sentaba en la cúspide de la loma de Comfenalco en la sede de primaria, y me rodaba en volatines hasta la parte de abajo. Por intervalos, me detenía a pensar en el retorno al salón. Caminaba despacio cuando sonaba el timbre. Me deslizaba por las paredes del pasillo, dudando llegar. Abría la doble puerta de madera en pintura de aceite verde biche, y la emboscada. Caía al piso, en la base de la montaña humana, magullada. Gota a gota se rebosó el vaso. Al levantarme, lloriqueaba. No quería ir a clases. A las nueve de la mañana, vi aparecer el croquis de un grandulón en contraluz. Mi padre me vislumbró con su radar. Hacía un rato, Rubén, sentado frente a mi puesto en nuestro grupo de seis compañeros, me enseñó con engaños su pipiolo pajarito bajo la mesa. ¡Zap!, zumbó un reglazo de la profe que le quedó tatuado en la mano porque de haberlo hecho en el desvergonzado pipí le calificarían de maltratadora. Qué tal el remedo de hombre. Cada día, llegada la hora del berroche, las bolitas de papel me caían todas a mí. Cada día, estaba la pájara pinta sentada la, la, la, la, lá... ¡Ay Dios!, ¿cuándo veré a mi amor? ...dame un besito que a mí me toca. ...porque te quiero a ¡ti! Y todos los índices apuntaban a mí, acribillándome. ¡Ay Dios, cuánto acoso! Y sin que ella les mencione lo que sufre a la hora del arroz con leche me quiero

casar, el hijo del conde se queda atrás, con esta sí con esta no, con esta señorita me caso yo. Papá con su impecable sonrisa diabólica de chapa pulida, se sentó ridículo en una sillita verde manzana de madera donde le cabía media nalga y advirtió ‘¡Ay de quien me vuelva a tocar a mi hija!’ ¡Pum! Golpeó la mesita verde limón como poniendo un punto final. ‘¡liisshhh,’ chuparon sus dientes, ‘miércoles!’, el coro celestial. Los niños de la embestida mordieron el anzuelo, guardaron su trinche y escondieron la cola. Fue tan inmenso el susto que las exclamativas cejas semipobladas de los angelitos caídos nivelaron instantáneas su reposo. Entre diablos no se pisan el rabo. Ellos se entienden. Las diarias pescas milagrosas se detuvieron por completo. Cuando se trata de defender lo suyo y en serio, ahí está mi papá. ¡Muaaaa!

“Meses después de la gloriosa fiesta de mis quince años, una tarde cualquiera, Juan de Dios me llamó por teléfono. El aparato de disco en ocre, recién instalado, estaba en el tocador blanco de mi habitación. Por primera vez escuché su sonido. Trilín, trilín, trilín... ¿Quién le daría el número? Contesto a la menuda voz y empiezo a enrollarme y desenrollarme en el cable entorchado, mirándome con picardía me di un beso a través del espejo, picante que revelaba el despertar de la mojigatería de mi lunar en la mejilla derecha. Elegante emoción. Me senté en el piso arrecostada a la cómoda, esperando que mi pretendiente musitara alguna palabra y... BUM, bum, BUM, bum, BUM, bum. Los pómulos contraídos, en stop. BUM, bum, BUM, bum, BUM, bum. -¿Quieres ser mi novia? -Ufff, inspiré. Uhmm... Sí. Chao. Colgó.

“Ahora la que chupaba dientes era yo. ¿Cómo le digo a mi papá? Las manos húmedas de sudor, -¡Oops!, ¡ay!, ¡si yo no sé besar! ¡Cómo hago para decirle que mejor no! Tomé mi puño y apunté mi boca apretada al nódulo del índice como si chupara un mamón. Y después me encerré en el baño y me puse a practicar pegada al espejo del gabinete. Empecé a entrenar.

“Cuatro años de noviazgo, de la casa al colegio del colegio a la casa. Y resultó que para un medio hombre corriente, por eso de la edad, una medio mujer con aspiraciones de conocer, experimentar y hastiada por la monotonía pasa por interesada. ¿Pero es que acaso el ser humano es una flor del campo? ¿Para qué se tomó Dios el trabajito de hacer el mundo en siete días, si no lo van a conocer?”.

Mónica se sentía atiborrada de la rutina y de los incisivos deseos propios del desarrollo físico masculino y de su consecuente e intensa actividad hormonal. A ella no le sabía placentero, ya que carecía de actitudes para el ejercicio de la procreación y sus símiles, y, entonces, decidió finiquitar el convenio. No era el momento para tanto compromiso.

“Después del Pre-Icfes, sonó el timbre que finaliza la jornada. Juan de Dios, con su ojo lujurioso, saboreó el voluptuoso trasero de Mónica y le incrustó un pellizco cual fina aguja hipodérmica intramuscular con la pericia de girarla en la jeringuilla para evitar el derrame de la densa solución aceitosa por la presión. ‘¿Sabes qué?, ¡me tienes aburrida!’. Lo zafé con desdén. ‘¡No hables con perencejo, ni sutanejo! ¿Por qué le diste la mano a...? ¡No saludes a tal o cual!’. Juan de Dios me había leído su manual de urbanidad que debía seguir al pie de la letra y que obedecí

pensando que así eran los noviazgos. El mal ejemplo. ¡Man-go-nea-dor-cito el pelao!, ¡Qué horror, niña estúpida! Cada vez me sentía más achicopalada. La ventilación entre los dos era exigua y asfixiante. Faltaba el oxígeno vital para reanimar los tejidos del amor. No había respiración boca a boca que valiera. Lo que cura también mata. El quid está en la dosis que puede aumentar el rendimiento o perecer en los intentos de llegar a la cima de la montaña o de bajar a las entrañas del océano o de volar a una dimensión desconocida. Sí, tocaba abrir llave de suministro del tratamiento de la hipoxia cíclica para evitar que la abrupta baja concentración de aire acabe decolorando la sangre en azul. Cianótica, al borde de un paro cardiorespiratorio, abandonó el empeño de creer que Juan de Dios era un príncipe azul de carne y hueso. Las esclusas de la tortura se iban comprimiendo. Atestada por el instintivo egoísmo secuela de los celos, de extrañar el juego extrovertido con nuestros amigos de los que desconfiaba, a los que Juan de Dios de hipócrita no toleraba cerca de mí. Abrió dos vertientes distantes, la de la fastidiosa experimentación sexual e incontrolable del varón y la de la necesidad de las hembras por el apego a las emociones, sentimientos, de organizar proyectos y plantearse un futuro. Harta de un drama teatral apasionado, empalagada de tanta acomplexada melosería que me impedía descubrir el mundo, sumado al ejemplo en casa, tanto que ahora, a mis cuarenta años, no tengo en mente, siquiera, cómo pudo haber sido ese disque eterno primer beso que tanto me preocupó. Empalagoso supongo. Se acabó la era de otro hombre que quería que fuera invisible para la sociedad”.

Y ahora Mónica echa el cuento. Cero y van dos.

“Escribí poemas, más versos y exploré la visión del pintor que ve más allá del color aparente, que dibuja luces y sombras para dar la sensación de volumen a las imágenes que para el vulgo son planas. Descubrí que no hay otra parte del mundo, sino la misma o la que te permite ver el anverso, la misma que te permite ver la cursilería del enamoramiento perecedero, de los anhelos, de la esquila, del llavero, la mismita que te impide que veas en el reverso, la verdad del solapado y manipulador niño bueno que obnubila por la aparente boñachería, tan igual a la mentira del hombre rucho, viejo, acostumbrado a las mañas de la supervivencia en la vasta selva. Los individuos integrantes de las masas prefieren ir con la corriente filosófica machista y no cuestionarla. Para qué llevar la contraria. El salmón es único en su especie, aunque sabe que al final del río lo espera la muerte. Lo que sé, y no porque lo recuerde, es que ese primer beso le tuvo que costar mucho esfuerzo. El hierro en la interperie se oxida. ¡Uhm!, un cable por muy recubierto, pela el cobre.

“Pedazos de vida caen como pisquitas en invierno. Plástico cielo voluble como árido instante, tiempo ambulante, relegando al infinito un existir inaudito e ignorado. Rutina. Un poema a la soledad escrito por Mónica a sus quince años. Una paradójica nevada, en plena Costa Atlántica. Esta sensación de frío en clima caliente le desencadenó la percepción de la margarita sin aroma, del día sin sol, del cuerpo sin alma, del mar sin sal, de un cielo sin nubes, de árboles sin hojas, de la vida sin sentido. En la cuneta de La Floresta, al fondo de la calle, Mónica llegó a tirar piedrillas a los gusarapos para atemperar la mente. Cualquier situación le servía de excusa para escribir en el diario. Escribía poemas al amor iluso, a la

decepción. Buscaba identidad. Buscaba entender el fundamento de la existencia. Análisis que no leían sus padres. Textos empíricos a los que por la cadencia musical de la rima básica denominó poesía. En la edad de la fantasía, de cierto escribía tratando de resolver en equilibrio, las injusticias y la imperfección. ¿Dónde estarán sus padres? Elaboró la hipótesis que sentenció que el espíritu del mundo es la música, que la vida respira poemas y que cuando cesa el sonido se recrucece y congela el aliento.

“La soledad se aferró a mi corazón. Me hice amiga del silencio. Resolví refugiarme en la compañía de la familia de mis amigas heterogéneas y disímiles. Cada una de ellas representaba un componente, una característica de mi retraída personalidad. Eran piezas que, juntas, armaban un rompecabezas bautizado Mónica Engracia de Dios”.

-Píp, píp, píiiiiiiiiiiii... Miranda llegó en la Pasola blanca, cachenchá, bastante tra-cu-tea-da que ya la batería decaía del cansancio. Esta moto se la regaló su padre gruñón de quince, hace dos años.

-¡Mónica, imagínateeee! Hice chú chú.

-¿Eso qué es? Y cuándo cae en cuenta se exalta, ¿Cóómo? ¿Te arde, te duele, te pica? ¿Te pusiste un cote para que no te manches?

-¡Delicioso!, ¿y para qué toalla sanitaria?, ¿tenía que sangrar? Sentí una leve incomodidad, una desazón al comienzo, pero después se me pasó.

-¿Pero cómo así? ¿Qué vas a decir cuando te cases? Mónica pensó en la vergüenza que ella en lugar de Miranda sentiría al desnudarse delante de otro. ¡Si quedas embarazada te toca casarte!

-No creo, ¡estaría muy de malas!, dijo segura.

A lo largo de la tarde, Miranda le cuchicheó los pormenores. Había moros en la costa. Mónica conocía un pene porque de pequeña y sin tapujos se duchó varias veces con su padre. Este tabú de la sociedad para ella era normal, sin aspavientos, y quizá, por eso, la sexualidad no excitaba su curiosidad, pues nunca asoció la genitalidad con el baño con su papá ni sus escasas lecturas, tanto así, que era la primera vez que hablaba en detalle sobre el coito. Subimos a la casa y en el estante enrostrado con la consigna altanera de NO SE PRESTAN LIBROS, NO JODAN, buscamos el texto de comportamiento y salud que hacía rato habíamos estudiado con el profe Anastasio para repasar y comparar la experiencia de Miranda con lo ahí normado. En esa época, por mucha creatividad que tuvieran, no podían concluir que esa tripa bigotuda y fea produjera gozo.

Mónica ya era un pimpollo. Exótica. ¡Qué bollazo! Joven de diecisiete años, estatura mediana, cabello castaño claro con visos dorados naturales que degradaban en terminaciones rubias onduladas. Tan indio su pelaje como sus indios ojos esmeraldas tallados en octogonal cual piedra preciosa redondeada que merece este pulido cuidado por su variable tonalidad verde transparente que cambia a matices aceituna, avellana, parda, café, ámbar, entre las gamas del marrón al color esperanza, de acuerdo al estado de ánimo, a la ropa, al claroscuro

del paisaje y, a la piel mestiza y bronceada de Mónica, modelada por la arena eólica en arenisca sedimentaria erigida por miles de gránulos emigrados a Cartagena desde el desierto de la Guajira que, árido y sediento, se sirve de beber de las olas del Cabo de la Vela en el Mar Caribe. Herencia de los abuelos paternos. Las ventanas del espíritu de Mónica legadas de la baja concentración de melanina en la parte anterior del iris, resultante de los ojazos azules del cartagenero don Benito sucedidos por su madre Engracia, a través de los que miraba absorto a Moniquita, combinados con la densidad de la pigmentación detrás del iris de los rasgados café oscuro de la orgullosa palenquera abuela Eloísa. Con el aporte genético de los abuelos Pablo e Isabel, parientes del cacique Yurbaco.

Ahí está la raza mestiza y morena fisonomía de la Mónica. Sea su piel del color que sea, por sus venas corre sangre india y esclava. Su figura corporal era la prueba fehaciente de las leyes físicas, la de la fuerza del equilibrio de las masas, de la gravedad y de la compensación. Sus caderas nacían paralelas a los hombros y los senos sobresalían un tanto menos a los glúteos, dos mitades de una naranja sin la celulítica piel, gracias al metabolismo incitado por la ingestión permanente del fruto seco de los árboles hermosos de almendras que martillaba en el bordillo de su casa para sustraer la proteína, aminoácidos, minerales y vitaminas enclaustradas en una sola semilla; y claro está, gracias también al atletismo que practicaba en el colegio que fortalecía la fibra muscular de sus velludos muslos. Serena, reservada, madura, sumisa, disciplinada y seria, distinguida como una joven independiente y sensual, algo alebreste e histriónica

en el baño, despalmada y despistada de la moda y el materialismo, extrovertida y rebelde para sí misma y sus cuántos mejores amigos, la mayoría varones. Su personalidad de sendos contrastes causaba fascinación y antipatía. En la diversidad está el placer. Perfeccionó el carisma del respeto por la diferencia. Sólo le interesaba abandonar el letargo de las peleas intrafamiliares, recuperar ese tiempo desolado malgastado por la ególatra banalidad y no seguir perdiéndolo en criticar los defectos de otros sino aprovechar el presente como si estuviera desahuciada.

Durante un año, el modelaje le ayudó a seguir siendo el florero de centro que se apreciaba sin tocar, con el aviso ¡delicado, frágil!

Miranda se despidió de Mónica sin remordimientos tras analizar el libro académico y básico de iniciación al sexo. Entonces, Mónica bajó pensativa a la cuneta de agua lluvia. Allí retozó bajo el almendro mientras lanzaba chinitas al caño. Glig, glog, glig... Hasta que se descolgaron sus brazos y... la ensoñación. El primer novio significó que sus papilas gustativas sopetearan menjurje de cacho, el mismito que Piedad probó hasta saciarse, y de esa manera Mónica interiorizó lo que es la traición y el abuso de confianza. La amistad es el sentimiento más grande que Juan de Dios, con su nombre tan bien puesto como todas las partes de su cara, no respetó. ¿A quién engañó con su ternura? Pues a Mónica, hasta que ella se dejó, ya que descubrir la disparidad de su apariencia le hizo despreciarlo y entender la diferencia entre el beso por amor, el arte del empático beso y el beso plástico.

El abaniqueo de las hojas del almendro se fundió con el de las palmas de coco que bordeaban el kilómetro de playa en Castillo Grande a donde el profundo y prolongado sopor trasladó a Mónica. La isla de Tierra Bomba era su vigía. Mónica, sentada en la arena gris, armó en tiempo record de dos minutos con cuarenta y ocho segundos un rompecabezas de treinta tres piezas grandes, desconocidas y mágicas que, mientras las ensamblaba, iban develando la silueta de un retrato. Lo mismo que tardó el cofrecito musical en interpretar el instrumental Para Elisa de Beethoven con danzarina clásica. Unos ojos, una nariz y una boca en un halo difuso. Un rostro nuevo nunca visto. La luna descendía para figurar en la noche y las zapatillas de ballet para empeine en punta dura sostenida sobre la pista imantada en la sonata Claro de Luna amenizaban el reflejo de la blanca luz que, desde su cumbre, se estiraba sobre la planicie marina hasta tocar el enigmático pasatiempo resuelto por Mónica. Una voz grave, trémula y opaca que en bajo volumen le dijo “Mónica, mi reina, mi diosa, tranquila lindura, yo te voy a acompañar...”, y ella pensó que el sonido le pertenecía a las serenas olas de ese especial sector y que escuchó mal. “¿Será un ángel?” Sintió un escozor. Una candelilla roja quedó retorcida en el cuello de Mónica y la despertó de la somnolencia. Como en cámara lenta, con un manotazo rápido a la vez, desprendió a la hormiga de su piel y no se alteró su relajada y tranquila sensación. En pie, se sacudió el pantalón. Caminó hasta su casa, mirando extrañada a todos lados buscando un no sé qué no sé dónde y con la impresión de que alguien estaba a su lado.

En diciembre diez de 1986, recibió el grado de bachiller. Mónica sentía cerquita de sí, durante las veinticuatro horas, la presencia del amigo imaginario que le soplabla en la mejilla. Eran los besos de los labios, como mandados a hacer del ángel que descubrió sin saberlo en las playas de Castillo. Ella volteó como mirando la nada, pero ya hacía unos meses que conversaban en la intimidad del sueño. Aún con los cinco sentidos activos, ella tocaba el espacio vacío esbozando su cuerpo con la certeza ciega de que su ángel estaba allí. Salió de su ensimismamiento cuando tropezó la mirada con la de Juan de Dios en la fila de varones y con suavidad y disimulo le torció los ojos. Aún no había superado el peso de la carga que le había impuesto. En el coliseo de Comfenalco, dispuesto para la ceremonia y entrega de los diplomas. Miranda la saludó efusivamente y en medio de su mal genio atenuado por el mimo del romántico ángel, le contó que había sido admitida en el pregrado de artes plásticas de la Universidad Nacional de Colombia. Inhaló y exhaló por su nariz recta, tan vertical como su dueña. ¡Debería darse más respiros!, pues como le indicó su madre Piedad, son ejercicios para moderar los suplicios de la cruz.

Pero siendo el rencor humano, y justificado a veces por la debilidad espiritual, Mónica empezó a recordar...

El cara de niño bueno. Pero tener sexo sí no era perder el tiempo ni pretender vivir rápido la vida. No puedo ni comprar de mi cuenta un chicle en la tienda. Ahora para atreverme a comprar un anticonceptivo o lo que es peor, tener un hijo cuando no puedo con mi alma. ¡No puedo!, ¡no puedo! No puedo perdonarlo tan fácil. Ya

no soy la misma. El sacerdote haitiano me dijo que debía aceptar el perdón de Dios, pues sería retener las motas del pecado lanzadas al mar, que al segundo se extravían absueltas en esa inmensidad, depuradas por el yodo y la sal, dejando de existir. Analogía imposible. La lista negra queda borrada del pasado, de la memoria Divina. Insistir en que las pelusas se mantienen intactas, significaría devolverlas voluntariamente a la orilla desde donde fueron arrojadas. Autoflagelarse. El peor castigo es la remembranza. ¿Cómo se logra el olvido?, ¿cómo puedo evocar mi memoria sin dolor? Comprendiendo el universo espiritual y que la educación en el desarrollo del individuo se proyecta en los actos. Ese entendimiento te llevará a la compasión. ¡Bonita vaina!, yo debo ahora tolerar hasta siempre el peso de sus ansiedades carnales. Y él, como una lechuga. Larín, Larán.

A Mónica el tema del amor de verdad, del matrimonio, el himen y el éxito profesional le atormentaban. La virginidad era asunto privado, pero cuando las amigas le confesaban sus encuentros sexuales le daban un parte de tranquilidad y civilización, aún ignorando los métodos anticonceptivos. Ocurrió cuando Juan de Dios se presentó sin ser invitado a casa de Mónica. Sola dormía plácida con Morfeo, pues el sol del medio día la encandilaba y apenas llegaba, sin almorzar, se rendía a sus brazos. Una cabuya tirada en el piso. Cuando éste apareció, lo atendió en la sala con la vista pesada y en la zalamería de su *modus operandi*, Juan de Dios le propuso que se reclinaran en el sofá cama de la habitación para aprovechar el abanico por el sofoco, y hablar, nada más, sólo descansar junticos, el uno al lado del otro. Ella vestía un conjunto fucsia que odiaba, de cuello

camisero y botones de metal con una falda en canesú fruncida con elástico hasta la cadera seguida de un corto vuelo a la rodilla. Una vez en la litera pegada a la media pared con ventanería y cortinas abiertas, se le fue echando encima para acostarla. Entre picos y cosquillitas, y el sudor que le corría a chorros a Juan de Dios, se le montó, se abrió la bragueta e intentó penetrarla. Mónica se negó y forcejeó, lloró por la presión hacia abajo que ejercía el otro y sintió como si el filo de una hoja la hubiera cortado. Ella lo tiró a un lado y él se levantó disque apenado y más sofocado. En la tanga quedó la minúscula mancha roja de la leve herida. Esa ardiente herida jamás se la perdonó. Y ahora, con menos razón, le interesaba el tema que Juan de Dios expió con ella. Él se lavó las manos sin estar saciado y Mónica lo zafó. No era el momento ni la edad. No estaba preparada psicológicamente. No lo deseaba tampoco.

Para el grado de bachiller, Mónica vistió otra remonta de la tía Doris. Piedad sólo le bordó unos canutillos en el pecho y con un retazo de organza cristal le hizo un lazo y listo, salió para pintura.

Pasaron dos años de estudios en Bogotá en los que Mónica compartía con su ángel. Lo llamaba por su nombre: Gustavo. Según sus sueños, era un hombre de uno setenta de estatura, grueso, de pelo en pecho, brazos y piernas. Sonriente y comprensivo. De manos temblorosas y voz vacilante. Mónica había escrito en su diario: "Creo que mi ángel me ama, como yo a él. Somos almas gemelas. ¿Seré de su tipo? Quizá en algún temerario sueño pasó de gancho con una mujer mayor que él, y así, desfiló con varias pegado a las polleras. Mi ángel estuvo alguna vez

en la tierra y en las compañeras que escogía, pienso que pudo haber estado centrada su falencia, su karma, las carencias, su frustración, su complejo maternal. ¿Cómo resolvería que me lo envió Dios para mi protección? Nos hallábamos en cada sueño, y nos fundíamos en un beso que escarbaba más besos sin final, eran fuente inagotable de agua fresca, para mí, conmigo, endulzándome la boca salada. Bailamos como un torbellino sin parar, me miraba a los ojos con calidez del atardecer en Castillo, hasta llorar, me tomaba temblando de la mano pensando en no lastimarme y cenábamos. ¿Tal vez, humm?, ¡jarroz con pollo! ¡Pero los seres alados no comen!, o ¿son vegetarianos?”.

En el mundo, en este plano y en el que exista más allá, solo eran dos. Mónica y su ángel Gustavo. Un caballeroso ángel que se alimentaba sólo de besos y abrazos invisibles. De la alegría y no de la deslealtad. De esa forma la protegía. Pero Mónica quería tocar lo intangible. Palparlo, pero no pudo esperar más. Sólo pudo soportar la distancia del ángel Gustavo por un año. Se pregunta Mónica: “Y sí regreso a la playa, a nuestro lugar”. Mónica se trasladó a la Universidad del Atlántico en Barranquilla para terminar su carrera. Ese año no sólo perdió al ángel, sino la caja de poemas. Se salvaron la cajita musical y el diario donde seguía escribiendo.

“Ilusión, ilusión, fui a la playa y estaba vacua, sucia. Las olas devolvían la mugre que uno arroja para el olvido. Extraño los besos de mi ángel, su labio superior era la silueta de las sonreídas alas de una gaviota planeando para aterrizar en la planicie de su labio inferior. Preferiría ser un ave y no un animal rastrero. Su

mirada risueña y de miel hacía titilar la mía que escurría una gota tibia de lágrima. Y cuando estos dos eventos se concretaban, los astros volteaban a vernos trascender. Sublime... Pero busqué en lo más hondo de mis sueños y Gus no dejó rastro. ¿Qué le ahuyentó?

“Meses después, viajé de la Arenosa para el cumpleaños de mi tía Doris e ir al Bando con ella para celebrarlo. *LIBERTADDD, libertaddd, la fe con ardor, grito*ooo. *Y en un once de noviembre, fue la heroica Cartagena, quien del yugo las cadenas, cual leona, fiera destrozó. Independencia de la corona española.* Cuando canto este himno se me envalentona el pecho. Instaladas en las murallas como palco para criticar los moretones de recientes cirugías plásticas en las reinas de belleza. Fausto, un hombre vestido de negro, con su vaso de güisqui en las rocas que meneaba como sonajero de serpiente cascabel mientras en alerta máxima caza a la presa, esa era yo. Sostenía el vaso desde el borde superior, descolgado, con chabacanería. Amable, caminó hasta mi presencia y sin consentirlo, le pidió permiso a mi tía para poder conversar conmigo. Paso siguiente, me dio su mano y por cortesía le devolví el saludo. Se sentó a mi lado y con una mueca rígida en el rostro para agradar, complementada con el fulgor helado e hipnótico de su vista telescópica, deslizó su lengua remarcando los labios para recoger los residuos de cebada malteada envejecida en barricas de roble contenidas en el legendario alcohol escocés. Desprevenidamente mencioné sobre el fogaje, me eché fresco con el abanico de cartón que regaló aguardiente Tres Esquinas, y ni se inmutó.

Sordo como la víbora, en estado de inercia, después de degustar las partículas aéreas para determinar las características de la presa, inmóvil, de repente, hizo una torsión mecánica e inesperada de su tronco y me miró sin parpadear. ¡Uish, glug! Tragué un grueso de saliva y me dijo: ‘-Me siento cómodo en el calor’. Pues siendo de sangre fría.

“Me gustaría volver a verte.” Dijo asumiendo una postura corporal perfecta. “Eres una joven muy hermosa y tu prudencia al hablar...”, ¡si no dije ni mú!, “...me sugiere que además, eres inteligente y eso me atrae. Deberían bajar a esas muchachas de las carrozas y sin someterte al escarnio público, designarte a ti como la reina de reinas en Colombia. Estás fuera de concurso”. El man era bien jugao, se las sabía todas.

“¡Uishhhh!, me dio escalofríos, se me erizó la piel. Caramba, sí que estuvo preparando los argumentos para engatusar. Me aculilló. ¡Auxiliooooo, papiiiii!, pedía por dentro, pero mi papito lindo quién sabe en qué nido de amor estaría empollando. Hace meses que no lo veo ni por las curvas. No sé qué contestarle a éste. Diecinueve años perdidos, te falta bagaje y malicia indígena pelá. Menos mal que este perrateo se está acabando.

“Mi tía entretenida con el desfile, delante de la silla, con la papayera de los Corraleros de Majagual, bailaba el porro de Culebra Cascabel. *A Cristina le dicen, culebra cascabel, le dicen los muchachos, culebra cascabel...* y no me paraba ni cinco de bolas. No advertía el inminente peligro ante la bacanería del fandango

con trompeta, clarinete, platillos, bombardino, bombo, trombón y la voz del cantaor.

“Antes de dejar al maquiavélico hombre tirado, él me dejó con las ganas de hacerlo a mí, pidiéndome permiso, esta vez a mí, para retirarse por compromisos laborales que nunca mencionó cuáles, ni yo pregunté, ¿para qué?

“Pasaron los días y este episodio quedó rezagado. Después entonces, un ramo de rosas tan rojas que parecían cultivadas en un laboratorio; una botella oscura de exquisito vino tinto, con tapón de corcho largo, etiqueta dorada sellada con Denominación de Origen Calificada, de cepa Merlot y base cóncava; uvas exportadas y manzanas sacadas del cuento de ‘Blancanieves y los siete enanitos’. Una curiosa tarjetita enclavada con un alfiler en el moño de cinta de papel roja que decía: *Estas rosas no logran halagar tu inmensa belleza*, sin firma ni huella digital. Ja, ja, ja. La vaina era seria, los nervios me traicionaban.

“Así siguieron las flores remitidas de Cartagena durante varias semanas. La pensión se vio atiborrada que ya ni se podía caminar. Y ¡plop!, el último envío de flores fue entregado por su emisor. Fausto. Era lo único que conocía de él, su nombre.

Si hasta un Diente de León arrancado de un cagajón de burro o robado del andén vecino es un presente glamoroso para cualquier mujer, sobre todo cuando no está acostumbrada a estos detalles, ante todo cuando son un invernadero completo que no se sabe de dónde viene, y por encima de todo, cuando esa mujer vive en soledad y necesita sentirse querida. O se tiene mucha plata para botar o hay un

interés especial que trasciende la esfera de lo físico, sin restarle valor. Dichas opciones, todas, todas, eran favorables al postor. Mónica sin saber referencias del licitante, le creyó a los esmerados esfuerzos por impresionarla y lo consiguió.

La alarma de la carnívora y letal cascabel sonaba ininterrumpida. ¿Dónde estarán los padres de Mónica? Durante varios meses, Fausto frecuentaba a Mónica en la pensión de Barranquilla y en La Floresta en Cartagena. Diario la llamaba para saber cómo iban las cosas en la universidad y hasta le ponía serenata por teléfono. Marcación hombre a hombre. Cuando se encontraban se sentía orgulloso de las creaciones artísticas de la pintora que, a raíz del prematuro noviazgo a ciegas, se hicieron más intensas. Mónica entrelazaba brochazos de vino tinto, morado, naranja, rosado, azul rey, tejiendo un túnel con un punto demarcando el etéreo infinito. La producción ansiosa denotaba que una corriente de energía escapaba de los dedos por el pincel al lienzo. Cada cuadro lo sentía repetitivo. Un impulso raro que hacía el trabajo a su antojo. Fausto solo requería su mano y el compromiso. Como vivir lo mismo dos veces, pero sin saber el precedente. Paramnesia. Quizá en algún premonitorio sueño que quedó grabado en el inconsciente. Dejavú. ¿Ángel Gustavo, dónde estabas?

La gente ve lo que quiere ver, pero Mónica sólo veía lo que podía y lo que Fausto escogía para mostrar. No se afanaba, le creía a la sugestiva mirada.

Sin embargo, de tan bueno no dan tanto, y en vez de ser ella quien dudara de él, a Fausto le merodeó la incertidumbre, ¿una mujer ingenua a estas alturas del siglo XX? La candidez no existe para quien no la tiene ni la conoce. Esa noche, Fausto

la convidó a salir. Mónica no conocía una discoteca y Fausto reservó en La Escollera de Bocagrande. Él consideró este lugar como el primero que debía visitar. La fregantina de la incredulidad. Mónica lucía radiante para él. Vestida de falda larga con pañuelos blancos y de una blusa manga larga amarrada al ombligo. Su maquillaje era cuidadoso y la hacía sentir como la reina de la que Fausto tanto alardeó. La analizaba de arriba abajo y al poco rato, le dijo que salieran del sitio. Ella contenta por la experiencia, aceptó. Fausto le abrió la puerta del montero Mitsubishi beige de placas RE 5718. Conducía despacio por la avenida del Malecón. En inmediaciones de la iglesia Estrella del Mar en Bocagrande, ante la imponente estatua de la Virgen María, Fausto se detuvo sin explicación. Mónica suponía que iban a apreciar el paisaje desde donde podían ver el cerro de La Popa alumbrado por cientos de casuchas de invasión que la trepaban y, en la lejanía, disimulaban perfecto el estrato. Fausto quebró su sonrisa y se bajó del campero. Abrió la puerta y metió con brusquedad la cabeza entre las piernas de Mónica. La maltrató.

“¿Qué pasa?”, dijo Mónica rompiendo en llanto.

“¿Qué quieres de mí?, expresó tosco y poseído. “¡Esto es lo que quieres de mí!, ¡hummm!” Ni que fuera la única y de oro. “Y la sujetó por el pecho amarrando al puño la blusa. Haló el seguro de la silla que reclinó con fuerza y la violó”.

Mónica no podía respirar. La brisa nocturna era insuficiente para oxigenar los pulmones. Los ojos desorbitados. Aturdido, Fausto se apartó despacio y ella ágil, aprovechó para saltar del andén al mar. Huyendo del horror, caminó sobre las

piedras de la orilla y rendida se sentó. La creciente marea aumentaba el oleaje. Ella se decía sin poder hablar ahogada en sus lágrimas confundidas con la espuma del mar, “¡Quiero morir, no hay en quien confiar!, ¡Dios no existe!” Si Dios existe es el mejor invento creado por la humanidad. “¡Maldita sea mi vida!, este mundo no es para mí”. Fausto terminó de desgarrar la ilusión que había estropeado sutilmente Juan de Dios.

¡Chabacanes! Cero y van tres. Fausto desapareció y Mónica en duelo.

Pasó un mes. Iniciando el segundo y último semestre de artes en 1990 se repitió la avalancha de rosas, pero blancas, injertadas. Mónica nunca supo quién le suministró la dirección. La dueña de la pensión estaba fascinada. Las compañeras de cuarto sin saber qué debía perdonarle Mónica a Fausto, le imploraban que lo hiciera. El último ramo tenía un pequeño cofre negro y en su interior un anillo. ¿De compromiso? Esa media mañana un mariachi entonaba *Perdón, vida de mi vida, si es que te he faltado, perdón, cariñito amado, ángel adorado, dame tu perdón... Ven calma mis angustias con un poco de amor...* Durante la tonada, los mariachis le abrieron paso a Fausto, que se arrodilló. ¿Y dónde estaban los padres de Mónica que ignoraban los padecimientos de la joven? ¿Y por qué no se aparecía además el milagroso ángel Gustavo encargado de llevar el cetro de Dios? ¡Hombe, le tuvo miedo al Diablo en persona! Mónica y su débil capacidad de discernimiento. El machito berreó como un loco y su labia viperina logró conquistar la nobleza de la inexperta. Chil, Chil, la víbora batía la cola. El arte del camuflaje le permitió clavar los colmillos huecos, acanalados y retráctiles para infiltrar la

poción. Las toxinas invadieron el sistema nervioso y sanguíneo de Mónica. Mónica era una niña buena y un malo necesitaba en quién descargar su maldad. ¡Qué pesar!

Ese fin de semana, viajó a La Floresta. Meditabunda y acongojada consigo misma por la reconciliación. Era domingo, en septiembre dos, bajó al caño. Hacía bastante que no lo frecuentaba. Tiró unas cuantas piedritas, cuando Fausto pitó. Llegó corriendo hasta el lugar y para motivarla, le invitó al corregimiento de San Basilio de Palenque, cruzando el puente de Gambote. Él la sedujo con la luz de los ojos. Piedad, sin idea de lo que había, le pidió que se quedara. Entre la espada y la pared, y ante las añejas ganas de ir a la tierra natal de la difunta abuela Eloísa, Mónica se marchó con Fausto y un guía palenquero. Cuando llegaron al único poblado de cimarrones y esclavizados libres sobrevivientes, los sorprendió la danza fúnebre del Lumbalú. Mónica se santiguó con fervor y retomó el pensamiento sobre la muerte. La muerte es una solución radical a los males del mundo. ¿Qué es lo que no cura la muerte?

Dios, impotente ante las decisiones contrarias a sus designios, descargó un torrencial aguacero. Tan menudo era el chis chis del lagrimeo que no se divisaba la carretera, sólo lo que alumbraban las lámparas alógenas del vehículo al paso. El parabrisas no daba abasto porque la tormenta empañaba su labor sin deferencia. ¡Esa era la única manera de salvarla! Demasiado tarde para aplicar la terapia del suero anticrotálico contra la ponzoña y neutralizar los efectos nocivos.

Una fantasmal volqueta detenida a lo largo del camino. Imposible frenar. El impacto fue inminente. Mónica sentada de medio lado, dobló la cintura de tal forma que el pómulo asestó severo y contundente golpe se reventó contra el manubrio de hierro y, como eco al primer movimiento, su cabeza traspasó el panorámico de seguridad, desmoronándose, como después lo haría su corazón. Dios cerró los ojos y rezó. ¿A quién rogó? Oró a Él mismo para perdonarse por la manera que escogió de cancelar el embrujo. Fausto, por instinto de protección o por algún pacto perverso, trató de salirse de la ruta, pero no, chocó de frente. Muy conveniente. El capó se arrugó como la blusa blanca de Mónica en su puño. Ella extrañamente fue la única que casi atraviesa aquel túnel entrelazado de brochazos en tonos fuertes que una vez pintó para familiarizarse con la gruta al immaculado destierro.

Mónica logró descender del vehículo con la ayuda de Fausto. Pidió auxilio a una camioneta descapotada que circulaba y después de tres pasos, se desmayó. Sólo escuchaba a lo lejos, “Vas a estar bien. Tranquila”. La piel tersa de Mónica fue rasgada como tiras de papel. Los polifacéticos ojos de qué color se le verían después de haberle extraído del piso de la órbita derecha una taza de vidrios de seguridad. Casi pierde ese globo ocular derecho. ¡Linda la tuerta Mónica! Los labios resultaron flecos y el tabique de la nariz añicos como el seno maxilar derecho armado con piezas del rompecabezas óseo y cutáneo nada mágico que a ella tanto le gustó. El medio rostro tuvo que ser armado por cuatro especialistas. Los politraumas de la hemifacie derecha, limpieza, desbridamiento o eliminación de tejidos muertos para acelerar la cicatrización, así como las suturas fueron

reconstruidos y realizados por la cirujana plástica y el neurocirujano; la nariz por el otorrino, bajo control del anesthesiólogo del turno de la noche. No sólo perdió la vieja camiseta lila de Azúcar que le prestó Penélope, el tijereteado jean grisáceo bota tubito usado que le regaló Penélope y las abuelitas moradas que fiadas a la vecina Milena, esposa de Gerardo, sino nada más un volumen de litro y medio de sangre y cuatro puntos de glóbulos rojos con niveles muy bajos de transporte de oxígeno en su hemoglobina. Reiterándose el propósito de la ley de la compensación. El hermano a quien visitaba la fulana de su padre, razón por la que ella pasaba cada día por la calle de La Floresta para esperarlo, fue la única persona disponible para donarle el preciado fluido. ¡Oh!, O+. ¿Cómo se explica que dos hermanos de padre y madre sean tan diferentes? El karma sería la razón. Los padres son tan sólo un canal para desembocar al mundo, vestidos de endeble carne y hueso.

“Déjalo, déjalo”, le decía la voz opaca a Mónica, tendida en la sala de cuidados intermedios, después de la intervención quirúrgica que tardó seis horas. Mónica se reponía en un sueño profundo inducido por las drogas en alto flujo.

Luego de casi un mes en el hospital, fue dada de alta. No caminaba, no hablaba por rabia y debido al Tramal y al Fenobarbital para el dolor y las convulsiones, medicamentos que en efecto secundario ocasionaban que la escasa pronunciación fuera pesada e incomprensible, un literal trabalenguas sumado a la tensión de las amarradas rasgaduras cutáneas. Para qué más parla. Con los días, Magdalena la amiga de infancia, logró que la recibiera y de sopetón me mostró

que no plegaba los parpados. ¿Cómo no me había percatado? Ella cumplía con éxito la misión esporádica de darle sin tacto malas noticias. Ave de mal agüero. Dijo haberse encontrado con Fausto y que afanado le señaló unas magulladuras ya sanas en la frente y en los brazos. “¡Claro!, él sufrió más que yo”, pensaba Mónica. Magdalena, estaba embarazada por un expendedor de droga del barrio a donde se mudó de La Floresta y la bruta se sentía afortunada porque el maleante le compraba la pasta dental Colgate, el aceite y jabón de baño Johnson & Johnson y demás elementos de aseo que necesitaba. Dejó de estudiar para dedicarse a mendigarle nimiedades. Ella le contaba de su tragedia con entusiasmo, mientras su tía Doris le cortaba de la cabeza, la mota de cabello pegada en una costra de coágulos de sangre secos, compuesta por las dos mil hebras de pelo que debería mudar en dos años.

Próxima a recibir el título universitario, sumida en el laberinto de la mente, en el encierro, bajo sombra, fumaba a cualquier hora, me embriagaba y renegaba. No aceptaba visitas. Se la pasaba enclaustrada en el baño observando en el espejo las heridas en el duro cordón de piel que las sujetaba, y además, retando con muecas a la parálisis facial que había pasado desapercibida por haber estado ad portas de la muerte. Un pitillo era grueso para su esquelética figura que, de por sí, era delgada.

El matrimonio en apariencia se mantenía en pie. Un contador y una pintora, gran dúo, decía Fausto, pero qué va, se desboronaba el castillo. Sangro durante su primera relación sexual, disque normal, que tuvieron porque ajá, porque pese al

factor curiosidad, no aprendí qué significaba placer y en consecuencia, un orgasmo. La curiosidad mató al gato. ¿Qué más da? “¿Quién me amará con el rostro desfigurado?”, se decía Mónica. Y también porque sí, porque sabía que Fausto perdería el interés en la reina de reinas. No se podía perder la oportunidad.

José Donaldó que estaba en la farándula callejera, menos en su vida, le comentó que durante la cirugía habían fisgoneado dos mujeres que decían tener hijos de Fausto. Que le había escuchado hablar que pagaría un dinero y desaparecería. Y en efecto, cobró un dinero del seguro obligatorio, no cubrió los gastos operatorios y se esfumó.

El día del grado, Fausto reapareció cuando Mónica caminaba para entrar al auditorio. Sacó de su bolsillo un nuevo anillo para ratificar el compromiso. “¿Qué quería de mí si no tengo nada que ofrecer?”, se preguntaba Mónica. Lo perturba la conciencia. Inconmovible, Mónica tomó el anillo y se lo midió en el anular. “Esta porquería ni me gusta, ni me queda”. Lo tiró al pavimento en medio del gentío. Y entonces, revoloteó el ángel Gustavo. “Así es, déjalo ir amor, ya pasó”. Mónica dio media vuelta y siguió adelante. ¿Dónde estaban sus padres? ¿Y ese ángel cobarde? Mónica tampoco los quería cerca. Ya para qué. Los padres son el muro de contención para evitar descarrilarse.

“Por primera vez, vestí nuevo. Lucí un sastre crema con canutillos, mandado a coser a la medida. ¡Señor, si de veras existes, quiero que yo y mi entorno, pierdan la memoria! La esperaban muchas cirugías plásticas reconstructivas...”.

ESPEJISMOS

-¡Ábreme, ábreme rápido! -grita Donaldo del Cristo.

-¡Eche!, no me dejan ni cagar en paz de Dios. Mónica protesta furibunda y mamada del bulto. ¡Quién lo creyera!, lo inimaginable. Las palabras soeces encuentran asertivo significado y, para el momento, a los treinta y nueve, ya están incorporadas en su vocabulario usual para describir situaciones domésticas como ésta. Quince años de matrimonio cuestan.

-¡Apúrateeee!, implora Donaldo impecablemente vestido, mientras retuerce y aprieta las piernas para constreñir los esfínteres que a los casi cincuenta dos, aún no controla. Evacuar es lo único que le falta al matador para salir al ruedo.

-En esta casa hay cuatro baños. ¡No voy a salir y resuélvelo como te dé la gana!

¡Mierda!, se le saltó la piedra a la mujer, no obstante, Donaldo del Cristo ignora la rabieta para que no se le dañe el plante y espera a que Mónica salga pronto del sanitario.

Pero es el Día de la Luna. Inclínada en su eje, la sólida y noctámbula esfera, vista de frente por la Tierra, le da la espalda al Sol. Ella, la muy redonda, irrumpe curiosa la intimidad de Mónica cuando se le asoma radiante por la chueca ventanita de bolillos forrada con angeo metálico ya oxidado. Está instalada en el

viejo baño de cuatro por seis metros, más espacioso que una habitación convencional, bien pueden extender una sábana para dormir en la ducha, aunque ya les ha servido de refugio en dos amenazas de huracanes que han pisteadado a la tropical isla de San Andrés. El ojo succionador del ciclón los ha tenido en la mira, pero tan benévola fue la interacción entre la traslación y el contacto de la atmósfera con el mar, que en ambas oportunidades, los vientos titánicos desplazaron la trayectoria a Providencia. “Los medios de comunicación exageran y crean pánico, nunca dan en el clavo con el pronóstico del tiempo, se lo inventan como el horóscopo”. Mónica sólo recuerda los coletazos de un frente frío que empañaron el horizonte; al voraz océano que devolvía la basura y lanzaba piedras al pavimento de La Circunvalar; árboles derribados y techos volados; y como única fortuna, las cisternas rebosando. Eran los juetazos de la mancillada madre naturaleza para insinuarles sobre la “autodestrucción” de la Sodoma y Gomorra en la que los habitantes habían convertido al paraíso insular. Corregir el desorden. Un aseo general, como dice Mónica enseñada por su madre Piedad.

Son las siete de la noche del lunes cinco de noviembre. Donaldo del Cristo había salido de la casa en Sarie Bay disque a encontrarse con un amigo en el restaurante bar familiar Dinner`s Full ubicado en la vuelta de la Isla. Mónica tiene casi una hora de estar encerrada en el baño. La crisis de esta mujer se inició a las cinco de la tarde cuando Donaldo a alistarse y delante de ella, se deleitaba afeitándose la escasa barba, las axilas, las entrepiernas y el pubis, con escrupuloso cuidado, para evitar cortarse la rugosa zona. Luego, abre el escaparate y saca un pantaloncillo nuevo que ella le había comprado del catálogo

de Male`s Things. Cada viernes estrena una camiseta tipo Polo que ella también escoge con su exquisito gusto para que el hombre vaya pintoso a la oficina, pero esta vez, la percha la luce no para el día habitual, sino para dicha cita hoy lunes. ¡Raro! Pero muy cierto es que nadie sabe para quién trabaja.

-¿Qué tiene que ver la rasurada de tus genitales con la cena? -pregunta por necesidad. -¿O cuál es el banquete?, ¡aclárame! -Contra pregunta para dejar constancia del advertido descaro. -¿De cuándo acá? Antes no querías ir a la playa, ahora eres un pez en el agua y ¿hasta te depilas?

¡Já! Lo dicho, ¡solapado! Superó el episodio de ahogamiento que vivió en la juventud.

-Comodidad e higiene. Nada más -responde freskola. -En la mañana voy a nadar y el entrenador recomienda depilarse para evitar raspar la piel con la fricción de los vellos en las brazadas y patadas.

¿¡Eso es todo!?

-Vea pues, tan ingenuo el doctor, -murmura y entrecierra el diafragma de su lente detectivesco.

Mónica, tiempo atrás, lo llevó a “la cueva del lobo” al inscribirlo en clase de natación junto a Valentina, su hija de cinco años, para que compartieran y aprendieran este deporte. Ya verán por qué quedó amañado, tanto, que ahora va “solo” cada madrugada de cada día a las mismas playas de Spratt Bight. Después de unas cuantas clases, de taquito, sacó del parche a Valentina porque “¡hay

mucha brisa, porque es fría, porque el agua helada de la corriente propulsa y atesta la orilla de cientos de primitivas medusas poniéndola en peligro!”. Propicios y ¡lógicos! los argumentos del mancito. Como anillo al dedo. ¡Aprovechado!

Mónica lo repara de arriba abajo y, con el mico al hombro, piensa, “¡ojalá las aguamalas te levanten a latigazos por dónde más te duele para que respetes, traidor!. Después, cuando estés transformado en un monstruo, me buscarás con el rabo entre las patas y la lloriqueadera para que te ponga el cataplasma de algodón con vinagre y bicarbonato de sodio; la bolsa de hielo por quince minutos, y te saque los agujijones que inyectan el veneno que arde, quema, rasca y enroncha la piel. Lo bembeca. “¡Vaya puerco!”, Mónica despótica. Su boca destila amarga bilis como si se tratase de detergente para disolver el colesterol, arrasar la grasa incrustada en las paredes del sistema sanguíneo, y diluir impurezas que serían excretadas con éxito. Pero como no lo es, se explica la crónica estitiquez de la Señora, que después de los disparates ruega: “Pero Dios, que no le vaya a dar un shock anafiláctico que se muera ahogado”.

¡Antes cachoneada que viuda!, Já. ¡A la muy digna le dio culillo! Las palabras son sentencias.

Donaldo del Cristo, con la manía de la ceja izquierda exaltada, le toca callarse, pero desafortunadamente coge la botellita de spray Lure for him, Pheromone Attractant, o sea, aerosol Señuelo para él, Feromona Atrayente, según la etiqueta azul del frasco, y se rocía hasta en la aureola de santo sin milagros que lo entroniza. Se las trae con la dulzona fragancia para vigorizar el innato magnetismo

animal que dice distinguirlo, oséase, una energía especial que hace parte del poder mental con el que hechiza a las mujeres. El torugo en la garganta tampoco le permite a Mónica agregar comentario alguno y después de una hora de observar a Donaldo ensimismado y de sentirse ignorada, se mete al baño y enllava la puerta.

A los cinco minutos de esperar que ella le abra, “toc, toc, toc, TOCTOCTOCTOC...”, Donaldo del Cristo le toca obstinado la puerta del sanitario para orinar y despedirse. Mónica le contesta iracunda y se agarra un mazo de pelo y ante el espejo carcomido por el moho, mira su rostro demacrado. “¡Tienes cara de boba!”, se reprocha y el semblante va arrugando más, cual sorber el zumo de un jugoso limón puro. La pobre no llora sangre porque cómo, está coagulada pese al ácido disolvente. En agrio se degenera su suave talante opuesto al candor que irradiaba cuando de solterita y en busca del príncipe azul, soñaba con un hombre noble en un mundo ideal que todavía, pese al disgusto permanente, cree que existe. Recluirse dentro de su cabeza, es como Mónica se subleva ante la desconfianza, la venganza y el fracaso, por eso guarda silencio ante terceros sobre las trabas de la vida que beatifica en una triple urna sellada para consagrarlas a Dios. Desde que Donaldo se la sacó a vivir a su nidito de amor, Mónica es una obsesiva compulsiva, acumuladora de la basura que otros botan. Tolerar demasiado es su forma de inmolarsé a beneficio de la causa familiar. No hay vuelta atrás, los tres hijos están.

-¡Caramba!, que no me molestes... vuelve a protestar al toque de Donaldo que al fin se va al baño de los niños. Entre tanto, Mónica abre el cajón del cachureto tocador de baño y saca la máquina eléctrica Wahl. La conecta y toma las tijeras del estuche y, mechón por mechón, va cortándolos sucesivamente desde el pegue del cuero cabelludo hasta quedar casi trasquilada a picotazos. Parece una reclusa judía en un campo de concentración Nazi. El ruido de la vibración de la Wahl contra el mesón del lavamanos no la perturba. Rock metalero tan pesado y antipático como las energías represadas en forma de vapores comprimidos en la olla presión de su mente. Con ganas de salir pitada.

-¿Por qué te demoras tanto? -Donaldo del Cristo le habla en tono pacífico a su regreso del baño de los niños y espera por un segundo la respuesta... -¡Me voy!

Sin titubeos, sale de la habitación principal y echa un vistazo discreto en la alcoba de Valentina que le lee un cuento a Paloma, y Donaldito del Cristo intenta armar una cometa. Están concentrados, y Donaldo se aleja en puntas andando por el largo pasillo hasta la terraza para encender el sigiloso motor de la camioneta roja Pontiac, estacionada fuera del garaje.

-Saludos a tu amiguito -es lo único que grita Mónica cuando siente que Donaldo se marcha y sin escuchar. “Y sé feliz... Y ojalá te dure toda la vida... Y recibirás tu recompensa”, sigue la retahíla pero en su cabeza. “Haz lo que tengas qué hacer. Me lavo las manos. Yo cumplo mi parte. No tengo velas en ‘ese entierro’”. Y bla, bla, bla, bla, con la cantaleta que se mortifica y el otro contento en su merequetengue.

¡Malhaya sea la ignorancia! Él se siente realizado engañándola, desprestigiándose, rezagando a la familia a toda costa, sin importar la escabrosidad por hacer tal cual lo hacía José Donaldo, padre de Mónica, con tal de encontrarse con las amantes. “Las coincidencias no existen para los que conocen al Dios Creador”, piensa ella. El libro de la genealogía de Donaldo del Cristo, hijo de Donaldo Juan, hijo de Ignacio Donaldo y, al final, todos hijos de Jesucristo. Donaldo del Cristo engendró a Dony, es decir, a Donaldo del Cristo junior, hijo de Mónica. También engendró a otros varones que cuelgan de las ramas de su árbol genealógico para prolongar y reivindicar el “buen” apellido de un padre que ni conoce. Engendró a Patrick Donald y a Amalio del Cristo, hijos de Amalia Rosa. Casi al tiempo engendró además a “los trillizos”, Donaldo Carlos hijo de Selena, a Ángel Donaldo el tercer hijo Amalia Rosa, y a Donaldo José hijo de Julia, paridos el mismo año por tales vientres prestados al universo como canal al mundo y prueba de la indisciplina al mandado de Dios, para que como Abraham, Donaldo del Cristo aportara lo suyo en el cometido de poblar la Tierra, pero fundamentándose en el amor que convierte al acto sexual en sublime y puro. Ese pedacito le faltó a la triada. Tarea que al pie de la letra acató primero José Donaldo, papá de Mónica, con su aporte a la humanidad de ocho hijos en igual proporción que Donaldo del Cristo y con distintas mujeres. ¡Obvio! No sólo se asemejan por el nombre que cuelgan orgullosos en el registro civil como escarapela, sino por contagiar a los hijos, los nietos y bisnietos, la plaga del adulterio y de codiciar la mujer ajena, con la herencia de satisfacerse a costillas de la carne diversificada e impropia, estatuida en Los Mandamientos. Ojo por ojo,

diente por diente. Causa, consecuencia, más no la venganza porque esa le atañe a Dios. Sacándoles las cuentas a estos dos machos alfas, jefes de la manada, el costo de la deuda espiritual es elevado para ellos en su inconsciencia, así como para la cría de dieciséis de las dos camadas, sin excepción alguna. Es una cadena de maldiciones que Mónica quiere truncar y, por eso, acepta su suerte, prefiere poner la otra mejilla que pagar traición con traición. ¡Cuestión de principios! Para las otras hembras, procrear con Donald del Cristo ha sido contratar la guardería y un desacreditado empleo en casa que incluye un salario vitalicio. Ha sido amarrar a Dios por los pies y lo cierto es que con las perencejas, Donald del Cristo quedó clavado a una cruz. Y él, ni corto ni perezoso, se lava las manos como Pilatos en la era moderna, luego de contar y arrojar los billetes que le cuesta la tranquilidad y el “good will”. Ellas se conforman porque reciben lo que piden en razón a los padecimientos que sufrió Donald del Cristo. A él lo traumaron las carencias económicas por falta de un padre al que remeda en parte pese a la borrosa figura paterna del andariego y mujeriego. Bueno, pero gracias a esto, Donald se evita las demandas de alimentos que serían su muerte laboral. Sin empleo todos asumirían las consecuencias. Qué más da. Por eso el negocio les funciona a medias y sin zapatos, pues obviaron la cláusula del amor que Mónica sí estipuló. La pequeña pero gran diferencia. Con esa condición lo pellizó.

Lo de que no tiene velas en “ese entierro”, Mónica lo dice con doble intención para fustigarse. Enseguida, la mente se transporta a recuperar la información del archivo de su pasado, clasificado en la carpeta de “imperdonables”, una vez que su memoria a largo plazo, con quince años de aguante, codifica, almacena y

retiene las experiencias en su desperdiciado cerebro, útil para mil cosas más, aptitudes compatibles con ser madre y esposa.

Los rayos de la fisgona luna motivan a Mónica a celebrar la intuitiva liberación. No aguanta más tanto temple emocional subyugado por la desmedida racionalidad conveniente para los hijos. ¿Y a son de qué? y ¿ella qué? ¿Dónde queda el amor que merece? Los hijos tarde o temprano se van.

La valentía de raparse con decisión le dará las agallas para salir del trance de la sumisión, del cabello lánguido de siete mechones, escurrido y descuidado que denota el inconformismo ante una penitencia que en este plano material, aparentemente, no siente que adeuda, quizá en el místico sí. Hay que orar, como le decía su madre Piedad. El gravamen de una feminidad invisible. Sansón a la inversa. Dios se apartó de ella. Entonces, se despoja del elemento pasional intenso que le estorba como cadena de bronce atada al cuerpo. ¿Hallará un regocijo? Dejará de ser una mujer común y corriente, libre, para ganar la fuerza inutilizada y la dilapidada visión que perdió en albedrío, coercionada por el miedo ante lo que la realidad pudiera revelar de la doble vida de Donald.

“No me quiere”, se dice Mónica en el baño y empieza a deshojar la margarita. La misma que a cada rato despoja de las vestiduras por decepción. La que tiene un número positivo de pétalos, cuantos convienen al amante que la deshoja, pero si este apasionado es Mónica, haga lo que haga, el último pétalo siempre es y será un ¡NO! El negativismo que la derrota. Agarra la máquina de motilar y la pasa

lentamente por el centro del cráneo. Siente que algo más que pelo va cayendo. Siente que la friolenta platina de la Wahl le quema el cuero cabelludo cuando poda a ras donde queda algo del primer tijeretazo. El aparato hace la electro-crio cauterización en cada folículo del cuero cabelludo tratando de cerrar la herida abierta. Y esta dichosa cabeza es una flor de muchas hebras o pétalos de margarita que tras el recorte, sanas renacerán.

“Ese Donaldo es una cabuya tirada en el piso. Un flojo que aunque sudado a chorros miente sobre la diligencia en el hogar. Vive engañado. Lo único que le interesa es leer, hacer ejercicio y beber el néctar de la mujer callejera”. Mónica sigue renegando entre la ira y el esfuerzo para que del pozo sin fondo brote un manantial del líquido acuoso que lubrique, drene y oree la sequía del amor. Pero ya no tiene lágrimas que llorar y la irritante quemazón a punto de incendiarse en su gaxate, las hala en balde. Donaldo es un escapista colosal, con la facultad mágica de estimular a Mónica para que recurra a la ilusión de un compañero, para crear un ser invisible como ella. Ingenuamente, ella se refugia en el abrigo de armiño de las tupidas alas del ángel Gustavo, retoza en las palmas aunadas de sus manos para viajar al sol y las estrellas, y se alimenta con ambrosía para sobrevivir. Es su calmante. No hay mal que por bien no venga. La imaginación es su consuelo y aunque la entidad celestial le prometió alguna vez nunca dejarla sola, hace mucho no siente su energía, y si es porque el alado tampoco la quiere, de cualquier modo, él vuelve porque ella lo trae con el recuerdo de sus intocables miradas, su blanca risa y los besos espectrales acompañados de abrazos transparentes que en otra época pasada también imaginó. Mónica gime desde los

adentros por ambas ausencias y sigue rememorando los desplantes del marido. Ojalá los méritos de éstos dos, se fundieran en un solo ser. Es la misma dicotomía del macho que no sabe cuál de las dos hembras escoger.

“No te metas con mi deporte”, y continúan los amargos recuerdos dentro del baño. Esta era la frase preferida de advertencia de Donaldo del Cristo a Mónica. Él se la repetía con tajante aridez cuando ella le rogaba que no saliera de madrugada al mar y la relevara del turno de atender a alguno de los tres bebés, recién nacidos. ¡Qué va! Él se iba silbando tranquilo, todavía a oscuras, en busca de la amante bandida de turno para irse junticos a la playa, el escenario que Donaldo del Cristo convirtió en el centro de operaciones de su lujuria. Por eso, en su momento, excluyó a Valentina, y su conciencia lo dejaba plantado a él, pues ésta salía soplada por físico culillo ante cipote negligencia.

En una de esas alboradas, once años atrás, Dony berreaba toda la noche. Mónica estaba tan pálida y extenuada, que casi sonámbula se movilizaba de una habitación a otra para examinar el llanto insistente del niño. Le faltaba sólo extender los brazos al frente para serlo. Dormida llegaba a la cuna, palmeaba la espalda de Junior para calmarlo, levantaba un lado del pañal desechable por si requería cambio, le acomodaba la almohadita, revisaba la intromisión de algún ponzoñoso insecto dentro del toldo y si nada de esto lo tranquilizaba, le tomaba en su regazo para mecerlo hasta que cayera rendido. El hombrecito era un hiperactivo noctámbulo y esto tenía apaleada a Mónica que, durante el día,

también se le debía a Valentina y a los quehaceres del hogar. Tal era el estrés que Mónica no tenía conciencia de lo sucedido.

El reloj biológico de Donald del Cristo, desde antes y aún en la actualidad, empieza a las cuatro en punto de la madrugada y cuando está en el baño, por cuarta vez, le suena tardía la alarma del celular.

Es otra mañana más reciente, llovía, tronaba y relampagueaba. Donald del Cristo había dormido plácido en la cama matrimonial de madera rústica de dos por dos. El ruido del chorro intermitente y la evacuación de la vejiga le ponen los vellos de punta. Parece no haber orinado en un día. Cuando acaba, se da los tres golpes protocolarios, estira y traquea la columna. Como buen narciso, se admira al espejo, hace muecas y ejercicios de calentamiento para empezar con full energía la rutina diaria de trabajo físico y mental. Donald, de voluntad y cuerpo poderosos, de abdomen plano, achocolatinado, y en general, de músculos sacados de una revista de fisicoculturismo, a los cincuenta y un años, tiene el brío de tres jóvenes de diecisiete.

Toma la cuchilla para afeitar los cañoncitos de las axilas y de las entrepiernas. “El roce del movimiento al nadar, raspa la piel”, repasa la lección, “y estos tronquitos son firmes y puntiagudos. Hoy toca nadar ida y vuelta hasta Johnny Cay y me tengo que apurar. Falta un cuarto para las cinco, es hora del encuentro en Spratt Bight”. Mira el reloj del celular y le agrega los cinco minutos de retraso. “Estoy a tiempo. Este chis chis pasa pronto”, habla consigo y se unta aceite en el sobaco y luego se moja el cuerpo con vinagre blanco. Minimiza la dimensión del aguacero

estruendoso, pues en quince días participará en una triatlón internacional copa “San Andrés Islas es Colombia” y aspira rebasar el record de una hora con cuarenta y cinco minutos para las pruebas de un kilómetro en natación, cuarenta en ciclismo y diez en atletismo, y atravesar la meta.

“Debe haber bastante agua mala. Me pondré la licra manga larga y llevaré un poco más de vinagre por si acaso”, agrega.

Media hora después está listo. Donaldo se asoma por la ventana de la habitación para ver la playa. “Soy brujo”, se califica. Como si no lo supiéramos. “Se despejó en un ochenta por ciento el clima”, dice, “por lo menos no hay centellazos”. Entonces, sale sin despedirse de Mónica que duerme profunda pero, con doble intención, suelta la puerta al cerrarla para que ella recuerde que tiene que levantarse a atender a Dony y llevar a Valentina al colegio. ¿Quién de los dos será la cabuya tirada en el piso?

Toma las aletas y las gafas de silicona guindadas en el patio. Se coloca el bolso al hombro y se va a pie. Quince minutos. En tanto se acerca a la playa, el ambiente vuelve a cambiar en un rrí rrá. Mira un borrón gris que se acentúa en el horizonte. Es un manchón con líneas diagonales, desdibujadas en un boceto a carboncillo, que pinta al chaparrón comunicando al cielo con el mar, mientras éste se aproxima a la costa.

“Va a seguir lloviendo”, comenta al grupo de nadadores durante la sesión de calentamiento. Entran al agua, pero los vientos en contra y la bruma los obligan a

montarse en la lancha para hacer un sólo recorrido: el trayecto de regreso de Johnny Cay a la Isla.

Se tiran de la embarcación a trescientos metros del Cayo y empiezan el reto. Donaldo del Cristo lidera al grupo en un extremo. Es un rompe olas, un bulto de plástico flotante, una boya humana. Los compañeros pueden distinguir su brazada jorobada como la de la Yubarta que arquea el dorso antes de sumergirse, debido a la fractura de clavícula que pegó chueca cuando era niño. Es la banderilla guía cuando los envuelven las ondas. Y el mar arrecia, golpea a los intrusos y traga como una ballena pescando. El cardumen humano huye de la tempestad marina que se acerca. La luz blanca del día es absorbida y emborronada por los trazos difuminados del lápiz. La lancha vigila el arribo de los arriesgados deportistas que avanzan seguros al último tramo y acelera para estacionar al muelle. Donaldo del Cristo llega primero pero no abandona el mar sino que continúa su nado a lo largo de la playa. Debe planillar los dos mil metros cronometrados del día para cumplir con el record de distribución de carga deportiva. Un “sencillito” plan de entrenamiento que hace para ganar la justa en la que competencia así no tenga la aprobación médica denegada por los tres remiendos en el tobillo derecho y las protuberantes calcificaciones que convierten sus codos en puñales, incapacitándolo de manera permanente para levantar pesas y practicar deportes de contacto. Y lo que es peor, Donaldo tampoco acepta que ni podrá ganarle a la vejez ni a la muerte

Donaldo visita al médico cuando quiere que le ordene exámenes de laboratorio o de diagnóstico donde le corroboren que está sobrado de glóbulos rojos y que los latidos del corazón y la respiración son lentas, menos de lo normal, pues esto califica con excelencia la preparación rigurosa, extrema e insuficiente, según él, a la que se somete sin son ni ton.

Cuando termina de nadar, se sienta por unos minutos y respira profundo, prensa la nariz con la boca cerrada, hace una bomba de aire y sopla fuerte para descomprimir los pulmones, expulsar el agua, destapar los oídos, y disminuir el mareo y el vértigo ocasionado por el cambio brusco de la posición horizontal del cuerpo a la vertical, bajándose la presión sanguínea o hipotensión ortostática como la llaman, que se da mucho más, después de casi dos horas ininterrumpidas de nado. Donaldo del Cristo se eleva del nivel del mar y come un platanito para aplomar el potasio, traga unos chorritos de agua que siente más dulce y, mientras la regadera natural se encarga de lavarlo, trota en la arena gruesa y granulosa durante veinte minutos más, para regular el ritmo de la circulación y la oxigenación. Enseguida, monta la bicicleta Aegis en fibra de carbono y sólo recorre doce kilómetros porque la persistente lluvia lo enzorra y no le permite avanzar, gastando tres minutos exactos en cada uno. Seis horas de ejercicio diario, incluyendo una hora intensa de gimnasio en la mañana y, dos horas más en la tarde, para repetir el circuito de pesas y reencontrarse con la amigovia que cuando hace buen tiempo se le adhiere al cuerpo como una sanguijuela de mar, y cuando no, le guarda los corotos durante el entrenamiento.

De retorno a la casa, siendo las nueve y treinta, se pega un buen desayuno de frutas tropicales de entrada, revoltillo con huevos y yuca sancochada de plato fuerte que Mónica le preparó. El banquete lo acompaña una taza de café con leche y un vaso de jugo de naranja concentrado para bajar más de cinco cápsulas de vitaminas y antioxidantes; y aunque le parecen poco los ejercicios, está listo para ir a trabajar.

Después de tremendo trote, satisfecho en parte e inconforme porque no pudo hacer todo el recorrido planeado, retoza extenuado y se da un duchazo.

Camino al trabajo, se detiene en la puerta. Se ajusta el pantalón marrón de dril salta charcos llevando los brazos en ele contra la cintura y jala la pretina usando los codos con presión. Cuestión de dos segundos. Donaldo sacude cada una de las patas del pantalón rigurosamente planchadas por Mónica, bien afiladas, simétricamente acopladas y enfrentadas, costura con costura, en asombroso cálculo matemático como si hubiese recibido una metralla intempestiva de arena. De esa piedrilla blanquecina, milimétrica, perceptible y única de San Andrés, que se incrusta en el cuerpo cuando uno se acuesta en la playa, y que sólo logra desprenderse después de darle matraca al estropajo y arañarse el cuero cabello, previa enjuagada con abundante rinse. Donaldo del Cristo frunce el ceño, espabila y automático, proyecta la mirada fija buscando un no sé qué en el horizonte como cuando pasaba por la Avenida Santander en Cartagena.

Vuelve la mirada a la peatonal y mide la distancia lineal para llegar al despacho. Una vez establece el recorrido hasta la meta, se saborea los labios salados por la

brisa, y como toro preparando la embestida, explaya las fosas nasales para inspirar una gran porción de aire y exhalar con un soplado, lo que le da el impulso para levantar el brazo derecho a la par de la pierna izquierda, y en ese momento, se embala en la secuencial y cadenciosa marcha rumbo al trabajo. Un muñeco de cuerda.

El día laboral pronto culmina. Donaldó se devuelve a casa por el mismo paseo adoquinado como a las cinco de la tarde. Olvidó llevar la vestimenta para irse al gimnasio y el apacible ocaso lo convence de acompañarlo a trotar. Aprecia, aunque enceguecido, cómo la luz brillante del sol resbala sobre el satín del mar. “Qué línea tan perfecta, si pudiera llegar hasta allá, ¿cuánto tiempo tomaría? ¿Me tiro? Yo le pongo que hago esos cinco mil metros de nado en un hora”.

¡Sí, cómo no, gran cálculo! Sin embargo, es una bonita quimera la ambición de tentar el horizonte.

Donaldó del Cristo baja la mirada y cierra los ojos por un instante hasta que desaparece la incandescencia del perfecto globo amarillo que le quedó grabado, rodeada de un denso negro del que refulge. Y de nuevo, alza la frente, hincha las fosas nasales, infla el abdomen con oxígeno puro, mira el cronómetro, lo activa y arranca el corrin descalzo por la playa para enterrar los pies en un masaje gratuito. Y la moza se queda viendo un chispero en el gimnasio porque Donaldó la deja metida. “De aquí hasta allá hay quinientos metros, daré nueve vueltas y después nadaré de un espolón a otro para relajarme”. Arma el croquis del tesoro. “El problema es que lleguen las motos acuáticas y me jodan”. Los músculos lampiños

de Donaldo del Cristo también resplandecen por el lustre del aceite de coco. Concentrado. De repente, el ojo de Donaldo corre por su lado tras las caderas, el trasero y la silueta de mango biche de una vendedora que reparte la misma fruta en torrijas con pimienta, limón y sal. Se le hace agua la boca y no tiene más remedio que arrastrar al resto del cuerpo en reversa para apreciar la otra maravilla de la naturaleza, su gran debilidad.

Esa minuciosa y tediosa rutina está bien para él. Es mejor que se ejercite el día completo antes de pescar un Sida. ¡Hombre!, pero ¿levantamiento de pesas dos veces al día? ¡Innovador *modus operandi*! ¿O en qué planeta vivimos? Y eso que Donaldo se casó por lo civil hace seis meses, ¿será que Mónica le apuntó con un revolver?

Pero no es tanto, él inmiscuye a las “chicas buenas” en su doble estilo de vida.

En algún amanecer, Donaldo no contó con que Mónica, pese al agotamiento, se le apareciera con los cinco sentidos alertas, despierta por un cuchicheo. El deportista consumado sostiene una melosa charla por teléfono.

-¿Con quién hablas a las cuatro de la mañana?

-¡Me asustaste! -tira la bocina inalámbrica. -Estoy hablando con los pelaos de Cartagena.

-¿Sí?, y ¿a esta hora?

-Sí, porque después salen al colegio.

-¿Al colegio en plena Semana Santa?

Él, colérico por la pillada en flagrancia y el sobresalto, aprovecha para irse y azotar la puerta. Mónica se queda turulata con la reacción. Se resiste comprender lo que pasaba frente a su nariz.

“Tengo cincuenta y un años haciendo ejercicio y tú eres nadie para impedirlo”. Mónica repite la misma frase sentada en el inodoro, y del conducto lagrimal escurre una escuálida gota salina que se desvía cuando atraviesa la cicatriz del rostro. Se levanta y analiza su nueva apariencia punk reflejada en el espejo y ve la estela húmeda en las mejillas. ¡Recordar es vivir, já!

Y los tres hijos qué y los otros cinco qué. ¡Ellas verán, quién las mandó!, diría Donaldo. ¡Compare pero no ofenda, juntas pero no revueltas, son cuatro historias muy distintas!, diría Mónica. El deseo de los dos, desde el principio de la relación, era que el nido de amor tuviese en su portal la señal de la cruz en sangre del cordero para que la sombra de la muerte pasara de largo y no ser ella la sacrificada. Pero Donaldo del Cristo prefiere cargar el peso de su atadura y llevarse al que sea por delante. “¡Ah, ya sé, el Karma!”

“Pero él sí me quiere”, se dice Mónica. Te quiere pero en el fondooooo.

Pasa la Wahl al costado derecho para cortar el segundo mechón de pétalos.

“Quien lo ve lo compra”, sigue recordando.

Ella adquirió a Donaldo fiado en un paga diario, pues tenía “propietaria escriturada” y su bajo instinto pícaro no olfateó la doble negociación. No leyó la letra menuda, la fecha de vencimiento ni las contraindicaciones y efectos secundarios. A primera vista, le cayó en gracia el simpático producto recomendado, pero a pesar de esto debió tomar precauciones para ahorrarse el gato por libre, la chimbada o la adulteración. Bueno, adúltero efectivo le resultó. ¡Já!

“El día que conocí a Donaldo del Cristo me entongué temprano. Como que lo presentía. Me puse un enterizo espalda afuera, gris plomo con pepas beige, que aunque holgado marcaba mi figura sin ser vulgar o ceñido. Mi cabello hasta la cintura lucía radiante, natural. Cuando lo lavaba, y aún estando húmedo, me aplicaba toques de crema corporal que funcionaban como gel de peinar y definían los rizos, que al secarse quedaban entorchados”.

Mónica subía contenta las escaleras ajedrezadas del Ganem para dirigirse al Juzgado Once de Instrucción Criminal. Pisaba sólo las cuadrículas blancas en un salto de dos tiempos cuando se dio tope tope con Martincito, secretario de ese despacho y excompañero del colegio, quien la venía observando desde arriba. Agradado con el juego a la peregrina de Mónica, le pidió muy amable que lo esperara en la secretaría de dicho Juzgado. ¿Confabulación de los astros o casualidad? Habían quedado por teléfono en almorzar, pero Martín debía hacer

una vuelta urgente a su admirado jefe Donaldo del Cristo y se trasladaba al Cuartel del Fijo, a una cuadra de la ecléctica e histórica arquitectura del Ganem.

Mónica ascendía en jubilosa actitud, de peldaño en peldaño hasta el tercero de nueve pisos donde estaban ubicados algunos despachos judiciales. Fue la manera que encontró para atenuar el patológico temor de estar encerrada en el ascensor sumado al miedo a las alturas.

El sol encandilaba afuera, en la calle, pero al interior del edificio la luz se reducía a penumbras. Cada nivel, intercomunicado por tres puentes y corredores, estaba expuesto al vacío. Los precipicios de argamasa, cal, piedras, ladrillos y arena, reemplazados luego por el cemento, que tanto temor y vértigo le producían a Mónica, eran flanqueados en cada esquina por torres. Custodiados además, por acrofóbicos esclavos como ella, peones de madera caoba, que disfrazados de torneados bolillos balaustrados, permanecían rígidos para no flaquear y entrar en pánico ante la constante elevación que los acechaba.

Mónica se detuvo en el descanso de la escalera para analizar cómo el fogonazo penetraba insolente jugando ajedrez con la oscuridad, aprovechando el tablero en blanco y negro de la baldosa. La claridad entraba irrumpiendo las sombras de cada rincón, pero el mono se derretía ante la opacidad del trigüeño que no fanfarroneaba en cada conquista, derribo o captura de alguna pieza reluciente e inmaculada, sino que calculaba la estrategia de guerra hasta extinguirlas. En el avance del partido, en el que siempre hacía jaque mate la taimada y atacante ficha negra, la otra rubia palidecía del susto frente a la siniestra que se la tragaba viva.

Cuando Mónica posó en la puerta de la oficina dieciséis y Donaldo del Cristo la enfocó, ambos sintieron un corrientazo parecido al del tubo estriptisero en la terraza de la abuela Isabel en Manga.

-Buenos días. ¿Usted es el doctor Leal? Me encontré a Martincito de salida y ¿lo puedo esperar?

Cuando Mónica vio la mercancía, o sea, a Donaldo del Cristo, él revisaba una pila de expedientes en la secretaría del Juzgado Once de Instrucción Criminal como cualquier empleado raso.

-Adelante. -Donaldo se puso de pie, le dio la mano con firme tacto y le rodó una silla hasta su estampa.

-¿Usted tan joven es el juez?

Y Donaldo del Cristo mondó el diente negro que tapó con la lengua en un gesto de tímida sonrisa.

-No, no tengo las canas -y escondió de nuevo el diente inerte y rajado, rematado con una pésima endodoncia. Se lo debe a un adversario del baloncesto escolar. Una especie contraria de Pedro Navaja con el diente de oro que cuando ríe se ve brillando. La malicia indígena.

Ambos mantenían la mímica de la risa en estatua sin musitar palabra o sonido. En estado de imbecilidad transitoria. Procesos en cadena que no le incumben a la voluntad de Mónica ni al intelecto de Donaldo del Cristo, sino a la idiotez del

arrebato, propios del instinto animal. El amor es una enfermedad. Los síntomas de rubor en las mejillas, sudor en las manos, dolor de estómago y febrilidad. El enamoramiento alteró el persistente reposo de las moléculas de Mónica que le hacían falta para dejar la adicción al chocolate que contiene grandes cantidades de Feniletilamina, endorfina que mejora el estado de ánimo que ella preservaba angustiado y decaído. De alguna manera y sin tanto merecumbé, Mónica corroboró con asombro la lozanía y la inteligencia popularizada en el tapiz de la pared de la oficina, atiborrada de diplomas, medallas y condecoraciones de Donaldo del Cristo, lo ya publicitado por Martincito en sendas conversaciones en las que siempre le pedía a ella que lo fuera a conocer.

Donaldo del Cristo vestía una camisa manga larga de rayas en tonos tierra y un pantalón café. Mientras permanece en el baño, Mónica trae este recuerdo como si acabara de ocurrir. Sin embargo, no vio la redondez de los glúteos similares a unas tapas de limón partido. Carnudas, secas y firmes. Cero grasa. Ni tampoco percibió sus partes “nobles”. Y aunque el gusto entra por los ojos, el olfato y el paladar, en estricto orden, las materialidades no la sorprendían, pero sí notó las reverenciales pestañas arqueadas y espesas de Donaldo, que hacen de escobilla para detener las partículas de mugre.

Martín al rato llamó por teléfono a la oficina y por intermedio del doctor Del Cristo le canceló y postergó la cita a Mónica porque se demoraba en la vuelta. No se sabe qué maraña usó pero, Donaldo aprovechó para invitarla a almorzar. Durante la comida, hablaron sobre la actualidad local y el derecho, temas que apasionaban

a la artista llena de criterios filosóficos altruistas y revolucionarios. Por eso, su amigo Martín idolatraba a Donaldo del Cristo como exponente de la sensatez y de la legalidad que le traía éxitos o aciertos en los fallos ajustados a la realidad, más no dinero y menos con tanto pelao encima. Así que la formalidad de un hombre serio, come años, reconocido por su decoro y la susodicha mueca retraída, llegaron a turbar las pulsaciones de Mónica. ¿Partidazo? Algo sucedió allí, a los dos, qué se yo, dicen que las endorfinas con la seratonina, etcétera, bla, bla, bla. Un comienzo. Todo empezó a marchar... y sé lo que Donaldo del Cristo experimentó.

Viernes septiembre trece, a los dos meses de diálogos y debates jurídico-políticos entre la pareja, se trastocó el discurso...

Un día del amor y la amistad, Mónica invitó a Donaldo a almorzar al Dragón de Oro, un restaurante chino ubicado en el centro del Corralito de Piedra. El comedor estaba lleno y se sentaron en una mesa para dos, cerca de la puerta de entrada, teniendo como testigo a un bocachico plateado que nadaba en el acuario, fisgoneando por entre las algas plásticas con cara de palo, marcando territorio.

El pescado vivo, de agua dulce y chica boca con diminutos dientes en los labios, presagiaba el buen viento y la buena mar. ¡Erda, irshhh! La vaina se puso buena. En época de subienda migra río arriba para propiciar el desove de hasta un millón de huevos que, a la divina suerte, en la bajanza sobreviven sólo doce vegetarianos peces prolíficos.

“Hasta ahora caigo en cuenta que el pez cerca a la entrada del restaurante chino nos bendecía”, afirma Mónica escapándosele una leve sonrisa. “Simbología. Señales de la vida que pasan desapercibidas. Es que la conciencia permite modificar las herencias, el dolor, el karma, las cadenas propias y las que como grilletes se cargan de los antepasados. Vivir en la modalidad de la ignorancia y la pasión no ayuda a alimentar el espíritu con la bondad y la devoción que necesita el alma que si nunca nace nunca muere, pero que desnutrida se condena a vagar aún en el plano terrenal creyéndose ocupar un cuerpo que ya no tiene”, arguye con vehemencia. ¡Buuuu! Un fantasma. “Se desperdicia la oportunidad de enrostrarse. Sin estos conocimientos de causa, sin la conciencia de Dios, ¿cómo un ser mundano podría cambiar y alejarse de la ‘carne’?, sobrevive esquivando desde el ácido úrico hasta el Sida. Son sus depredadores, ¡ah!, él mismo es su mayor peligro”, Mónica, aún en el baño, se mira al espejo y estira los labios en señal de risa y llanto, por la reflexión. “Estoy con las manos atadas”.

Pero volviendo a la buena suerte, el pez pensaría lo mismo de ellos, intrusos y con la cara de palo de Donaldo del Cristo cuando no miraba a Mónica.

-¿Con quién vives y dónde? -preguntó Mónica.

-Con mi madre y mis hijos -y enseguida peló el diente que tapó con su resbaladiza lengua bifurcada. Un espejismo bífido.

-¿Eres casado?, exclamó “Y yo que me regodeaba diciendo que ni a la esquina por un tinto con un hombre comprometido. Pienso en mi padre. Yo no tomo tinto y venos aquí”.

¡Ñerda!, a Mónica le quedó gustando el tipo, hombre ajeno. ¿Pero por qué el humor negro del galán? ¿Para probar hasta dónde llegar? Donaldo del Cristo no habla, cranea.

-Mentira, mamando gallo, -y le tomó la mano para aplacar los nervios. Mónica pasó un trago de agua para humectar la garganta seca y diluir la imprudencia. La ceja izquierda de Donaldo se exaltó. El cuerpo se hace sensible al tacto, establece un puente entre lo físico y lo emocional. Otro síntoma. ¿Pero por qué decir mentiras para sacar verdades?

En la noche después del trabajo Mónica, de la galería de Bellas Artes y Donaldo, del Juzgado, salieron a bailar a un estadero bar en el barrio Los Caracoles. Esta vez, Donaldo del Cristo invitó. Mónica no conocía el lugar y Donaldo era viejo cliente. Él no era de discotecas sino de esquinas y de tiendas, de la chaza del chance, del bonche de amigos y de tomatinas amenizadas con chistes verdes y plebes. Sin embargo, en un acogedor abrazo la cobijó y bailaron acoplados bajo la influencia de la cuba libre y de la bola disco de luces multicolor.

Martincito estaba orgulloso de este empate entre dos personas que distinguía por su pundonor. Él no tenía idea de quién era la mujer del titular del despacho, es más, dudaba de sí existía este personaje porque jamás se vio pasar su rostro ni mencionar su nombre. Un misterio.

Bueno, pero si dos personas se citan, comparten y bailan, ¿cuál es el objetivo? Donaldo del Cristo evolucionaba en un romance con Mónica. Pero, simultáneo a la remembranza de Mónica en el sanitario, las luces de la pista del bohío y la música

puestas en Dinner`s Full, le recuerdan a Donaldo del Cristo el primer beso con Mónica y aprovecha dicha inspiración para pasárselo a la mengana de ese lunes.

“La frente de Mónica conectaba con mi henchido pectoral”. La adrenalina liberaba la grasa y los azúcares que robustecían la capacidad muscular de Donaldo. Yo presencié cada instante del día, repito, me consta. “Vestido de negro con mis botas Grulla amarillas, mi porte de galán, ella de estatura media, quedábamos equidistantes. La mujer no puede ser más alta que el hombre. Delgada y de manos grandes. Buen ejemplar. Nos amacizamos en Los Caminos de la Vida. Este vallenato me llega al corazón. Socorrito tuvo que sufrir mucho y luchar sola. Nada es como uno pensaba. Fortuito. ¡Uhm! Mónica acomodaba el rostro en mi fornido pecho como si estuviera sobre la almohada predilecta y apuntó la barbilla hacia el hombro respirando con tranquilidad. A mí llegó el perfume que Mónica exhaló por la nariz y lo inhalé, atrapando al aire en el aire, como si fuera la continuación de mi propio proceso aeróbico. Aproveché para deslizar la mano que le tenía puesta en la espalda hasta depositar su mandíbula con un suave roce y la besé. Ahora o nunca, me dije y me lancé como jamás. Fue delicado y digno, raro. El cordón de su cicatriz no deslucía la belleza que irradiaban sus ojos. Pero yo, ¿qué voy a hacer con ojos? La mujer dispone. Un beso no indica que sea fácil. ¿O sí? A mí no me gusta besar, pero ¿por qué lo hice? ¿Por qué mi debilidad?”.

Al salir de la pista, Mónica se topó con un travieso amigo que le habló al oído y cuestionó que estuviera en ese lugar inapropiado para una niña de sus calidades, de su juicio. Pero la conexión no se podía desenchufar por mucho que

estuviéramos en un antro, pues se sentía segura y plácida, y tampoco ella notaba si estaba en tugurio.

A los dos meses, Donaldo y Mónica llegaron a un acuerdo verbal. Dándole fe al reducido vocablo dicho sobre el sincero afecto por parte del doctor y a los antecedentes desconocidos y no evaluados, ¿para qué?, hay que creer. Cuando Mónica se percató de la reventa, ya abonaba altos intereses al capital impagable con el llanto en su calvario. “Esto me pasa por confiar”, agregó mientras repasaba la máquina Wahl por el lateral. La estafa ocasionó gran daño, una lesión enorme, perjuicios morales y materiales casi que irreparables. Por cierto, en esa época, Donaldo contaba con treinta y tres años de uso, de mete y saca, once años de ventajosa perspicacia frente a Mónica, y eso, sin incluir el contexto de la crianza y las experiencias. De allí la importancia de los puntos medios, del equilibrio en la balanza, ni muy ingenuo ni muy malicioso, prevenido más no desconfiado. Una lección tanto para el padre de Mónica, José Donaldo, como para Donaldo del Cristo. ¡Estafadores!

Además, Mónica comprobó la extrema diferencia entre la prudencia al hablar y el hermetismo de Donaldo del Cristo, que con su parca expresión, siempre callaba una verdad y guardaba una mentira. De una oración corriente, de cinco a siete palabras, censuraba a la mayoría con un sigilo glacial. Sólo pronunciaba dos o tres de las siete y, con esa misma brevedad era capaz de hacer un chiste casi mudo. La dejaba con ganas de escuchar el tono de su voz. Tampoco comentaba nada sobre su vida familiar, sus padres y demás.

“Después de varios años, Marticito murió de Sida. Nuestro padrino. Ya estábamos en San Andrés y nos enteramos cuando todo había pasado. ¡Ah! Viejos tiempos,” lamenta Mónica y le regala una lágrima en gratitud.

“Donaldo del Cristo reconstruyó mi vida. La cicatriz del corazón la cerró. Las secuelas psicológicas del accidente, de la inseguridad, de la soledad, con su respaldo llegaron al final. Ya no había rastros en la sangre del veneno que destiló Fausto, porque Donaldo fue un antídoto más depurativo y eficaz que las barras de chocolate. Incrédula, pero a la vez con la esperanza de que, en efecto, sostuvieran una relación seria, de confianza y respeto, igualitaria en derechos y deberes. Conocí los enredos del amor real. Lo percibía como un hombre sereno, sin celos callejeros ni prejuicios. Compartíamos hasta las sesiones de gimnasio. En la primera ocasión que practiqué la rutina deportiva me dejó postrada y él se burlaba de ese dolor”. Los músculos cuando se contraen y dilatan van segregando ácido láctico que se cristaliza y en cada movimiento posterior, se quiebra produciendo un intenso dolor paralizante. Donaldo no sufría de estos malestares por la cantidad de ejercicio y su constancia.

El hábito de mamar ron en La Latica lo suplió por la cultura semanal de ir al teatro y en los dos febreros de normal noviazgo, a la cita anual del festival internacional de cine de Cartagena de Indias. Ya no tenía gracia sentarse en unas cajas de madera para ingerir un líquido con altos niveles de alcohol y saturar el sistema sanguíneo, intoxicándolo hasta la ebriedad, perdiendo no sólo el control de la motricidad fina y gruesa, sino deteriorando las funciones mentales, en un trastorno

temporal de la conducta que se supera después de cuatro días con la excreción en la orina.

“Esa tarde, finales de febrero, cerré temprano la galería. Caminé taciturna hasta Las Bóvedas, traspasé el boquerón de las inexpugnables murallas erigidas en defensa contra las invasiones piratas, crucé la avenida Santander y abordé una buseta. Latía en el ambiente una corazonada. Donaldo del Cristo, en tono lúgubre, me había citado en el cine Bucanero. Veríamos la película Los Puentes de Madison, en cartelera nacional, y en función continúa, la otra proyección que iniciaba la novena versión del séptimo arte”.

Donaldo caminaba de un lado a otro. Una fiera salvaje enjaulada y al acecho. Se rascaba el afro mediano y se soplabá con la camisa negra para refrescarse.

“Bajé y fui al encuentro. Me rodeó en un abrazo aturdido y torpe en el que quedé arropada, de tal forma que apretó mi mano derecha e impaciente y en silencio, llegamos a la cafetería del Bucanero de paredes enchapadas con piedras y asidas enredaderas de Miami. Esta planta desplegaba grandes hojas acorazonadas y estaba sembrada en un sardinel con tierra negra, destechado, y, por lo tanto, bebía directamente de la lluvia cuando le caía. Igual de rozagante a la Miami del jardín de mi casa en La Floresta”.

“Mientras observaba el lugar, Donaldo auscultaba mis glóbulos oculares y los suyos se iban enrojeciendo paulatinamente como efecto de la pelada y picada cebolla roja para una revoltillo de huevos. La fuerza de la mirada irritó la mía, y ahí sí que me preocupé porque algo le sucedía”.

-¿Yo no te convengo? -dijo en seco.

-No comprendo, ¿qué pasa?

-Soy casado y tengo tres hijos. Tengo otro más por fuera de esa unión. Con una cachaca de Villavicencio que conocí durante la especialización en Bogotá. No vivo con mi madre, sino con Amalia Rosa. Y si sirve de algo, me casé con ella por lo católico porque estaba embarazada. No la quiero, nunca la he querido, ella te lo puede confirmar. A ninguna he querido.

-Entonces, vives con ella porque te amarra. Todos los hombres casados dicen lo mismo. Donaldo del Cristo no contestó ante el regaño. ¿Y la otra qué?

-Ella fue otra mujer más. Los hijos no se engendran necesariamente por amor. Una vieja loca, que me perseguía -enfaticó.

-Y tú te sacrificabas complaciéndola. Pudiste decir ¡NO! O es que tu autoritario primer cerebro te obligaba. ¿Y yo ahora qué...? Tu esposa y toda la familia tuya y de ella, deben pensar que soy una cualquiera. ¿Por qué te casaste con una mujer que no amas? ¡Ah!, es que para los machos no existe el amor, se me olvidaba.

Donaldo le dio otro tembloroso abrazo y le respondió.

-Yo te quiero a ti -y Mónica se desgajó.

-¡Se nota! La importancia del punto de vista en la verdad de las cosas. ¿Y yo ahora qué...? Abandono todas mis ilusiones como si nada. ¿No tendrás otro hijito más?

-Con una maestra de Marialabaja.

-¡Cómoooo! ¿Habrá otro más de pura chepa?, -qué suerte la suya, la de Mónica.

Tiene razón.

-No, no tengo más.

-¿Seguro?

-Seguro -respondió Donaldo aliviado. ¡Já!

-Debes rehacer la relación con tu esposa por tus hijos, dijo Mónica concisa, pero después incrédula ante su afirmación que la inmolaba. Cuestión de supervivencia.

-No, no hay nada que hacer. Ahora, yo quiero un hijo tuyo, contigo, y que nos organicemos. Lo de Amalia Rosa es irreversible. El que sea buena gente no me alcanza para quererla.

-Nada más..., qué práctico.

No estuvo en debate si era o no virgen, que si la ruptura de la telita manchó la sábana de sangre o no, o qué sé yo, para colgarla en la ventana a la deferencia del público y, por lo tanto, el argumento en el subconsciente de Donaldo del Cristo estaba revaluado. Prioridad, el amor. Lo trastorna todo, la rutina, la comodidad.

Vieron la función amarrados y se salieron después de las dos horas y cuarto que duraba la película. Tomaron una buseta juntos a La Floresta para hablar con Piedad.

A su manera, Donaldo pidió la mano de Mónica. Bajo el abanico de techo TDK, ellos sentados en el bordillo de una cama y Piedad en la otra. Al respaldo, las cortinas blancas con flores azul verdosas, las mismas en las que Mónica se envolvía en la infancia, cuando José Donaldo le daba su muñequera a la mamá. Donaldo del Cristo a regañadientes y a tirabuzón, le contó cuáles eran los planes. Piedad le dijo que recapacitara, no sea que después dañe el proyecto de vida de la joven, cuando en pleno duelo se le diera a Donaldo del Cristo por devolverse a donde Amalia Rosa. Necesitaba tiempo fuera, en ambos lados, para definirse completamente.

Durante varios meses, ahorraron para comprar los muebles típicos de mimbre que pagaron por cuotas. Buscaron apartamento donde poner las ramas y hojas del nido. Para ese momento, en septiembre doce, tenían todo organizado menos la nevera de icopor.

El vaivén rítmico de las olas marinas, seducidas, rozan con el viento. La dinámica varonil de la fricción del aire las impulsa y energiza, emprendiendo un viaje intenso al placer femenino del agua. En esta interacción erótica, las ondas logran encrespase y su cresta alcanza así la máxima velocidad y la mayor amplitud de distancia cuando su propio valle se sumerge profundo. Es como el orgasmo que levanta los vellos del cuerpo recuperando la lisura tras la llegada de las olas tibias y relajadas a la orilla de la playa donde la brisa la suelta. Así se describe el sexo entre Donaldo del Cristo y Mónica, un remanso, el descanso en la búsqueda del complemento, de la transformación del ser relativo en la consumación del

equilibrio. La cópula, una conexión ensamblada a tiempo y en el tiempo, entre lo cóncavo y lo convexo. Mónica, en su primera vez, puyó las abullonadas nubes estando vivita, en este mundo terrenal, como ir y venir varias veces al cielo, una misma noche o tarde o mañana.

Sí, los astros estaban confabulados y las leyes de la naturaleza reafirmaron los códigos de poder. La marea se abalanzaba cuando el sol acaecía y la luna nueva sonriente les iluminaba la penumbra. ¿Vale más un matrimonio católico que el mismo amor entre la pareja? Este es un milagro incomprendido. Si Dios se tomara el trabajo de juntar a dedo a cada quien con su cada cual, pues el albedrío sería menos fallido, la felicidad menos utópica, y las leyes del hombre menos discriminatorias.

El amor real se consumó y Donaldo del Cristo empezó a ver la vida a través de la poesía, de ese toque mágico e ingenuo que sirve como analgésico ante las cuotas de alimentos y las amenazas de embargos. Se dejó contagiar de los sueños de Mónica, pues quizá eran los mismos suyos ocultos, aunque el hechizo le durara mucho menos que por siempre.

Ese medio día, Donaldo del Cristo concretó una de las primeras fases de la unión extramatrimonial, la fecha programada del embarazo, cuyo resultado él recibió así como la primera ecografía con la foto de Valentina, semejante a un frijol. Esta hija era la aparente motivación y seguridad de Donaldo del Cristo para abandonar la comodidad de su matrimonio católico en la media mañana de ese doce de septiembre. Amalia Rosa cuando vio a Donaldo salir con un bolso pequeño, en el

descontrol de una pataleta, le hizo firmar un documento sin valor legal, sobre la promesa de mantenerla a ella y a sus hijos.

-Quiero hablar con esa mujer. Muchos hombres tienen dos mujeres. Perfectamente podría ser nuestro caso -gritaba Amalia Rosa a Donaldo.

-Déjame ir. Esa propuesta es imposible. Sabes que nunca te he querido lo suficiente, te he apreciado.

En el apartamento donde lo esperaba Mónica, el mobiliario estaba en orden, ubicado y orientado de acuerdo a las reglas elementales del Feng Shui para armonizar las energías del universo con las del nidito. Sencillo y, por supuesto, la infaltable Super Power Gym, la máquina de musculación equipada con un juego completo de mancuernas y discos de pesas, un banco abdominal, cinturón lumbar, barras para brazos y piernas ligadas a un sistema de poleas y de bloques de hierro. ¡Ah!, y gel lipo reductor reafirmante nutritivo con extractos naturales de cáscara de naranja, algas marinas y equiseto. Cada coroto estaba dispuesto en el lugar. El ropero de Donaldo lleno de camisas nuevas hechas a la medida por una tía de Mónica y clasificadas por manga corta o larga, zapatos embolados, calzoncillos, pañuelos... Una neva oportunidad. Huele a estreno. Unos ríen otros lloran. Cuando se cree hacer el bien siempre hay un perjudicado. Nada es completamente bueno o completamente malo, pues en todo lo malo hay algo bueno y en todo lo bueno hay algo malo. Esa es la perfección.

Mónica lo esperaba sin temores en los bajos del teatro Miramar que hacía de templo cristiano. El apartamento estaba protegido por una minimuralla de piedra

coralina, y escoltada por un enorme árbol de caucho de barbas ancestrales. Boyante de besos, abrazos, ese día Donaldo del Cristo le preparó un sancocho, cocción que duró una eternidad mientras revolvía unas rocas de hielo en güisqui. Ella lo contemplaba cuando probaba la sustancia en la cuchara de palo desde el sofá de mimbre. Marido y mujer.

“Escenas para replay porque nunca más las volví a ver”, solloza Mónica y berrea con más ganas. “Fue un buen comienzo”, dice en su refugio antihuracanes.

De novios, la vecina de Socorrito, amiga íntima de Amalia Rosa, le hacía terrorismo telefónico a la par del Fausto. “Voy a hacer que te echen del trabajo perra, no sabes que él tiene varios hijos”, le repetía la comadre de Amalia Rosa a Mónica quién sólo le respondía retándola “¿y cómo piensas hacer eso?, ¿ese no es tu problema!”. Empezaba a beber de la cruda realidad que contradice a la poesía que tanto le apasiona. Y Magdalena, la amiga de infancia que la visitaba para felicitarla por el embarazo, presenció este desplante. De inmediato Magdalena caminó a la oficina de Donaldo del Cristo a ponerle las quejas de la ex. Y a raíz de la decisión de Mónica de hablar también con Fausto para pedirle que no interfiriera en la promisorio relación, que no se parqueara en frente de la galería ni en su casa, que no la llamara, la vecina de Amalia Rosa que la espiaba y trabajaba en un restaurante frente a la galería, le avisó a la doña Amalia de la conversación que sostuvo con el sujeto al aire libre. Ésta aprovechó para sembrar la duda cruel en tierra no fértil para ella y crear lunares de confusión sobre la paternidad.

¡Ommm! ¡Ommm! ¡Ommm! El sánscrito habla para elevar el espíritu y la conciencia. ¡Compasión! Entre cielo y tierra no hay nada oculto.

La primera Navidad juntos, a los ocho meses gestación de Valentina, en diciembre veinticuatro, Donaldo del Cristo, corroído por los celos, la dejó sola. Mónica se había esforzado en la preparación de la cena: arroz de almendras, ensalada blanca, tajadas de pavo y pernil en salsa de ciruelas, y jugo de maracuyá. Todo en abundancia.

Cuando Donaldo fue a visitar a los hijos para darles el aguinaldo, predispuesto por el remordimiento de conciencia y conmovido por las calumnias, se empinó varios tragos que le brindó Rafael Cuesta Rincón, primo de Amalia Rosa y quién se la endosó. Donaldo del Cristo, recordando viejos tiempos de deschavetado, terminó borracho en la cama con Amalia Rosa. “Le hacía falta su plato frío en la mesa que le tenían guardado en bandeja de plata. Lo dicho por mi madre, el luto, el duelo”. Además, Selena y Julia nunca representaron un riesgo para Amalia Rosa, eran amigas en lo común, en lo adverso y ahora más.

“¡No me quiere, ni me quiso!”. Mónica llora a moco tendido en el baño y, por su cabeza, además de repasarse con la motiladora, pasan mil imágenes por segundo.

Cuando Donaldo del Cristo apareció, le confesó a Mónica que esa noche durmió junto a la mujer. La Amalia Rosa usó el servilismo a la que estuvo acostumbrado y

acomodado; el conflicto emocional por los hijos; injuriar la dignidad de Mónica basada en el accidente con el anterior novio y, con estas artimañas, logró convencerlo de que le pagara la universidad pues estaba en deuda con ella. En el extracto bancario aparecía registrado dicho pago que Mónica después descubrió.

A partir de allí, cuando Donaldo ingería un trago, le decía a Mónica que era una puta. Ojalá las mujeres de vida alegre tuvieran la humanidad de Mónica. Da que te vienen dando. Una paga patos.

Estos “detallazos” de Donaldo del Cristo hicieron mella y compungieron a Mónica. La espuma de la ola que llegaba a la costa en un beso con gusto, con la sal en su punto, se fue esfumando con el simplismo y la chabacanería.

La dulce venganza es de Dios, y Valentina, la única hija hembra, nació al mundo el mismo día en que Donaldo del Cristo se casó con Amalia Rosa, marzo veinte en la Iglesia María Auxiliadora. ¿Casualidad? Como para que no se le olvide.

Sin embargo, lo que sube baja, y la fase uno del enamoramiento en la que el mundo es color rosa se transforma en mal de amores, en muchos casos. Deja de ser placentera la claridad para deambular entre sombras. Hay pocos choques eléctricos, nada de arrebatos y mucho cansancio y sueño. El organismo se hace resistente a esta anfetamina y aunque la persona se auto medique comiendo chocolate, no alcanza a saciar los niveles que requiere el cerebro para lograr el estado de seguridad que le brinda la “cordura” del amor. Se salta entonces la fase dos, porque en el caso de ellos, el paso a la sensación de pertenencia, de

comodidad y paz no fue gradual y consecuente, sino que brincó de un totazo a la del apego que está al límite con la frustración, la separación y el odio.

Mónica permanecía taciturna con la compañía de su bebé en el vientre. Donaldo del Cristo viajaba con frecuencia a los pueblos del departamento de Bolívar a trabajar en investigaciones para las que era comisionado, así como en su continua búsqueda de tropiezos con mujeres.

Llegó a Mompox y no llamaba a Mónica de inmediato sino cuando se la reencontraba de regreso a Cartagena. Para qué si se acaba de despedir. Pasaban setenta y dos, y hasta ciento sesenta y ocho horas, una semana, sin saber noticias de él sabiendo que cuando se marchaba, Mónica quedaba incompleta. Donaldo del Cristo era una especie de respirador artificial. Sentía rasgado el pecho cuando Donaldo le volteaba la espalda. Terminada la diligencia de declaraciones, con su secretario, se le dio la brillante idea de salir a beber con la sindicada y una amiga. Emparejados. A los meses, recibió un telegrama con la notificación de la apertura de investigación.

-Te lo mereces, le dijo Mónica.

-Eso no tiene nada de particular. Claro, me deseas mal, responde con cinismo.

Con este recuerdo que la quebrantó, Mónica bajó la cabeza y la metió al lavamanos cundido de pelos. ¡Qué dolor desgarrador! Después lo trasladaron a la seccional de la Fiscalía General de la Nación en San Andrés para que ella aprendiera a ser autónoma a la fuerza. Con tutelas Donaldo trataba de evitar que

lo separaran de su nido, pero fue imposible. Al final quedó plenamente integrado a la cultura isleña, tanto que ya no quiere salir de allá. Las mujeres son muy fáciles.

En una de las visitas de fin de mes a Cartagena, “Donaldo del Cristo estudiaba acostado boca abajo sobre el piecero de la cama de mimbre. Leía concentrado el Código Penal Colombiano y tomaba apuntes en una pequeña hoja, hasta que se quedó dormido. Yo que hacía el aseo, levanté el libro del suelo y cayó el papelito que contenía una lista de nombres femeninos, pero no le mencioné sobre el descubrimiento”.

A cuatro columnas, en el memo figuraban... Claudia, Luisa, Marny, la teta de vaca, Aidé, la culipronta, Martha, Gozel, la compramachos, Denis, Luz Enith, la biscoreta, la quitamaridos, Doris, la mataviejos, Tais, Marlen, la embaucadora, Rosa, Fabiola, Iris, Zoila, Xiomara, Otilia, Rita, Betty, Heydi, Fabiola, Araceli, Helen, Irina, Patricia, Clara, Sonia, Karen, Yasmin, Gloria, Candelaria, Janet, Norma, Olga, Ibeth, Sandra, Maura, Graciela, Evelín, Yaneth, Angela, Cristina, la moscamuerta, Larisa, Irene, Rebeca, Wanda, Catalina, Adriana, Mabel, Silvia, Mirian, Consuelo, Moniquita, Karina, Flor Alba, Jacqueline, Marilú, Esperanza, Zulma, Ramona, Honoria, Glenda, Lorena, Celia, Yamilé, Jimena, Ingrid, Gabriela, Edna, Carolina, Nadia, Ofelia, Paola, Rut, Pura, Jenny, Anita, Fidela, Hilda, Inés, Inecita, Eleonor, Cleotilde, Alicia, Nayibe, Edith, Yolanda, Fedra, Emperatriz, Laura, Julieta, Nubia, Sara, Isaura, Francisca, Idalia, Ursula, Jenny, Adela, Teresa, Tere, María...

Más de cien víctimas o ¿victimarias? mal contadas. Sin incluir las del presente y las que vendrán.

“Yo hago un esfuerzo por recordar momentos hermosos, pero qué va. Y de qué y quién me enamoré entonces. De otra persona, muy distinta, que no me quiere. Sólo sé que en cada nacimiento de mis hijos había una verduga vilipendiándolo.

Cuando nació Valentina en Cartagena, era la época de la teta de vaca. Donaldo del Cristo con un manchón en el cuello de la camisa que, por error, en el saludo la Marny le estampó.

Cuando nació Dony estaba en el ruedo Luz Enith, madre soltera y comprometida en matrimonio con un profesional a quien le hizo el cajón, es decir, el favor de despegarle semejante pegoste. Donaldo del Cristo pasaba horas navegando en la montañita marina, en el gimnasio y en los bares de la Isla.

Con Paloma ya eran dos a la vez. Dos reconocidas guarichas que se peleaban por el amor de un hombre infiel a su esposa y a ellas dos.

“Parece que a ratos sí me quiere. Mónica se seca el rostro y sus parpados hinchados dan la impresión de padecer de alguna reacción alérgica. “Después de estar tres años sin nosotras, sin Valentina y sin mí, en la Isla, Donaldo del Cristo decidió mandarnos a buscar. Renuncié a mi trabajo de coordinadora de la galería de Bellas Artes en Cartagena y nos fuimos. Dejé todo arrumado en la casa de La

Floresta. Sólo pensaba en mi temor a los aviones, un error y al abismo. ¡Splash! Hasta ahí llegamos. De esta caída no quedarían ni los huesos”.

Tan pronto Mónica arribó a la Isla, sus sueños y deseos tomaron un aliento de libertad. No había mejor plan que organizar a la familia en un ambiente cálido y puro, y olvidar los atropellos del pasado. El aire que se respiraba era limpio al punto que se sorprendían sus pulmones.

“Huele a límpido”, piensa Mónica estando en la plataforma de salida del avión con su hija Valentina al pie, desde dónde podía ver el cristalino mar y sus siete colores. Dispuestas a bajar las escaleras, pisar tierra firme y llegar al encuentro con Donald del Cristo. Pero mientras, aspira profundo como saboreando el aire sano, extiende un abrazo mental al espacio, ensancha el pecho y la espalda para sorprender una vez más a los pulmones. “Como cuando una blusa percutida es bañada en límpido”, reafirma otra vez. “Como cuando se trapea con amoníaco para purificar de bacterias el ambiente”, sigue pensando y chasquea los dedos cuando esta imagen da en el clavo con el origen de la impresión.

Mónica percibe esa sensación blanquecina, mentolada y fría, que quema las fosas nasales desde que inhala la primera porción de oxígeno “salobre”, de la inusual frescura, en vez de la acostumbrada bocanada de gas carbónico. Y eso que aún no ha probado la alta salinidad, erosiva y medicinal, de un buche de agua de mar “potable”. Impotable es el agua dulce de la Isla que saturada de residuos de materias fecales, filtradas entre las rocas de los pozos sépticos que la contaminan.

Esto lo ignora Mónica, pero ya tendrá espacio para sufrir enfermedades gastrointestinales y de otras índoles.

En todo caso, era una feliz y extraña emoción para ella. No debió experimentar tanta euforia porque realmente lo que cambió fue un pueblo conocido por otro desconocido, inhóspito que en este momento, representaban metas diferentes. Ella se preguntaba si hubiese sido diferente dejar a Cartagena por Bogotá, la Capital de la República, una verdadera metrópolis. Pero bueno, cualquier cambio le servía para despejar la mente, adquirir nuevos hábitos y vivir aventuras, lo que siempre le atraía a Mónica. Empezar de nuevo, cada día. Tener amigos aunque en el fondo estaba sola, ya que Donald y ella no eran partidarios de roscas. Rechazaban esas faltedades de la gente y, en esa tarea, les ayudaba el impedimento ético de integrar los grupitos sociales donde se acostumbraba a criticar al otro bajo cuerda. El chismoso dice saber con más propiedad de la vida ajena que el otro de la propia. La profesión de Donald del Cristo no permitía que anduvieran de pipí cogido con nadie y, tarde o temprano por su trabajo tenía que investigar y tocar a la sociedad entera que habitaba la pequeña geografía de la Isla. Innovadores aires en el completo sentido de las palabras. Estabilidad familiar. San Andrés simbolizaba un novedoso espacio. Un pueblo pequeño, de topografía coralina y croquis con silueta de caballito de mar, algo sui géneris. ¿Qué más tendrá reservado? Coincidencia de la naturaleza. No sabe que el riesgo es que con el tiempo redunden los espacios. Un región, para rematar y según dicen los medios, sumergido en un verdadero infierno. Una representación a escala de la

sociedad colombiana. Así lo dicen las noticias locales de los notables periodistas. En fin. Sí, realmente un verdadero paraíso pero para deformar una familia, porque para educarla ni siquiera en natación. Lo de un paraíso lo afirmaban con propiedad aquellos que como que Mónica jamás, siquiera, habían visitado la Isla. Los que disfrutaban de las melodías del bajo mundo.

Mónica y Valentina estaban sencillamente felices. Bogotá no era la ilusión como para muchos, “lo mejor es estar con Donaldo del Cristo” aseguraba Mónica.

“Al bajar del avión, exclusivo medio de entrada y salida, con las piernas titiritando, sólo quería dar una vuelta por la circunvalar en un carrito de golf junto a mi familia”. El barco era para los tripulantes y para el transporte de carga de muebles hacia Cartagena, Barranquilla y Miami. Quien mudaba los encerres, de aquí para allá o de allá para acá, podía hacerlo por mar y por aire, o en las combinaciones posibles.

Raro que la idea de vivir en un círculo vicioso le representase a Mónica volar en libertad, y “mí único anhelo era barrer y trapear mí casa, muñequear con mi única hija Valentina, embolar los zapatos de mi esposo y vivir aislados, unidos, en un pasmoso sosiego, lejos de los cinco hijos y de la familia de Donaldo del Cristo”. Ella según el contexto, había creado un ideal de familia y el deseo de que las relaciones fueran tranquilas, alejadas de las envidias que no cruzan, según la ingenuidad de ella, el Mar Caribe.

“Pero él, Donaldo del Cristo, se encargó de crear, especialmente para mí, el apocalipsis en el paraíso insular. Ya no quiero llorar más”, dice Mónica y mira

cómo la luna se apodera de la noche. “No me quiere o ¿será que lo hace a su manera? Hay una sola manera de amar y es la de hacer el bien. Todo esto me lastima...”

“Sí, él no me quiere porque no enfrenta los problemas sino que me usa de escudo. Me tocó demandarlo por alimentos para que el juez recopilara los tres expedientes interpuestos para hacernos daño. Nunca llamó a ninguna de las fulanas para reclamarles siendo que él les cumplía con la manutención de los hijos. Fui yo quien frenteé para organizar las cuotas equitativamente”. Ellas se quedaron con las ganas y Mónica es la mala del paseo, la autoritaria, la controladora. ¡Já!

Y esa es la cruz de del Cristo. Y la de Mónica, en voz baja.

“¡Eche!”, piensa apabullado Donald. “Me demoro un día en consignar la cuota y ya se están muriendo de hambre. Y a Socorrito que no aprendió a leer ni escribir, nadie la embolata con una moneda de cincuenta pesos”.

“¡Carajo!, así es mi vida”, se reprocha.

“Socorrito a los trece años tenía que vender bollos en Cartagena y llevar la plata completa porque mi abuela Zelmira la levantaba a palo”, recuerda amargado. “A la pobre niña, la abuela le pegaba unas limpias y con pringamoza”.

Su papá era andariego. El papá de Socorrito, y bueno, el papá de Donald del Cristo también. “Mi abuelo Adolfo nada tenía que ver con ellas, ni con la abuela Zelmira ni con mi mamá Socorrito, pues se desapareció de Villanueva desde antes de ella nacer. Mi padre Donald Juan le siguió el ejemplo, se esfumó después que

nacimos mi hermana Mercedes y yo. Por eso pienso que mi abuela Zelmira le daba duro a Socorrito y se salió del pueblo huyéndole. Consiguió trabajo en Cartagena como empleada doméstica. Ahora estos hijos míos, los cinco, que reciben una mensualidad son los más miserables”.

¡Un verdadero Karma!

“Mi abuela era una vieja bien arrebatada, más testaruda que tuerca oxidada. De pueblo. Tomaba una pepita rosada para el dolor de cabeza y si se la compraban de otro color y forma no la tomaba. Eso lo heredó mi santa madre”.

Una vez, Donaldo del Cristo se fue a pasar unas vacaciones con ella. En Villanueva cuando se arrimaba la oscuridad, salían del monte a invadir las calles desde los lánguidos y afilados mosquitos, hasta los grillos y las enclenques maríapalitos. Donaldo los capturaba y se las ponía en la palma de la mano. Admiraba la perfección. Menos a las moscas que a esa hora no había una sola en el panorama. El ambiente se alumbraba de una manada de luciérnagas salvajes que palpitaban con toda su potencia. Estos inofensivos insectos hacían de la noche un escenario de juegos pirotécnicos en medio de un clásico concierto de violines. Espabilaban, interactuaban.

“Me tiraba en el piso de tierra que mi abuela barría con una escoba de palitos y con el musengue me espantaba la mosquitera que quería comer carne nueva. La mía. Ja, ja, ja”. Reía por dentro y callaba por fuera mientras simultáneamente pasaba esta imagen viva de su recuerdo. “Todo, todo estaba saturado de negro hasta que poco a poco descendía el amanecer frío, de aire puro, sano, lloroso”.

Donaldo del Cristo inhalaba profundo, nostálgico y asociaba: “En San Andrés el mar es puro, su sal arde al mojar la piel y da piquiña. Hasta un negro timbo se pone colorado. Los ojos me arden cuando me sumerjo y los labios tienden a pelárseme. Este multicolor mar es capaz de acabar con cualquier bacteria”.

Zelmira preparaba y cocinaba los bollos en leña. El día anterior cortaba el maíz biche, hacía la masa y ponía desde temprano su fogón. No había postes de alumbrado público. “Y como buen pueblo, lleno de polvo, monte, burros”, Donaldo del Cristo seguía riendo por dentro. “Un pueblo lleno de pelaos ociosos, envidiosos de un turista citadino de estrato dos, como yo, planearon la emboscada. Cuando salí a dar una vuelta por el barrio, aprovecharon la oscuridad y de pura maldad metieron una caña brava en mi camino. Caí y sufrí un dolor intenso en el hombro derecho. Entonces, corrí llorando a donde la abuela y ella en su ignorancia, me gustaría poder decir en su sabiduría, me puso un cataplasma de cenizas con limón. De tanto rabiarse, a los tres días, ya no soportó mi sufrimiento que la atormentaba y me mandó en un bus para la casona del Pie de la Popa en Cartagena donde trabajaba mi madre. Cuando llegué, mi santa madrina Ana, la patrona de Socorrito, me llevó de urgencias al hospital y el resultado fue la clavícula torcida que tengo que mantiene mi hombro caído. Me enyesaron por tres meses. Parecía crucificado”.

“¡Qué vaina!, Mercedes, mi hermana, repartiendo tinto y tirando trapero ha mantenido sin ayuda a mi sobrina la wayuu, bueno, con mi apoyo económico también, otra deuda más”.

Donaldo del Cristo apodaba así a su sobrina, hija de un guajiro que abandonó a la hermana, igualito que su abuelo se la aplicó a su abuela, su papá a su mamá, y vaya a saber uno, cuántos más de su árbol genealógico hacen parte de esta cadena. De seguro hay muchos.

¡Maldita tradición!

“¡Hicieron hijos y se borraron del mapa!, vaya vaya”, cae en cuenta. Lo que Donaldo por los cargos de Juez Once de Instrucción Criminal, Fiscal Seccional y Juez Promiscuo Civil de Familia de San Andrés, y por tanto cable que pasó, no ha podido hacer. Rezagos de una conciencia ignorada.

Algunas mujeres se regalan a los hombres, se obsesionan y para retenerlos quedan preñadas. De brutas creen que un hijo los conservará en pareja. “Uno de marica que no usa condón y confía en esas mal... con las que ni se planea el sexo. ¡Así me clavé! Y bien enyardado que me toca repartir mi sueldo, pero... ¡ni modo!”.

Donaldo era un cobarde. Nunca, pese a su amargo pensamiento, reclamó a las susodichas por la traición de quedar intencionalmente embarazadas ni de demandarlo por alimentos como se quejaba Mónica. Ya para qué. Lealtad que tampoco procuró. Sí era un vivo para bajarse y subirse los calzones, más no para aguantar la tentación y protegerse.

“¡Es como comerse un helado!, se elige el sabor, se compra, se chupa, se lame y saborea hasta el final y se acabó. Delicioso. Punto”, decía con cinismo.

Tenía un control remoto, mejor, automático para revolcarse con la primera que siquiera lo mirara de reojo. No podía contener las ganas de aparearse con esa que le dirigiera una palabra de cortesía y educación.

Amalia Rosa, Selena, Julia, y su madre Socorrito, presionaban a Donaldo del Cristo para que les mandara a cada una lo que se les antojaba. Pero fiestica se les acabó con la demanda de alimentos de Mónica, por iniciativa del mismo Donaldo del Cristo. Él es el experto en leyes. ¡Espíritu de supervivencia! Con esta estrategia Mónica lo salvó de latearse tres demandas de alimentos que al final iba a ganar porque Mónica archivaba juiciosa los recibos de consignación ante las constantes amenazas. Por ella, se logró equiparar el valor de los giros de acuerdo al salario del demandado. Todas querían comérselo vivo, y éstas ensañaban y aleccionaban a los hijos. ¡Pídanle, pídanle a su papá! Las líneas de teléfono fueron restringidas por Donaldo del Cristo el día que la bruja de la madre de Amalia Rosa llamó a la casa de Mónica y Donaldo para insultarlos porque uno de sus tres hijos acomplejados lloraba. Amalia Rosa les embutía en el cerebro que su padre esto y aquello, que los niños no podían soportarlo.

“A pesar de todo lo que he dado, que me he esforzado por ser lo mejor para él, no me quiere”, lo dice en tono dubitativo. ¿Y todavía lo dudas? Trascurrida una hora, Mónica con la cabeza pelada, se cansó de tanto recuerdo negativo y salió del baño. En un dos por tres organizó a los hijos, les dio de comer y se durmió orando el Padre Nuestro por la familia, por los hijos y por su padre José Donaldo que

estaba enfermo desde hace días según le comentó, someramente, una de sus hermanas. Mónica hacía más de dos años que no iba a Cartagena.

Al amanecer, cuando después de farra Donaldo del Cristo llega a la casa, enciende la luz amarilla de la habitación y Mónica se tapa con la sábana de pies a cabeza. Él la descubre un poco para cerciorarse de que la vio rapada hacía un instante.

-Se te ve bien. -¿Me guardaste algo comer?

-El que quiere calle come calle. ¿No estabas en una cena?

-Mis hijos están lindos y grandes. La casa la tienes bien organizada.

-¡No me hables con ese aliento de dragón! Tus hijos están lindos durante todo el día. Déjame dormir tranquila, - Mónica por primera vez le contesta devastada, deprimida, pero con carácter.

-Ya no me quieres como antes, -le dice Donaldo del Cristo.

-Hago lo que puedo, aunque no te lo merezcas. Y deja ya la maricada. ¡Duérmete borracho!

Así que de la tarde aquella y de la mañana siguiente resultó el primer día.

En el día de Marte, el fuego del sol enciende las labores de Mónica. “Martes, noviembre seis, menos mal que no es trece. Auguraría peor la cosa de lo que ya es. Me toca para hoy, el desenguayabe del doctor”. Mónica reflexiona. “Me siento despejada sin tanto pelo. ¡Qué alivio! No tengo que peinarme ni lavarlo con champú y bálsamo. Pero sí, mejor me los aplico para oler a rico”. Sale de la ducha, busca en las gavetas la ropa interior y, en el closet, la de vestir. Y a propósito tira tanto los cajones como las puertas. Y de ñapa le abre las persianas. ¡Vengativa! Já.

Donaldo del Cristo se voltea boca abajo y cubre la cabeza con la almohada. Se queja por tremenda resaca, pero Mónica es indiferente y sale de la habitación a la cocina.

Son las cinco y cuarenta y cinco de la mañana. Pone la leche, los huevos y corta un plátano verde para freírlo en palitos. Cuando Mónica rompe el primer huevo para cocerlo en mantequilla a la plancha, suena el teléfono. Es su hermana Sofía.

-¡Mi papá murió, le dio un paro!, dice en sílabas fragmentadas por el llanto.

-¿Cómo?, pero si estaba tan grave e interno en el hospital, ¿por qué no me habían avisado?

-Nadie supo sobre sus problemas de salud, -Sofía sigue llorando. –Cuando recaía, que tampoco avisaban, disimulaban la enfermedad con síntomas gripales. Murió de cáncer de garganta, parece que por el virus del papiloma humano. Eso me contó mi tía Tita en secreto, que el mal era viejo.

-¡Cómo va a ser! ¿Y esa enfermedad es posible? ¿De dónde la sacó? ¡Qué muerte tan degradante! ¿Dónde lo tienen? ¿Y por qué ninguna de nosotras lo sabía? Mónica aún no llora, está consternada por la noticia repentina.

-La mujer de él nos tenía al margen y él también, -responde nerviosa Sofía a su hermana mayor. -¿Será que a mi papá le daba pena con nosotras? El abuelo Benito piensa cremarlo, velar las cenizas en la biblioteca para luego colocar la urna en un nicho en la Capilla de Jardines de Cartagena, cerca de la abuela Eloísa. Que te espera para empezar con el funeral...

-¡Qué tal la loca esta, se cree dueña de la vida ajena! Voy a hacer las vueltas de los tiquetes y nos vemos en Cartagena.

Entonces, Mónica anonadada se sienta en el banquito de la cocina con la mente en blanco. Se apura con el desayuno y lleva a los niños al colegio. De regreso, despierta a Donaldo del Cristo.

-Si ya se murió, cuál es la prisa, vete mañana miércoles en el primer vuelo, el del medio día, -eso dice él pero de dientes para afuera porque en el fondo, la borrachera que tenía vivita, se le pasmó de una.

Donaldo del Cristo piensa en la novedad de morir a causa de ese mal que le significa tanto como contagiarse de Sida y se le pone retrechero a Mónica. Le dijo que no la acompaña con la excusa de demasiado trabajo y de audiencias inaplazables. Pero la verdad es que no quiere ver al suegro que era tan vigoroso, reducido al polvo y menos a causa de un cáncer transmitido por sexo oral.

Donaldo del Cristo prefiere seguir jugando a la ruleta rusa con los más de doscientos genotipos virales que componen al Virus del Papiloma Humano, prefiere evadir tanto la realidad como el tiro al blanco de la infección que entra por las células de la piel y por las mucosas, y con el peligro de la obvia transmisión a Mónica, su víctima. Toda una hazaña.

-Llévate a los niños.

-¡Es una calamidad familiar!, cómo se te ocurre que faltar. Nada más para no atenderlos y complicarme. Si quisieras podrías pedir la comida a domicilio y no los mandas al colegio.

-No quiero ir ni quedarme con los pelaos. Ese es el asunto. ¡Yo no voy y punto!

Total, Mónica viaja con los tres niños. Para qué dejarlos a la deriva.

De este modo se completa el segundo día. Y al tercero, miércoles, Mónica le llama el día equis para no confundirlo con el martes.

Después del funeral de su padre, con amplia significancia, Mónica amanece con la mente estropeada. Cayó por equis vez rodando al fondo de un liso túnel que la resbala rápido a un destino tan lejano como el horizonte. Las sigilosas lágrimas termales de Mónica brotaban resignadas del manantial. Sin shows ni aspavientos

provenían apacibles del pozo artesanal de su corazón que ha sido tallado y taladrado por las sendas adversidades y por esto en ocasiones se seca.

Ayer, su abuelo Benito la esperó para que se despidiera de su padre José Donald, para que lo viera a la cara por última vez, y de inmediato se procedió con la entrada de la gaveta al horno crematorio. Esto es muy duro para ella que le gusta la cocina. Era como dejar chamuscar el cerdo para la navidad.

José Donald estaba sonriente con su bigote y una leve sonrisa. De todos modos, anticiparse al final fue lo que él resolvió con su conducta y esto hacía en vano los lamentos, aunque ella sentía que debió haber sido más enfática en la misión de hacerle notar las fallas, pero retornaba al meollo de que era un adulto que así lo determinó.

Lo único bueno fue que soñó con el ángel Gustavo. “Aunque creas que te he abandonado, no es cierto, aquí estoy al lado tuyo. Dios y yo esperamos que siempre levantes los pies al saltar las barreras. Te mando a Pegaso mi amor, sé su jinete y cabalga al galope. Busca el lejano punto azul y sal afuera, aunque tan lejos, aunque estés más abajo del suelo”.

Pero el mensaje llega retrasado. Mónica va adelantada en el curso de la bajada y un tanto inconsciente, le queda difícil retroceder.

En San Andrés, en este día, las revoluciones del tiempo amanecieron aceleradas. El sol quemaba violento como si la Tierra estuviera más cerca. No se movía una sola palma, Dios no había dado la autorización. Sin embargo, el comercio estaba

repleto de turistas nacionales y las playas, cubiertas de pieles blancas. Mercurio hacía de las suyas. Y ojalá a estas ranas plataneras no se les crucen unas cuantas nubecitas pequeñas y les llueva mientras los fríe tremendo sol.

“¡Miércoles! Hoy es siete de noviembre. El once cumple Donald”, recuerda Mónica estando en Cartagena.

Por su parte, Donald del Cristo llega de la playa agotado buscando el desayuno. Nada de nada. Le toca prepararse lo que encuentre y se le antoje. “Qué vacío. Esta casa solitaria. Cinco habitaciones. El pasillo se ve más largo. La puerta del patio aún está cerrada. ¿Y quién la va a abrir si Mónica no está? Prende el televisor de la salita de estar que se enciende en el canal de infieles.

Se remontó entonces a la cagada que le había hecho a Mónica cuando lo fue a recoger en la puerta del Palacio de Justicia. Ella era la chofer elegida de la Pontiac roja. Una van de diez asientos, en la que sus hijos correteaban como si estuvieran en un playón, ignorando los gritos de la mamá para que se sentaran quietos. Pero siendo las siete de la noche, ya estaban los dos mayores dormidos en los cojines. Y ella, estacionada en la puerta a su espera, lo pilló arregladito y perfumado a la salida de la oficina bien.

-Necesito que vayamos a hacer el mercado. Los niños se durmieron sin comer. Además, estoy cansada.

-Vete para la casa, -y la dejó hablando sola. A su costado pasaba el abogado penalista Moralito, ebrio y con una botella de cerveza en la mano. “Deja al man

tranquilo, que se vaya a distraer. No lo molestes”. Ahora el pobre Morales está loco.

“Eso fue muy cruel, me ha soportado bastante. ¡Uhhmm! Está en Cartagena. ¿Por qué no se quería llevar a los niños? ¿Se irá a encontrar con el malparido del Fausto que la dejó vuelta mierda? Amalia Rosa me dijo que ella se veía con él.

Donaldo del Cristo pareciera que se va trastornando y planea una trampa. Llama a Mónica y le pide el teléfono de Magdalena, su amiga de infancia a quien había visto por última vez cuando le llevó el recado de que Amalia Rosa, por intermedio de su amiga, llamaba a Mónica para insultarla.

Mónica había conseguido su número, pero no pensaba llamarla ya que no estaba de muy buenas pulgas para recibir a la amiga ni a nadie. Magdalena se dedicaba a la prostitución, pero a Mónica esto la tenía sin cuidado, pues era su amiga de infancia, a quien ella apoyaba con consejos y de quien esperaba lealtad y afecto.

-¿Y tú para que quieres el teléfono de ella?

-Es que me aparecen unas llamadas perdidas y quiero compararlo, -afirma Donaldo.

-Y ella cómo por qué te llamaría a ti, si no tiene tu número. Contestó Mónica pero le dio la información. Tampoco estaba de humor para debatir pendejadas.

Desde ese momento, Donaldo del Cristo, presumiendo la situación económica de Magdalena, empezó a acosarla por celular haciéndose pasar por Fausto. Fueron

dos días en los que Donaldo se puso en esa tarea. Pretendía lograr una cita entre Fausto y Mónica, usando como carnada el pago de un dinero que la ayudaría a solucionar problemas económicos, además sería por una buena causa: pedirle perdón a Mónica por su mal comportamiento durante el noviazgo. ¿Cómo así? Pedir perdón después de tantos años. ¿Cómo así, y Fausto? ¿Después de tantos años? El loco es de la cabeza.

Donaldo del Cristo quería poner a prueba a la esposa utilizando a su mejor amiga de la niñez. ¡Maquiavélico! El mundo está al revés. ¿Ocasionalmente más dolores de cabeza de los que ya le ha dado con tanto cacho y abandono? ¡Jesucristo!, este hombre es la encarnación de Satanás. Ahorita la descuartiza para ver si derrama sangre.

Omm Mani Padme Hum. ¡Oh, joya del loto! Compasión. Ten piedad de Mónica.

Por qué Donaldo del Cristo no mira en su interior las fallas y las corrige. Simple. ¿Por qué pensar que hay otra persona, y del pasado que también le hizo daño como si no le diera motivos? Ella se cansó de ser excluida como un estorbo. Conocimiento de causa. Sabe que Mónica debía haberse separado de él hace mucho. Sabe de su masoquismo. Donaldo del Cristo sabe que es un manipulador y un traidor consumado. Cada quien juzga por su condición. Es que el mono sabe en qué palo trepa.

“Malo, malo, malo eres, no se daña a quien se quiere, ¡no! Tonto, tonto, tonto eres, no te pienses mejor que las mujeres. ...y tu inseguridad machista se refleja cada día en mis lagrimitas. ...cada vez que me dices puta se hace tu cerebro más

pequeño. Una vez más no por favor, estoy cansá y no puedo con el corazón, no grites que los niños duermen”. Las canciones todas abogan por una razón. Y Bebé aparece cantando su fusión flamenca pero Donaldo del Cristo, precisamente, no la escucha. Ni a las canciones ni a las razones, y mucho menos a su conciencia que despreciada lo abandonar.

Esos son los laberintos de la mente que nadie entiende. ¡Necesita de un siquiatra de bolsillo. Que lo mediquen y amarren urgente!, antes que mate a alguien. A Mónica. No sería ni la primera ni la última.

Magdalena se negaba a acceder a tales pretensiones.

-Mónica es una mujer casada, -le decía a Fausto o mejor a Donaldo.

-Pero mira, es que necesito por última vez hablar con ella, pedirle perdón para estar tranquilo.

-Pero si ella ni siquiera está en Cartagena, -alega Magdalena desesperada.

-Ella sí está en Cartagena. Yo la vi en el aeropuerto con los hijos.

-Pero si no me ha llamado para qué la voy a molestar. Ella está de luto, me contaron que murió su papá y yo no me he atrevido siquiera a darle el pésame para ir a pedirle bobadas. No tendrá cabeza en estos momentos.

-Por favor, por favor, por favor... ¿sí? Donaldo del Cristo llamaba a Mónica a toda hora. En la noche, en la media mañana, cuando estaba en el baño, cuando iba a cocinar. Rogándole, extorsionándola. Y el Fausto “inocente” de seguro rascándose

en vista de que le tenían su nombre zumbando y arrastrado por el piso de tanto implorar “ayuda”.

Magdalena llamó a Mónica para saludarla. Le preguntó dónde estaba y ella le contó la situación pero que iba a ocuparse enseguida con la visita de una pastora cristiana para hacer unas oraciones de perdón.

Magdalena como siempre, portadora de malas noticias. Ave de mal agüero. Llega a dónde Mónica y cuando se marcha la invitada, le cuenta que Fausto la ha estado llamando.

-¿Y eso para qué?, -la cuestiona Mónica. ¿Y él qué es amigo tuyo? ¿Cómo consiguió tu número?

-Ve tú a saber, -dice Magdalena. Lo importante es que me tiene agotada. Mónica líbrame de este problema. Me llama a todas horas, está enloqueciéndome. Habla con él y perdónalo.

-Pero para qué, si eso ya pasó. Yo no pienso en él para nada. Dile que no se preocupe, que no guardo rencores.

Suena el celular.

-Mira que ella no quiere hablar contigo. Que no te preocupes, le comunica Magdalena a Donaldo del Cristo.

-Por favor, dile que sería la última vez.

-Ella dice que te pasa al celular y que te perdona. Le dice Magdalena.

-No, no, no, no me la pases. Yo quiero verla y si me la pones al celular, de seguro que menos irá.

Mónica por favor, habla con este tipo. Me tiene mamada.

-No, dice Mónica. Imagínate en el problema en que me meto, no tanto por mí, porque yo ni lo recuerdo, pero si Donaldo del Cristo se entera... Uhm, él lo odia tanto, no sé por qué. Será por tener algo que echarme en cara, cuando yo lo único que hago es recomponerle y soportarle a Donaldo los errores graves de su pasado. Pero pásamelo, yo lo perdono por celular.

Ring, ring, otra vez el celular de Magdalena.

-No, no. Él no quiere así.

Mónica debió dejar las cosas así. Que se las compongan como puedan ellos dos, Magdalena y Fausto, o sea, Donaldo del Cristo. Pero no, se trataba del lío en el que estaba su mejor amiga de infancia.

-Mónica, hazlo por mí.

-Pero y entonces, dónde es. Yo tengo que encontrarme con mi hermana Sofía y mis hijos van a cine con mi prima Penélope. Dile que nos vemos en la cafetería de La Colonial en el Centro a las cinco de la tarde.

Suena el "bendito" aparato.

-No, que no, para no levantar chismes, le dice con el celular en la mano y la bocina abierta.

-Ajá, pero y entonces, -repite. Cuál es el asunto. Si quiere que lo perdone, yo lo perdono. No necesito verlo para eso.

-No, no. Que él quiere que se vean en un restaurante antes de llegar a Turbaco.

-¿Y por allá tan lejos? Yo no tengo dinero para taxi. Con lo que cuento es con sesenta mil pesos para las bolsas de kumis de Paloma. Eso es lo que ella toma y no puedo gastarlos en otras cosas y menos en esto.

-Él paga el taxi.

-Si voy es de entrada por salida, no quiero ni agua... Me dice me perdonas y yo le respondo te perdono. Que te de la plata del taxi sin que yo lo note porque en el mismo en que vamos nos devolvemos. Lo hago para quitarte a ti también de encima.

Cuando llegan a este acuerdo forzado, suena el celular de Mónica y es Donaldo del Cristo.

-¿Qué haces hija?

-Me estoy vistiendo que voy a Turrrr..., -casi se le sale Turbaco. Mónica no está adiestrada para mentir.

-¡Cuidado me tiras piedras! Le responde Donaldo con su trampa organizada, como si fuera la gran hazaña. Cuando lo único que esto prueba es que él es un ser desalmado. Una rata de alcantarilla.

-¿Cómo? No te entiendo.

-No nada, y se despide.

Magdalena y Mónica toman un taxi, pero antes de subir a la loma de Turbaco, llega al cementerio Jardines de Cartagena donde estaban las recientes cenizas de su padre. Allí se saluda con el abuelo Benito y queda en recogerlo de bajada, después del mandado.

Continúan en el mismo taxi y no encuentran el restaurante, así que Mónica le pide a Magdalena devolverse. Fausto, o sea, Donaldo le marca a Magdalena y la va guiando por celular al destino. De repente, el taxi ingresa a un estadero que en el fondo tiene el aviso de motel. Mónica grita y le ordena al taxista regresar. Magdalena le pasa el celular a Mónica y quien habla es una voz de hombre remedada. Cuelga. Suena el celular de Mónica y es Donaldo del Cristo. Cuando ella por la angustia le va a contar a Donaldo lo que le acaba de pasar, alterada, oh sorpresa...

-Eres una puta.

-Sí, te querías encontrar con ese hijueputa que te hizo hasta para vender, para acostarte con él. Se le olvida que esa historia truculenta se la inventó él solito.

-¿Cómo? ¿Tú organizaste esto? ¡Ah!, por eso me pediste el celular de Magdalena esta mañana. Eres un miserable y esto no te lo voy a perdonar nunca. Ahora me voy a donde tu mamá a contarle lo que acabas de hacer para que conozca a su pobre hijito. ¿Cómo es posible esto? Lo que me faltaba. No piensas ni en tus hijos.

Menos mal que eres un funcionario de la rama judicial porque de lo contrario fueras un delincuente.

El taxista se quedó absorto. Y paralizado, alcanzó a pronunciar:

-¡Doña! ¿Y su esposo fue quien le hizo esa afrenta? Vea, tenga mi tarjeta que yo le ayudo a declarar contra ese perro. “No se preocupe, sepárese de esa escoria, que eso no sirve. ¡Está podrido!

Bajaron de prisa la loma de Turbaco a buscar un cajero para pagarle los cincuenta mil de la carrera. ¡Já!, y ya Donaldo del Cristo, en un acto de heroica valentía y a consecuencia del “cacho” que Mónica le pegó, ¡Já! había reportado la tarjeta al banco como perdida. Por lo tanto, la cuenta estaba bloqueada. Ni para el taxi ni para el kumis de Paloma. La desolación.

Mónica le pidió al taxista dirigirse al cementerio y por donde Mónica sacaba la mirada hallaba un funeral. Recogió al abuelo Benito que pagó al taxi y el viejo, con el llanto auestas, expresó: “Dios, no hay derecho de maltratar a una buena muchacha de esta forma”.

Socorrito lloró y dijo: “Bueno, pero ¿qué le pasa a Donaldo del Cristo?, ¿qué, está loco, está usando droga?”.

“¡Ay!, mi tío está loco”, lamentó la wayuu.

Mercedes, hermana de Donaldo, le preguntó: “¿Pero algo tuviste que hacer para que él se comportara así”. Típico. Las violaciones ocurren porque la mujer usa el

pantalón apretado o porque sonríen o porque son amables o porque son mujeres... Cualquier excusa es válida siempre y cuando permitan justificar el error, que no es tal. Por fortuna, la palabra tiene valor dependiendo de quién la diga.

Piedad sintió una presión en el pecho y abrazó a su hija Mónica. “Tranquila, yo te voy a ayudar a sacar adelante a tus hijos, no te preocupes”. Mónica lloraba el nuevo estilo de traición que se había inventado Donaldo del Cristo. “Tantos años sin trabajar, cómo voy a hacer para mantenerlos”. Ella no necesita buscar motivos para ponerle los cachos, le sobran, pero no lo hace por principios. Como los del ladrón que roba en un cuarto cerrado y en la multitud. Son reglas de dignidad personal.

Abril, la hermana menor de Mónica, lo llamó para reclamarle: “Si querías separarte de ella no tenías que ponerte a inventar nada”.

Él, Donaldo del Cristo, muy ridículo se atrevió a repartir los bienes. “Tú te quedas con la casa de Cartagena y yo con la de San Andrés. Nos separamos sin escándalos”. ¡Já! Parecía siguiendo un libreto teatral con su espectáculo y sus argumentos que sólo se los creía él que, enceguecido, le hacía un bien a la humanidad. Abanderaba sus derechos. Lo importante es creérselo.

De la funesta tarde aquella y de la mañana siguiente resultó el cuarto día. Cuando Abril, Piedad y Valentina esperaban a que Mónica despertara y que le hubiera hecho efecto la pastilla que le dieron a tomar para doparla. Para nada. Mónica encendió el celular, Donaldo del Cristo ya le había enviado mensajes aterradores. Era un completo extraño. Se desdobló su personalidad.

Valentina tomó el celular, leyó los mensajes y...

-Te odio. Cómo es posible que le hayas hecho esto a mi mamá. Ya no eres mi padre. Ya no te quiero. ¡Qué te pasaaaaa! ¿Y te crees perfecto atacando a tu propia esposa y de paso a tus hijos? ¡Ella te ha aguantado muchoooo. Déjanos en paz! Arrojó el aparato a la cama. Entró en una crisis de ansiedad. Sus brazos y manos se retorcieron. No podía respirar. Un pitido agudo salía de su pecho y toda una tragedia. Se fue poniendo morada y cada vez se atesaba más. Mónica desesperada, trataba de calmarla y le decía que respirara poco a poco.

-¿Por qué no pides perdón y ya! Te equivocaste. Le dijo Piedad a Donaldo del Cristo.

-¡Perdón, perdón!, pásame a Mónica.

-¡Perdón!, Mónica se lo pegó a la oreja y lo sostenía con el hombro. -Ya hija, perdón, perdón. Mónica le cerró el celular.

Volvió a timbrar.

-Ahora te mando un giro para que le compres el kumis a Paloma y tranquiliza por mí a Valentina. ¡Perdón! Y Donaldo lloró no se sabe por qué. Como que despertó del letargo. O Satanás abandonó su cuerpo en posesión. -Vénganse mañana. Esta tarde te envió los tiquetes. Un hombre así es capaz de matar.

Es jueves en noviembre ocho, día del trueno y, en su honor, así empezó, con un ruido estruendoso que remite a Mónica a escribir. Se juntaron los dolores de las esquirlas incrustadas por los disparos a quemarropa que le ha propinado Donaldo del Cristo. No es necesaria la prueba del guantelete. Él ha reconocido la autoría de las lesiones personales que le ha ocasionado como crímenes de una guerra en la que la tiene en la mira para lastimarla. Mónica no sabe por qué. Pero le sigue otra explosión química de vasto poder destructivo. La del amor que se convierte en polvo y que cae de las alturas logrando antes punzar las entrañas de Dios.

“Te desahucio Donaldo del Cristo.

“A mis treinta y nueve años, sin empleo, aburrida y con familia, fuera rica en poemas, pinturas, libros, ilusiones y canciones. Me olvidé de mí. He perdido el interés. Se atrofió el sentimiento cristalino hacia el futuro. La vida es cruel y la gente misma enseña que la ingenuidad vale poco o nada.

“Cuando una mirada desatina, se extravía y fuga al infinito. Así una pena encharca tu pecho y anega el corazón en el inmundo pantano de la soledad. Un día frío se torna más helado de lo habitual. Pero, ¿con quién desaguarla? Ni un alma tibia, sedienta, ni otro corazón puro aparecen. Es la realidad. No hay compromisos. Ausente la fe en su agonía esperanzadora, escasea la pasión, agota el amor. Se conserva latente una convivencia obligada y frágil.

“¡Desconsiderado!

“Ahogaste o resecaste el afecto. No se sabe qué es peor. Lo cierto es que al final cualquiera de las dos opciones resulta igual. Dicha verdad está refundida. Qué importa cuál es, carece de valor. En qué momento. Por qué razón. Qué pasó. En qué fallé. Ya no existen dos mitades juntas. Complementos. Que se acople el uno al otro. Pura paja idealista. Toca darte la espalda. Sólo se vive por vivir. Por las venas que sin saberlo, circulan esa sustancia vital. Eso es lo definitivo, mas saber la cantidad y sus propiedades sirven de poco. Sencillamente las venas transportan la sangre y punto. Es lo esencial. Se come porque sí. La devoción se esfuma sin pena. Sin hacer historia. La historia que escribimos la leen las estadísticas que traducen en cifras globales el comportamiento de la masa social. Según, fenómenos. Común y corriente, ¿normal?

“Duele que la mitad de ti esté al acecho, en función de la traición, irreflexiva, que no te sueñe, que no te sufra, que no te sienta, que no te ame. A mí no me culparás, mírate. Hice lo que tenía que hacer, mi parte del deber ser. Me faltó lamerte las nalgas. Embolé tus zapatos, coleccioné crucigramas para ti, clasifiqué tus camisas en detalle: separé las mangas cortas de las largas; las de tela de galleta de las de algodón; las lisas de las estampadas; las de cuello inglés de las camisetas de cuellito sport. Me aseguré que tus pañuelos doblaran punta con punta, planchados, y entraba en profunda histeria cuando la simetría del orden no se cumplía al dedillo y te impedía hallar a “ojo cerrado” las medias que pegaran con el color del pantalón. ¡Ah!, pero eso no es amor.

“¿En qué parte de nuestro contrato dice que debo barrer y trapear, lavar y planchar, pegar botones, cocinar, y compartir nuestra intimidad con otros de manera unilateral? ¿Dónde dice esa letra menuda que me obligue a tolerar demasiado desbordando los límites de la dignidad, al mal ejemplo, a quedarme vacía como ahora, a ser tu sirvienta ayer y hoy, y para rematar, cumplir con la parte de las atenciones que les debes a tus hijos para encubrir tus faltas y que suplo cargando un bulto, tu bulto que pesa más que mi propio peso? Dios nos pone cargas pesadas que uno puede soportar, pero ¡basta!, ya está bueno, esto excede mi salud mental y física. No soy mártir, soy un simple ser humano y quiero reír.

Y entonces, Mónica se encierra en la alcoba y empieza a escribir. El ronroneo del abanico la ayuda a concentrar más.

“¡Te desahucio!”, le repite y machuca la hoja de papel que después extiende.

“Delante o detrás de mí, harías lo tuyo. No dejarás de ser. El amor, que es lo de más, adolece ante una relación formal disoluble, que es lo de menos.

“Me aburrí de la tradicional costumbre de tu deslealtad, machismo, hombría, como se llame. Perdiste gracia. No duele por ti, duele por mí. Por ese largo tiempo de altibajos. De esfuerzos y sacrificios sin razón, sin mérito, perdidos. Te enseñan con sangre a ser diferente, a desconfiar. Exprimida tanto como un trapo sucio cuando se trata de despercudir. Desgastado y de fibras curtidas pese a los estrujones en el fregadero. Manchado. Termina en la basura. Nada será igual.

Todo cambia. ¡Lástima!, desearía ser quien fui. Extraño esa paz interior casi infantil, extraterrestre.

“No me necesitas aquí, presa de tus complejos y traumas, recluida en esta casa tan grande, confinada en una isla tan pequeña dando vueltas y vueltas cada vez, girando por inercia cada fin de semana. Solitaria, acompañada por mis pensamientos, o tus demonios. Por mis hijos que apenas obedecen. Solos todos. Sin ti. Si no fuera por los niños, existiera poco de mí. Si no fuera por el si fuera, entonces no tendría qué lamentar, la vida sería sencilla, “perfecta”.

“Quien no te conoce te compra, como yo. Nunca se acaba uno de conocer. Nada es garantía, ni un antes ni un después. En este negocio del matrimonio resultas una estafa. Ignoras cómo responder a tu papel de esposo. Incumples tu palabra. Esas hermosas letras, tan simétricas y puras, que en dicho vínculo instituyen frases con compromiso que, en este caso, deshonoras. Y yo las creí. Fueron tan frágiles, tan gaseosas que no lograron ser. No alcanzaron la sublimidad del bien o del mal contenida en su significado; no prevalecieron en el tiempo. Promesas incongruentes con natural esfuerzo de aspirar el aire por la nariz y expulsarlo por la boca hecho palabras. De poco sirvió el poder inspirador del amor para que se produjera ese milagro y su sonido espiritual en armonía con tus actos. De tu supuesto amor. ¡Con razón se rebelaron ante la disfrazada verdad! Las que tu pronunciaste las defecó tu mente embustera. A ellas también les fallaste. No las declaró tu corazón, ni tu alma ausentes en aquel momento, escondidos en las tinieblas. Sentenciaron nuestro fracaso. O tal vez fui una tonta. La inocencia se

desperdicia y la perversidad, la mentira y los egoísmos la vigilan para sacar su debido provecho. Siempre se necesita una cachifa por comodidad, por economía, que atienda a los pelaos, que cuide del hogar, te dé a probar los sabores del sexo y abra la puerta. Una melega que limpie la mierda con dedicación, asalariada. Aquel escarabajo laborioso que con juicio artesanal amasa bolitas-nido de estiércol. Luego, una a una las carga con suma delicadeza, resistiendo hasta ochocientas cincuenta veces su peso. ¡Admirable! Después anida en ellas sus huevos, y las sepulta con extremo celo, sin siquiera presumir que con su instintiva siembra, regala vida y equilibrio al ecosistema. Y nadie le agradece como a mí. El estercolero pasa desapercibido mientras pone un orden invisible como lo hago yo. Pero si lo ven cuando sale de la grama al cemento, corren a pisotear al extraño, a la inofensiva alimaña, a arrastrarlo bajo el zapato y desgastar su figura desdibujada en una sombra gruesa y negra en el suelo. ¡Así lo haces tú conmigo Donald! Tanto lo desprecian. Pero yo, su barrendera colega, no viviré por siglos con ese mismo trote, aunque el mundo sea una reverenda pelota de excrementos, un inmenso cementerio de muertos. Para mucho me servirá estudiar por tercera vez la primaria, la mía, la de Valentina y la de Dony, y aún me espera una cuarta, la de Paloma, que me dará nuevos datos, que de seguro aprenderé así sea de memoria.

“Con este cansancio que cargo, mi único refugio sería conducir, pero no tengo alientos y mucho menos para manejar en círculos, aunque mi imaginación me lleve por donde quiera, a volar sobre ruedas.

“A veces sueño con volar sobre ruedas en una carretera sin final. Ir trazando una línea dorada en la negrura del pavimento pulido por el que ando. Escribiendo las frases cursivas que me surjan de la ilusión. Oraciones que escapen del abrazo del espeso ropaje de la oscuridad para ser leídas por otros andariegos del camino. Y cuando las ondulaciones de la vía me impulsen, entonces desplegar unas enormes alas brillantes, igualmente doradas, que al levantar sus plumas desprendan lucecitas destellantes que alumbren su paso y regalen bendiciones y deseos a los afligidos. Llegar a ser una especie de estrella fugaz que va dejando luceros. Una especie de barita mágica que ilumine mi propia vida. Un camino. Ese camino sin piedras que quiero que Dios me muestre para no errar.

“Cuando vivo este sueño, lo siento real y sonrío. El mar entra en calma. Su rebeldía cesó. Encontró regocijo en la luna que arrecia las mareas. Pero así es la naturaleza. Rara. Misteriosa. Peligrosa. Gracias a estas irreverentes olas, puedo soñar y despertar. Sus salpicaduras le dan sabor a mi desesperanza. Revientan en el espolón. Sutiles tocan muy puntuales mi rostro, mi dolor y lo comparte. Sacian la sequía que me provoca el olvido. Ahora la sal de mis lágrimas se va al océano, al cielo, espectadores y confidentes de mis tragedias, alejando de mí su mal sabor. Que Dios me escuche y haga algo, me muestre mi camino dorado.

“Me pregunto si tendré el coraje de irme con mis hijos o de dejártelos. Quiero desaparecer, dejar este pasado atrás y sentir el cosquilleo en mi estómago por alguien. Si ese alguien tan solo me mirara. Si Donald me mirara. Recuerdo sus

ojos tibios. ¿De dónde provendrá su nobleza? Victimario de sí. Pobre, se olvida de su inevitable destino.

“¡Uhm!, pensándolo bien, ser puta tiene su gracia. En apariencia, la soledad en ese desacreditado pero remunerado oficio no tiene espacio. Es que esto de estar metida en casa cortando cutículas, limpiándole a Donaldo del Cristo la escamosidad de las uñas carcomidas por hongos es un gesto valiente de cariño que causa no admiración. No aguanta”.

Mónica se asquea y se pregunta ¿cómo logras hacer esa pedicura?

“Si Donaldo me contratara como su empleada doméstica, sería la mejor. Ganaría unos pesos, tendría una pizca de libertad. La abnegación que aprendí de mi madre tendría un minúsculo precio. La cantaleta que le heredé cesaría. El orden y mi diligencia tendrían un pago. Pasaría por alto el vaso debajo de la cama matrimonial; el rollito de hilo dental entre el listón y el colchón, y tal vez, dejaría el que Donaldo del Cristo, después de usarlo, deja estéticamente estirado, de adorno, sobre la tapa de la caneca de basura; también lavaría los platos sucios de comida de ayer, que no alcanzo a fregar en la noche; pudiera comprar una botella de agua mientras espero la salida de los niños de los cursos extraclases; barrería y trapearía dos veces al día; haría con mayor sentido y placer las tareas de mis hijos; y prepararía comida con más gusto. Mi tolerancia se doblaría un tanto con algo de razón. Podría tener deudas para pagar por cuotas e ir a la peluquería como las renombradas señoras. Lo soy, pero no me siento. Aclaro. El sacrificio ya no sería tan en vano. Le sacaría un poquito el jugo”.

Para de escribir por un instante y se dice tener por suerte a alguien que le caliente el oído, aunque sea un amigo imaginario o etéreo: el ángel Gustavo. Retoma...

“Definitivamente no se puede poner a nadie en alto concepto. Qué decepción cuando se descubre su grado de fragilidad humana.

“Sin un chivo, se ve uno peor. Sin concha, desnuda. Así menos lo quieren a una. Sin ropa linda qué lucir ni un detalle para dar. Por eso, ya las vitrinas no me seducen. Aprendí a la fuerza que la ropa, sea o no de marca, es un lujo imposible.

“Veo que las mujeres se emperifollan, algunas usan tacones altos tipo puntilla, otras sus zapatillas de charol o de cuero en colores; las más estrambóticas se ponen botas a la rodilla para llamar la atención, aún en este calor pegachento y por momentos infernal, mientras a mí me gustan los tenis, las chanclas para no andar a pie pelado, pues me tallan en demasía las piedras del camino, nada exigente ¡Dios! Ellas van a la peluquería cada sábado a ponerse la tubería del alcantarillado en la cabeza para salir con sus rulos bien puestos, sin pena y con gloria; o se hacen su blower o se alisan su pelo rucho obligándolo con un químico a desenroscarse, lo que además, amenaza con quemar con un simple toque al cuero cabelludo y a que se les caiga el cabello a largo plazo; se pulen las uñas largas que no puedo dejar crecer para evitar rasguñar a los niños cuando les unto crema en el cuerpo y los visto. Uno se adapta. ¡Mamá ante todo! Estos privilegios como que no me lo gano aún. No puedo darme ese lujo semanal, quincenal ni mensual. Quizá en ocasiones especiales si me alcanza el tiempo, después de los quehaceres diarios, del lleva y trae, en un cumpleaños del doctor, un veinticuatro o

treinta y uno de diciembre. Pero para qué, si me toca cocinar y de esto termino muy tarde. En el mejor de los casos, me hago mi consabida moña y me unto gel.

“Me pegaba a la ventana y esquivaba las letras grandes marcadas a mano, desordenadas, que decían “liquidación – promoción” y lamentaba sus precios que aunque ínfimos tampoco podía adquirir. Ni una gaseosa. Los turcos creen que la gente se traga el cuento. El turismo en la isla retorna y se pillan que el mensaje trillado es un gancho poco inteligente y usual de los avivatos para conmovir el bolsillo y aumentar sus ventas de cachivaches viejos, oxidados, de pésima calidad y garantía.

“Durante mis embarazos tocó ponerme los calzoncillos de Donald, sus camisetas XL. De vaina me salvé, porque no pude calzar sus zapatos talla cuarenta y uno, pero sus chancletas sí las usé cuando tenía los pies bien hinchados.

“Qué tal si fuera vanidosa, será dejada, cuando apenas logro cepillar mis dientes porque ni yo misma podría con la hediondera, y recogerme el pelo que apenas peino con mis dedos. No me aplico tintes, lo conservo largo por miedo a cortarlo aunque quisiera arrancármelo y desaparecer.

“Poco me miro al espejo. Para qué. Debería. A veces me sorprende cuando paso y veo en mi reflejo un borrón efímero. Retrocedo de espaldas y me fijo, me asomo ante la presencia extraña. Hace rato no me veía. Sí soy yo, y tengo unos ojos bonitos, verdes, Donald ni siquiera sabe de qué color son. Me cambian a cafés, amarillos, más verdes, profundos o cristalinos. Depende. Depende del día, si es lluvioso o soleado, si estoy melancólica o efusiva, si me visto de rojo o de negro o

de blanco. Hoy creo tenerlos grises profundo y rallados. No tengo mucho qué escoger en mi ropero. Las gavetas son insuficientes para acomodar su ropa y guardar los trapitos. Ser ordenada le ha servido para conservar lo poco. Es poca y bien vieja, pero no ando desnuda. Los pantaloncillos me sirven, son cómodos y durante los embarazos se adaptan a mi figura. Los he usado bajo la pipa, descaderados.

“He aplazado la compra de la ropa hindú para cuando me gane la lotería”.

Dios la guarde, atinarle al premio mayor es otra prueba. Mónica dobla la carta de diez páginas y la mete dentro del diario.

Siendo el viernes, quinto día de la semana, justo cuando los empleados de la mayoría de las empresas terminan la jornada de labores, es también justo cuando Mónica empieza el tren mayor del sábado y domingo cuando están todos las veinticuatro horas en casa. Ya no siente diferencia entre un día y otro. Le da lo mismo. Aunque sí, el fin de semana es peor que cualquier otro día. Mientras para los demás, entre el día de reposo y el día del Señor, la misma cosa da. Días feriados, de playa, brisa y mar, como dice la canción.

Mónica llega agotada emocionalmente de su viaje a Cartagena. Le tocaba regresarse porque está en juego el porvenir de los niños.

Donaldo del Cristo recibe a los niños dándoles el abrazo que nunca les ha dado. A Mónica le coge tembloroso el antebrazo y solo la mira. Ella con su cara hinchada se mantiene en silencio. Ya no hay más palabras que decir. Todo está escrito en el diario.

Se embarcan en la van Pontiac y Donaldo los lleva a un restaurante típico, como que hay algo que celebrar.

Mónica le comenta que deben ir al ginecólogo ese mismo día porque no se siente bien y les entregan unos resultados de laboratorio. Él sabe que ella convirtió a ese médico en un amigo personal, que le cura los males del aparato reproductor y los de la mente y el corazón, así que al verla alicaída, él accede de inmediato. Por su parte, ella sabe que las enfermedades se transmiten dentro de la pareja, o el trío, o con quien cualquiera de los dos comparta intimidad, pero a Donaldo no le importa y, definitivamente, nunca usa condón.

Hoy, en el día de Venus, la diosa de la belleza y el amor, *Veneris dies*, esperan las noticias que les traiga el lucero del alba y Mónica ruega que no sean tan malas.

Donaldo moría en cada orgasmo con su esposa Mónica, pero ella ya no. Ella se quedaba extendida en un desmayo que la hacía insensible.

A Donaldo todo le sonaba a excusa. Que Mónica tuviera el período menstrual, para él le duraba el mes completo, ella pasa enferma. Que Mónica no quiere relaciones sexuales, está cansada, es que ella no pone de su parte, no está hecha para el sexo. Que a Mónica le duele la cabeza, ¿pero por qué si ella duerme cinco

horas diarias, él duerme apenas cuatro y no se pasa quejando? Que a Mónica le gustaría tener amigos, ¿y eso para qué, si ella se distrae con los hijos en la casa? Que Mónica quiere peinarse en el salón, comprarse un vestido, lucir zapatos nuevos, para eso hay que ahorrar. Que Mónica quiere comprar una botellita de agua, pues se toma agua cuando lleguemos a la casa, allá hay bastante. Que Mónica cumple años, esa fecha es como cualquier día, a Donald no le celebraron el cumpleaños. Que Mónica quiere trabajar, es innecesario, Donald le da todo lo que necesita y para que le paguen un paupérrimo salario, mejor se queda viendo televisión. ¡Já!

Estando en la cita médica, el doctor lee los exámenes.

-Mónica, positivo para Herpes genital. Lo siento mucho. Es un virus de transmisión sexual, que no mata a la persona, pero sí se mantiene en la sangre toda la vida inactivo y por períodos hace su aparición como verrugas o globos de agua.

-¡Cómo doctor! -exclama Mónica.

-Lo siento, lo siento -dice Donald del Cristo.

-Pero a mí nunca me ha salido ningún brote -reclama.

-Pero es causante de inflamaciones, y de la irritabilidad. Para ese mal, el Aciclovir, lo mismo que se usa para el fuego que sale en la comisura de los labios. Si tú la tienes Mónica, Donald igual, así que no es indispensable más pruebas. Tranquila Mónica, pero debo advertirles que la coinfección de este virus con el del Virus del Papiloma Humano potencializan el riesgo a un cáncer de cuello uterino. Si ustedes

tienen contacto con terceros déjenlas o usen el látex”, y esto lo dice el galeno con su hecho pensado. “Están en riesgo. Y no le pongo anestesia a las palabras porque la situación es seria. Ahora, este virus en común en la población de bajo estrato y mucha gente lo tiene sin saberlo y viven tranquilos en su ignorancia.

¡Sí, cómo nó! Tranquila, tranquila, y casi la mata de un tiro. Cuándo se detendrá la mala racha para Mónica. De depresión en depresión.

Sale echa un mar de lágrimas del consultorio y cruza la calle a la iglesia Estrella del Mar. Se sienta en la última banca, luego se arrodilla, reza sus plegarias. El templo está casi vacío, y observa el fervor de las llamas de los velones encendidos. Mira los clavos ensangrentados de Jesús en la cruz. “Dios, con razón Jesús dijo, ¡Perdónalos, no saben lo que hacen! El extremo de la comprensión.

-¡Hija mía! Con el poder de los hombres en la Tierra para perdonar los pecados, como Apóstol, te escucho y espero darte la absolución y liberarte de las ataduras. Arrepiéntete hija.

-Padre, confieso que he pecado. Yo no estoy casada por la Iglesia Católica, si por lo civil, y mi esposo me ha sido muchas veces infiel. Estoy cansada padre. Ahora estoy contagiada de una enfermedad viral y es un dolor tan grande. Tengo tres hijos y quisiera irme lejos y dejarlos. Estar sola, sin conflictos. Quedarme solo ahí. Quisiera morir. No resisto empujar este peso, no puedo.

-Hija, en la comprensión está la clave. Pero ya que me dices que no has recibido la bendición del matrimonio y, por lo tanto, no cumples totalmente con los

principios de la fe católica, qué más castigo para un cristiano que no poder comulgar. No puedes recibir la hostia que significa el cuerpo de Cristo hasta tanto no se disuelva el anterior matrimonio. Ahora, reza la novena de Santa Marta y Santa Mónica. Si con esto no cambia, divórciate. Alguien más te mandará Dios para que seas feliz. Reza tres padres nuestros y tres avemarías, y descansa en Dios. Déjale a Dios el peso de tu cruz.

Donaldo del Cristo sale del consultorio por su lado. Llega a la casa y revisa a los niños que juegan. Se recuesta en la cama y la conciencia entra en un sueño para revivir lo ocurrido con la empleada que los asiste por días y cuando Mónica la llama para que la reemplace de los quehaceres por cualquier cuestión. En esa oportunidad, casi lo cogen *infraganti*.

¡Uff!, respira fuerte, profundo, largo, adolorido. A borbotones proliferan y escurren gotitas saladas que confluyen en caudalosos riachuelos perfilando su musculosa anatomía. No se volatizan por la densidad del calor comprimido en la habitación cerrada y oscura. Se condensan y desembocan allí, en la conexión, en la depresiva intercepción de sus cuerpos pegados, entre lo cóncavo y convexo. Anegadas.

Oprime los ojos, su rostro se desencaja por el sufrimiento, su cuerpo satinado por el esfuerzo “saluda al sol” en ocaso y con un grito amarrado da paso al silencio.

Mónica empieza a abrir la puerta principal de su casa. La llave se atranca y forcejea unos instantes. La hala y se le cae al piso. La toma y con paciencia la abre.

Soraya se sube rápidamente la cremallera del short, coge la escoba que recostó a la pared mientras empezaba a organizar el tocador y la mete bajo la cama para hacer “el paro” de que está apurada y dedicada al aseo. Es tarde, se dice a sí misma, pero sonrió porque también aprovechó el tiempo y sumó unos pesos. Ni la corona de oro en su diente incisivo frontal derecho le ganó la batalla pírrica a la fornida virilidad de Donald que desgarró sus vestiduras, incumpliendo su principio de no meterse con las empleadas domésticas, y cumpliendo el de besar sólo por amor.

No era su estilo mirar a las muchachas del servicio, aunque siempre hay una primera vez, en medio del habitual conflicto en el que el diablo triunfa al ángel de su guarda.

Fue así como en una de sus matinales e inconscientes piquiñas genitales fijó su telescópica mirada en la curiosa y pequeña vertiente desde donde se ramifican las piernas de Soraya. Su gruesa lupa detectó la punta de sus nalgas decoradas por los flecos del mocho que la vestía, o mejor dicho, que la desvestía.

-¡Está a la moda!, y le luce, resalta su personalidad, piensa Donald. Cómo no verla, un ciego olería sus formas, ese halagüeño olor expedido por las feromonas; su piel tiznada de nacimiento, ojiverde y su dentadura amarillenta, que por el contraste con el negro resplandece de blancura, la hacen un ejemplar femenino atractivo y exótico, pese al imprudente brillo de su diente postizo.

“Una hembra de tronco alto, macizo, adornado en su copa por abundantes mechones ruchos, ensortijados, atornillados. ¿Quién podría ignorarlo?”, se

justifica. “Ni un ciego. Ni que fuera ciego Donaldo que se goza de un magnetismo animal que le permite atraer a la hembra”.

Donaldo del Cristo suspiró, zarandó su cabeza y contorsionó su cuerpo para terminar en un plácido sopor angelical.

Soraya que estaba en la cocina lavando los platos, al sentir el traqueteo de las llaves en la chapa, enjuagó sus manos llenas de jabón con suprema diligencia y le abrió a la patrona.

Donaldo, recostado en su cama matrimonial desde donde podía ver en su plenitud a Soraya, continuaba dormido.

-Soraya, pensé que te habías ido. ¿Por qué estás retrasada?, la cuestionó cariñosamente mientras entraba a la alcoba.

- Sí señora, me cogió la tarde, pero ya termino con estos trastos, respondió.

Mónica caminó hasta donde su marido con sigilo, se inclinó con suavidad sobre él y tocó sus labios en un beso acolchado que lo desconectó de su simulado sueño.

Sí, del sueño de hace tres o cuatro meses porque del sueño febril de hoy ¿con qué fuerzas?

El sueño de Donaldo del Cristo presagia lo peor. “¿Qué hago si Mónica se entera que la negra está preñada?”, dice pacito. “Los niños no tienen la culpa de los errores de los mayores”. ¡Já!, y él, tan machito, decide contarle y salir de eso de una vez por todas. Y cuando le suelta la otra bomba a Mónica ella ni se mosquea.

Sólo le dice, “sabía que algo nuevo de ibas a inventar”. Le dan náuseas y lo observa con asco. Camina hasta el final del pasillo de su casa, y se sienta en el bordillito que da con el patio, como lo hacía en la casa de Manga de la abuela Isabel. Sus hijos, para ese momento, se bañan sacando el agua de un balde que colocaban bajo la pluma de un tanque de agua lluvia. En su berroche, se lanzan las totumitas de agua y se divierten en la fiesta que arman. “La abuela Eloísa...” Mira el palito de mango de azúcar que germina apurado a falta de tierra negra. Escucha el rugir del mar desde allí, pues sólo los separa una paredilla que da con una casa campo y de allí a un pequeño tramo de La Circunvalar.

Este rollo le recuerda una situación que vivió de niña con su padre José Donaldo cuando se enamoró de Carmen, una empleada de pelo castaño liso y largo, a la que Mónica y sus hermanas le ayudaban a sacarse los piojos y le fumigaban la cabeza con la bomba del insecticida Kanquil. La diferencia es que mi padre ya saldó su cuenta.

Enmudecida, seguía cayendo al fondo de un abismo. No es justo, pero la justicia no existe, el karma sí.

Mónica abre el diario y agrega una postdata testamentaria a Donaldo del Cristo. Esa noche, durmió con sus hijos, estuvo en vela. Los acarició todo el tiempo. Y decidió que si su amor no logró cambiar a Donaldo del Cristo, desaparecer lo obligaría a ser un mejor padre. De este modo se completó el quinto día y apareció el sexto no menos peor.

Mónica se levanta como cualquier otro día. Mientras Donaldo del Cristo sale a su trote deportivo, ella prepara el desayuno y el almuerzo. Normal. Organiza la ropa de los niños y hace una lista de los horarios y rutinas de cada uno, esboza en papel el proyecto de vida de ellos y sus gustos, enfermedades, necesidades y lo pega en las puertas de triple del closet principal.

Donaldo del Cristo llega a su hogar, dulce hogar. En esta ocasión no se refiere a sus grandes hazañas kilométricas, pues Mónica no está receptiva a escucharlas. Le propone salir a dar la vuelta a la Isla para llevar a Dony a volar cometa, los niños conozcan el radar y se bañen en las piscinitas naturales de San Luis. Mónica se niega, pues quiere estar sola. “Vete con los niños, acostúmbrate a vivir por ellos y para ellos. Ese es un buen comienzo para cambiar”. En vista de estos argumentos, él accede esperanzado, como si le interesara mucho. Mónica también tiene derecho a su intimidad, así como Donaldo del Cristo hace respetar la suya dedicándole a diario un gran espacio impenetrable. Como nunca, Donaldo le trae a Dony los materiales para armar el barrilete: dos varitas de balsa, papel seda de cuatro colores, goma, hilo delgado y grueso, una tira de tela y cinta de papel. Lo llama y se sientan en la mesa del comedor a elaborarla.

“Dony mira, se hace una cruz con las baritas, se amarran las puntas en cadena con el mismo pedazo de hilo sin cortarlo hasta tensionar la estructura en forma de rombo de la cometa. Luego se recortan y pegan con goma los cuatro pedazos de papel seda de diferentes colores de acuerdo al tamaño de dicha estructura. Se

punzan dos huequitos a lado y lado de la unión superior de los palitos por donde va a pasar el hilo de amarre para direccionar la cometa. Se cose la cola a la parte inferior de la cometa con una tira de tela, que no puede ser tan pesada ni tan corta, para garantizar el equilibrio con el peso de la misma. Mijo, cuando llega la brisa, te pones en su contra, y vas jalando y soltando paulatinamente la cometa para que gane altitud. ¿Trato hecho papito? Ahora haz la tuya, yo te ayudo cuando necesites”. A Dony le brillan los ojos. Se pone tan feliz. Desde dónde Mónica los ve, asienta la cabeza y se dice: “¡Ah, sí sabes!, querer es poder y más cuando uno no tiene salida. No soy tan indispensable”. Chasquea los dedos y “me toca, esa es mi misión, pagar el karma de contado”.

Mónica coge un morral y en la billetera deja solamente el documento de identidad, saca la tarjeta de puntos del supermercado, los carnets de los hijos y se queda con cuatro fotos recientes. También guarda un billete de veinte mil para comprar una ampolleta y una jeringa, dinero que saca de la billetera de Donald del Cristo que está en la gaveta. Las moneditas que encuentra rodando se las echa al chonchito de cerámica de los niños. Pega los carnets de vacunación dentro de una bolsita al closet subrayando las pendientes y bajo la almohada de Donald, coloca el diario que contiene la carta. Va dejando todo en orden. Extiende pijamas y toallas en cada cama, y les unta la pasta dental a los cepillos de dientes para que al llegar, nada más sea bañar y cambiarse. En la mesita de noche de las niñas, pone la cajita de música con la bailarina en pie. Coloca la llave de la casa en el estuche de imitación de piedra bajo la mata de bonche rojo y se marcha...

Camina ensimismada hasta la farmacia y luego atraviesa La Circunvalar a la solitaria playa aledaña a su casa, cercana a un espolón. Mónica se mete al mar aunque se maltrata con las chinitas y corales. Hace una oración para despojarse de las culpas y errores. Le pide compasión a Dios por su alma.

Sale nuevamente a la playa blanca. Se acuesta con los brazos extendidos y las piernas abiertas al nivel de los hombros. Abre y cierra los ojos. “Hoy es mi día, gracias Dios. Te ofrezco la vida de mis hijos para que los guíes y te sirvan. Envíales a tu ejército de ángeles para que los apoyen en la batalla por sobrevivir. Te ofrezco mi vida a cambio de darle una oportunidad a mi esposo de ser un buen padre. Con la esperanza y la certeza de que me regalarás en mi próxima encarnación, la compañía de estos seres que me diste por hijos, de conformar esta misma familia que tanto amo. ¡Papi!, te perdono. ¡Mami!, perdóname. ¡Hermanitas! nos volveremos a ver en la distancia”.

Mónica se sienta, mira el horizonte tan diáfano y cercano que parece guardar al sol en su bolsillo, y empieza a cantar. “A veces presiento que mi alma está en sombras, entonces me inclino y te beso y hay luz. Y me salen lindas palabras muy tiernas, sonrío y me digo, esto es el amor...” Saca del morral la jeringa intradérmica con el líquido. Sopla una brisa fría con olor a violetas que no la detiene y se inyecta en el periné. “Esto es el amor...”, canta lento y entrecortado. Las ramas de las palmeras se inclinan de un lado a otro como si estuvieran de acuerdo. “Hurgando en tu mirada yo supe que había cielo y mi boca en silencio murmuró una canción...”. Tiene algo de tiempo para enterrar la cánula y la aguja y

así lo hace. Aplana la superficie de la arena como si nada. Se recuesta nuevamente y cierra los ojos. “Y le canté al milagro de saber que me quieres y le grité a la gente que el sol se te parece...” Medio abre los párpados y allí está el ángel Gustavo, con sus manos unidas en oración y ella le dice “aquí estás, me dijiste que me acompañarías en este proceso de separación, y viniste. Fíjate, sí te escuché y salté la valla”. Cierra los ojos. Después de unos segundos y abre el famoso túnel con luces de colores en movimiento que se absorben unas a otras y que alguna vez pintó. Reconoce a la abuela Eloísa que la llama agachada para que corra a sus brazos como cuando era niña. “...Porque lo abarcas todo hasta el placer que ignoro y el aire que respiro no me sirve de alivio...”. Canta y sigue cantando. Mónica siente un frío recorrer su cuerpo y estando ya la sustancia que circula por el torrente sanguíneo hasta el corazón, sufre una drástica arritmia que lo paraliza, la respiración se desvanece hasta perder el pulso y la presión arterial. ¡Piii...!

Pasan seis minutos y...

...y Dony eleva hasta las nubes por fin su primera cometa. Valentina, Paloma, Dony y Donald del Cristo, todos, todos, ríen a carcajadas.

Acaba el dolor. Se desprende el alma del cuerpo. Ahora sí, Mónica es invisible.

Es sábado diez de noviembre, hora: cinco p.m.

Durante la fusión del día que avanza cálida y segura hacia la noche en un mágico ocaso, se desgaja un rauda y torrencial aguacero. Un pescador a lo lejos desvía la

barca a la playita donde yace Mónica. Cuando ve a la mujer inmóvil, da aviso a una patrulla que pasa para supervisar La Circunvalar. El policía revisa a la occisa, verifica los documentos y avisa de inmediato al doctor Donald del Cristo Leal, juez Promiscuo Civil de Familia de San Andrés, que viene conduciendo camino a la casa.

-Doctor, su esposa ha fallecido. Presumo que quizá de un infarto fulminante, pues no hay signos ni señales de violencia en su cuerpo o en el lugar.

-Que me trague a mí también la tierra, dice estremecido ante la increíble afirmación. Ahora le toca a él enfrentar. Pasa por el lugar y, en efecto, ahí está la patrulla, pero decide primero llevar a los niños a casa.

Cuando le entregan el bolso con los objetos personales de Mónica, abre la billetera y dentro está el tallo y cada pétalo disecado de la rosa roja que él le obsequió en la renovación de votos y la foto de ese recuerdo. Ella sentía que él se burló con una falsa promesa de fidelidad que los asistentes aplaudieron porque se trataba del doctor. Y para corresponder con su público, el premio de una noche de hotel que había ganado tras recitar el ovacionado discurso, lo regaló a otra pareja del salón sin consultárselo a Mónica porque no lo merecía. Populismo.

Pero es la noche de más denso negro que ha vivido Donald hasta ahora. Ni siquiera se diferencia el horizonte. Viudo a los cincuenta y dos. Siente un raro suspenso. Obvio. La ambulancia se lleva a Mónica al hospital y él se va a su casa. Cuando llega, se dirige a la habitación. No se atreve a hablar aún con los hijos. Al recostarse encuentra el regalo y lo abre.

Cuando Piedad, la madre de Mónica se entera de la novedad, le queda la suspicacia que algo de dimensiones complejas había sucedido. Recuerda que Mónica en sus tres partos jamás le pidió ayuda como lo indica la cultura. Padeecía a lo puro macho, los incalculables dolores con tal de presionar indirectamente a Donaldo del Cristo para que cumpliera sus deberes, la atendiera y de paso, revaluara las prioridades que nunca revaluó. Pero él le hacía el quite, y buscaba a los colegas y subalternos de intermediarios para poder llevar a cabo sus marañas con otras mujeres mientras Mónica convalecía.

Día de descanso. Festivo once de noviembre. Como siempre, pero mil veces mejor que en cualquier cumpleaños de ella, pues nunca los celebraban, son los cincuenta y dos de Donaldo, onomástico que para Mónica jamás pasaba desapercibido ya que siempre le inventaba algo especial, era una norma aunque no se lo mereciera, y este año, por supuesto, no puede ser la excepción, y ahí está ella, “firme” en su convicción, reunida con el agasajado y los tres hijos abatidos que lo superarán. Resignados a verla degradarse a las cenizas de la purificación.

Mónica pasa a la inmortalidad no sólo por el festejo, y después de varias horas de velación, Paloma la esparce en el inmenso sepulcro de agua y se disuelve en el océano y se dispersa en el viento sin modo de regresar. El perdón de no mirar atrás. La porción restante abonará la tierra negra de aquel palito de mango de

azúcar que producirá los frutos que sus hijos, y los hijos de sus hijos comerán. ¡Su santa voluntad!

Donaldo del Cristo saca los pétalos del bolsillo y los lanza. ¡Simbólico! Já.

O era el infierno para Mónica en la Tierra y en el cielo, o el fracaso para la vida de sus amados hijos. ¿Será que Donaldo del Cristo lo comprendió? Ella puso la otra mejilla, le paga a Donaldo y a sus tres hijos para truncar la maldición generacional.

Donaldo mira con los ojos encharcados y conmovidos, la escena que de fondo enmarca al perpetuo horizonte y atesora en la memoria aquellos ojos esmeraldas.

¿Será que ahora sí sabrá qué buscar en la línea imaginaria que admira?

De la tarde aquella y de la mañana siguiente resulta el séptimo día. Y así Donaldo del Cristo completa su obra. Cesó.